

COMEDIA ROMÁNTICA: LIBRO DOS

RAYO *de* ESPERANZA

¿TENDRÁ UN FINAL FELIZ
ESTE CUENTO DE HADAS?

E. L. TODD

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

RAYO DE ESPERANZA

RAYO #2

E. L. TODD

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Rayo de esperanza

Copyright © 2018 por E. L. Todd. Todos los derechos reservados

EN CUANTO ATRAVESÉ LA PUERTA, REX COMENZÓ A HOSTIGARME.

—Maldita sea, ¿ahora vives allí? —Estaba en la cocina, cerca de la puerta de entrada, esperando a que llegara a casa. Llevaba vaqueros y un jersey, listo para salir del apartamento y dirigirse al centro de la ciudad.

A su espalda estaba Zeke, sentado en la mesa de la cocina. Alzó la cerveza que estaba bebiendo e hizo un gesto de fastidio, reconociendo que su mejor amigo desde hacía veinte años era un auténtico incordio, tanto para él como para mí.

—Rex, se llama trabajo. —Safari atravesó el pasillo, moviendo el rabo con un brillo de emoción en los ojos. Siempre me saludaba mucho mejor que mi hermano—. Sé que no sabes a lo que me refiero porque te pasas el día con el culo en el sofá hablándole a un perro, pero es algo que hacemos los adultos a diario. —Me arrodillé y le di un beso a Safari antes de rascarle detrás de las orejas—. ¿Cómo está mi macho favorito?

Rex nos observaba cruzado de brazos.

—Le contaré a Ryker lo que acabas de decir.

—Adelante. —Le di una palmada a Safari en la cabeza antes de incorporarme—. Ya me acostaba con Safari mucho antes que con él. —Me dirigí al pasillo para ponerle fin a aquella conversación anodina—. Voy a cambiarme.

—Uf. —Rex se volvió hacia Zeke en cuanto me fui—. Es como si quisiera que vomitara en su cocina.

Fui a mi habitación a cambiarme y elegí unos vaqueros viejos y una camiseta. Mi jersey azul favorito estaba al borde de la cama y, al ponérmelo, vi que estaba cubierto de pelos de perro.

Miré a Safari con expresión acusadora.

Bajó la cabeza, avergonzado y sin querer mirarme.

—Safari, te dije que no te tumbaras encima de mi ropa.

Emitió un gemido lastimero.

Cuando miraba esos ojos color café, el enfado se desvanecía. Era un encanto, el perro más maravilloso que una chica podía pedir.

—No pasa nada, pero no vuelvas a hacerlo.

Levantó las orejas.

LA BOLERA HABÍA ESTADO UN MES EN OBRAS. SE LE DIO UNA CAPA DE PINTURA A las fachadas, se instaló un cartel nuevo donde podía leerse GROOVY BOWL, y un gran símbolo de la paz de neón de color rosa brillaba en el tejado.

Los tres nos detuvimos en la acera para admirarlo.

Rex estaba en medio, con las manos sobre el pecho y estirando el cuello para ver mejor la parte superior del edificio.

—Joder, está muy chulo.

—Está a la última. — Zeke dio varios pasos con las manos en los bolsillos y su camiseta se ciñó a su pecho musculoso al moverse. Se le notaban las venas de los brazos incluso a distancia—. Vendría aquí a jugar a los bolos sin dudar.

—Yo también. —Tan sólo un mes antes, aquel lugar era el mayor antro de la ciudad. En vez de ser un sitio de moda para salir, era un punto de encuentro con tu camello si querías un poco de hierba. O una letrina para los

vagabundos. No entendía cómo Rex lo había tenido abierto tanto tiempo. Tal vez porque las chicas de instituto iban a verlo. Su atractivo físico era lo único que lo salvaba—. Ahora parece un local en condiciones.

—Entremos. —Rex sacó las llaves de su bolsillo y abrió la puerta principal. Estaba hecha de madera maciza y parecía sacada de los sesenta. Nos encontramos con varias cortinas de cuentas que colgaban al otro lado al entrar.

A Rex se le enredó una larga hilera de cuentas al cuello.

—¿Qué demonios?

—En el cuello. —Zeke señaló su hombro derecho.

Rex se volvió, empeorando aún más las cosas al engancharse otra tira al brazo.

—¡Arg!

Me tapé la cara con la mano.

—No puedo creer que esto esté pasando...

Rex dobló el brazo y dio un tirón, pero las cuentas se le clavaron con más fuerza.

—¡Ayudadme!

—Desenrédalas —dijo Zeke—, las tienes en el brazo.

—¿Cómo demonios se supone que va a salir la gente de esta trampa mortal? —Rex tiró con tanta fuerza que estuvo a punto de arrancarlas de la pared—. Es la idea más estúpida que he visto jamás. ¿Se le ocurrió a Rae? —Se le puso la cara como un tomate y, al intentar darse la vuelta, quedó aún más enredado y apenas podía moverse—. Voy a morir aquí.

Me cubrí la cara con las manos y tomé aire para no gritar.

—Tío, ¿no vas a ayudarme? —Rex miró a Zeke, sintiéndose traicionado—. ¿Tu mejor amigo se está muriendo y ni siquiera te importa?

—No te estás muriendo. —Zeke se rindió y lo ayudó a desengancharse de las cuentas. Las tenía enredadas en brazos y cuello, y, una a una, las fue apartando. Cuando estuvo libre al fin, Rex se movió tan rápido que tropezó y

cayó al suelo.

—¡Por fin libre! —Se arrastró hasta ponerse en pie y se sacudió la ropa como si estuviera infectada—. Tenemos que deshacernos de ellas. Son un peligro.

—Te prometo que nadie quedará ahí atrapado. —Ni un niño de cinco años habría tenido problemas atravesándolas—. Eres idiota, Rex. —Simple y llanamente.

—Como quieras. —Rex se metió las manos en los bolsillos y observó las cuentas como si fueran la entrada al infierno—. Alguien morirá por culpa de esa cosa. —Se volvió hacia Zeke, la persona a la que siempre recurría cuando necesitaba apoyo—. ¿Verdad?

Zeke hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Oh, venga ya. —Rex dio un pisotón en el suelo como si fuera un niño pequeño—. No soy la única persona a la que le va a pasar.

Aquella conversación nos estaba volviendo a todos más estúpidos a cada segundo que pasaba.

—Echemos un vistazo al resto del local...

Rex observó las cuentas por encima del hombro como si pudieran perseguirlo. Se estremeció visiblemente y siguió caminando.

Zeke y yo compartimos una mirada que decía: *No puedo creerme lo que acaba de pasar.*

LA BOLERA ERA UN LUGAR COMPLETAMENTE NUEVO. NO QUEDABA NI RASTRO DEL cuchitril que había sido. Había sufrido una remodelación completa, desde las propias pistas hasta los baños. Se habían añadido máquinas recreativas, además de mesas de billar, un carrito de comida y un bar decente.

Zeke encendió las luces y el equipo de música, y la bolera cobró vida. La luz de la sala se fue atenuando hasta quedar casi a oscuras, para iluminarse a

continuación de forma sensacional. En las paredes se movían imágenes de símbolos de la paz y logos de la furgoneta Volkswagen Combi en un brillante espectáculo lumínico. Por los altavoces sonaba una popular canción de los Beatles que te hacía en el tiempo.

Rex lo contemplaba todo admirado, recuperado al fin de su experiencia cercana a la muerte.

—Este sitio es una puta locura, no me lo puedo creer.

—Yo tampoco. —Zeke lo contemplaba todo a su lado—. Va a ser la bomba, lo sé.

Zeke y yo habíamos invertido mucho dinero en ese local y a cualquiera le habría parecido una idea estúpida, pero no me arrepentía en absoluto. Aunque no funcionara, no pasaba nada. Solía arrepentirme más de las cosas que dejaba por hacer. Prefería intentarlo y esperar que Rex tuviera éxito antes que aceptar inmediatamente su fracaso.

—Es perfecto. —Sentí un gran orgullo al contemplar la transformación. Ya me imaginaba a familias viniendo cada domingo por la noche como si fuera una tradición.

Rex dio una vuelta en círculo, examinándolo todo.

—¿Sabéis qué? Nos falta algo...

Zeke lo miró como si supiera exactamente a qué se refería.

—¿Las bailarinas?

—Sí. —Rex chasqueó los dedos—. Creo que sería la guinda del pastel.

Puse los ojos en blanco.

—Quizás puedan bailar bajo una cortina de cuentas.

El rostro de Rex se contrajo al instante en una expresión de pura tortura.

—No tiene gracia. Podrían morir.

Me crucé de brazos y negué con la cabeza.

—Rex, no se morirían.

—¡Yo he estado a punto! —Señaló hacia la entrada—. Tenemos que quitar esas cosas. De lo contrario, nos acusarán de piromanía.

Zeke y yo intercambiamos una mirada perpleja, sin entender lo que decía.
Zeke fue el primero en preguntar.

—¿Piromanía?

—Claro, cuando asesinan a alguien. —Rex lo dijo tan convencido que habría podido ser cierto.

—Rex, piromanía es cuando alguien provoca un incendio en una propiedad. —¿Por qué me molestaba en explicárselo?

—No, no lo es —dijo Rex—, lo aprendí en la universidad.

—¿Te refieres al centro de educación vial? —preguntó Zeke sin poner los ojos en blanco—. Lo siento, tío. Eso no es la universidad.

—Si te dijeron eso, debe ser el peor centro de educación vial del país. —Y debería asustarme la próxima vez que estuviera en la carretera.

—Sé que intentáis engañarme, listillos —dijo Rex—, pero no voy a caer.

—Sí... Esa es nuestra intención. —Si quería decirle a cualquiera que la piromanía era asesinato, adelante. Puede que así dejara de traer al apartamento a mujeres extrañas.

—Supongo que no hemos podido engañarte. —Zeke me miró, con la mandíbula tensa y apretando con fuerza los labios para evitar reírse.

—Hemos caído víctimas de nuestra propia broma. —A veces era mejor dejar que Rex pensara lo que quisiera. Cuando al final la verdad salía a la luz y se daba cuenta de su error, resultaba divertido presenciarlo—. ¿Comemos algo?

—Sí —dijo Rex—, me muero de hambre.

—Yo también. —Zeke apagó las luces y nos dirigimos a la entrada.

Rex se detuvo frente a las cuentas, con los pies fijos en la alfombra. Las observó como si fueran serpientes venenosas.

Zeke y yo intercambiamos una mirada elocuente.

—¿Sabéis qué? —Rex dios tres pasos hacia atrás—. Voy a salir por la puerta trasera.

—Tienes que estar de coña. —¿Iba a entrar y a salir del trabajo todos los

días por la puerta de atrás?

Rex ya había dado media vuelta y se dirigía en dirección contraria.

Ahora que ya no estaba, Zeke soltó una carcajada.

—Déjalo tranquilo. Algún día vencerá su miedo.

—¿Cómo puedes ser su mejor amigo? —Zeke era inteligente, divertido y para nada molesto.

Se encogió de hombros.

—Lo considero servicios comunitarios.

Sonreí porque era una respuesta maravillosa.

—Entonces yo llevo toda la vida haciendo servicios comunitarios.

SAQUÉ A SAFARI DEL CUARTO DE BAÑO Y ME METÍ EN LA DUCHA. SE SUPONÍA que debía estar en casa de Ryker hacía una hora, pero habíamos estado mucho más tiempo del esperado en la bolera. Además, fuimos después a tomar alitas de pollo y nos demoramos otros treinta minutos. Tenía demasiada hambre como para renunciar a la comida.

Cuando terminé de vestirme, mi teléfono se iluminó.

¿Por qué está mi cama fría y vacía? El enfado de Ryker era patente en su mensaje de texto.

Puede que necesites un perro. Me encantaba hacerme la listilla.

Puede que necesite encadenarte al cabecero.

Eso no sonaba tan mal. *No, me entraría hambre. Y sabes que tengo que ir a mear constantemente.*

Te daría privilegios para usar el baño.

Qué generoso. Aquello podía continuar toda la noche, así que debía ir cortándolo. *Voy a salir ya. Nos vemos pronto.*

Corre.

Metí el teléfono en el bolsillo y le di un beso a Safari.

Al igual que ocurría cada noche que iba a dormir a casa de Ryker, me miró como si fuera la peor compañera del mundo. Me hacía sentir muy culpable con esos ojos color café. Soltó un débil gemido, empeorando aún más las cosas.

—Volveré mañana.

Agachó la cabeza y se tumbó en el suelo. Parecía el perro más deprimido sobre la faz de la tierra.

Últimamente me quedaba mucho en casa de Ryker, al menos la mitad de la semana, y Safari dormía solo en mi habitación. No dormía con Rex porque prefería mi cama, seguramente porque olía a mí. Al pensarlo, me sentí aún peor. Saqué el teléfono y le escribí un mensaje a Ryker.

No te enfades, ¿vale?

Demasiado tarde.

Me voy a quedar aquí esta noche.

Romperé la puerta.

Sabía que no bromeaba. Lo siento...

¿Por qué no vienes?

Se molestaría aún más cuando le contara que el motivo era mi perro.

Safari. No duermo mucho en casa últimamente y está muy triste.

¿Prefieres dormir con un perro que conmigo? El sarcasmo en sus palabras era evidente.

No es que lo prefiera. Me parece que lo tengo abandonado.

Es un perro.

Tú también. No veía tantas diferencias.

Ignoró la pulla.

Entonces dormiré allí.

Tampoco quería eso.

No quiero que te quedes aquí a menudo. Se me hace raro con mi hermano en la habitación de al lado.

¿Estás saliendo conmigo? ¿O con tu hermano y tu perro?

Como sigas por ahí, no saldré con ninguno.

Los puntos que indicaban que estaba escribiendo un mensaje desaparecieron y permaneció en silencio.

Ahora estaba muy cabreado. Comprendía su frustración, pero debía entender que él no era la única persona en mi vida. Tenía muchos amigos y un hermano que me necesitaba en esos momentos. Ryker estaba acostumbrado a conseguir lo que quería a la primera de cambio, y conmigo nunca se salía con la suya.

Buenas noches.

Arrojé el teléfono sobre la cama y miré a Safari.

—Esta noche me quedaré a dos velas por tu culpa.

Safari supo de algún modo que me quedaría en casa esa noche y se levantó sobre sus patas traseras, apoyando las garras en mi pecho. Movié el rabo y sacó la lengua, meciéndola de un lado a otro y emitiendo gemidos de felicidad.

—Pero al menos tendré a alguien con quien acurrucarme. —Lo acaricié y lo abracé, sabiendo que amaba a mi perro tanto como a cualquier otra persona en mi vida. Lo había salvado del tráfico en la carretera, pero él también me salvó a mí.

—¿NO TE IBAS A CASA DE RYKER? —REX ESTABA SENTADO EN EL SOFÁ CON una cerveza apoyada en el muslo. Había un partido en la televisión, pero lo veía a ratos. Tenía el codo en el brazo del sofá y la frente apoyada contra su palma abierta. Parecía deprimido, a juzgar por sus hombros abatidos y su actitud miserable.

Permanecí de pie al otro lado del sofá, con Safari pisándome los talones.

—He decidido quedarme con Safari. Lo tengo muy descuidado.

Rex no me pinchó como de costumbre. Se quedó sentado en completo silencio.

Sabía que se traía algo entre manos.

—¿Todo bien?

—Sí. —Bebió cerveza para ocultar su inquietud ante la pregunta.

Algo no marchaba.

—Sé que te preocupa algo, así que ahórrame las pesquisas y cuéntamelo.

Dejó la cerveza en la mesa y se inclinó hacia delante.

—Me preocupa mañana.

—¿La gran inauguración? —Me senté, manteniendo la distancia entre nosotros.

—Sí...

—¿Por qué te preocupa? Todo está preparado. Sólo tienes que abrir la puerta.

—¿Y si no se presenta nadie?

Zeke y yo habíamos desarrollado una estrategia de marketing para la bolera, poniendo anuncios en el periódico, repartiendo folletos y contactando con numerosas personas en Facebook. No me preocupaba la inauguración, pues sabía que sería un éxito.

—Rex, todo irá bien.

—Pero ¿y si no?

—Si no, ya se nos ocurrirá algo. No te preocupes.

Agitó la cabeza como si hubiera algo que se me escapaba.

—Me da igual si la bolera se va a pique y pierdo el dinero que invertí. Es un destino que acepté hace mucho tiempo, pero no quiero perder el dinero que habéis invertido vosotros. Eso es lo que me preocupa.

—Eso no va a pasar, Rex.

—No lo sabes.

—Sí. —No me dedicaba a los negocios, pero sabía que tendría éxito.

—¿Cómo?

—Lo sé, sin más. Y aunque no fuera así, Zeke y yo estaremos bien. No hemos invertido todo nuestro dinero.

—Eso no importa. —Su voz adquirió un tono enfadado—. Trabajasteis

muy duro para ganar ese dinero. Zeke ha abierto su consulta no hace mucho y ya ha asumido un riesgo. Tú tuviste que pagar el préstamo de estudios. No quiero que desaparezca el dinero que tanto os costó ganar.

Nada de lo que yo dijera lo haría sentir mejor.

—Pase lo que pase, preocuparse no va a cambiar nada. Tenemos salud, comida en la mesa y un techo bajo el que guarecernos. El dinero sólo es dinero, Rex. Recuerda las cosas que importan en la vida. —Recordé cuando Rex y yo no teníamos dónde vivir. No era capaz de mantener ningún trabajo y pasamos penurias durante una temporada. Tuvimos suerte de que Zeke nos acogiera hasta que Rex pudo encontrar su sitio.

Si lo ponía todo en perspectiva, no tendría nada que argumentar.

—Relájate, ¿vale? Bebe más cerveza. Come más.

Por fin se rio.

—Actúas como si fuera un cavernícola irracional.

—Porque lo eres.

Volvió a reírse.

—Supongo que puedo llegar a serlo.

—Sé que...

Llamaron a la puerta y Safari ladró de inmediato ante aquella intrusión. Como buen perro guardián, se acercó a la puerta para investigar quién era el intruso.

—¿Zeke? —pregunté.

Rex se encogió de hombros.

—No creo.

Fui a la puerta y, al asomarme por la mirilla, vi que era Ryker. Levanté las cejas sorprendida y abrí la puerta.

—Hola.

Cuando Safari comprobó que era Ryker, se alejó y volvió a la sala de estar con Rex.

—Hola. —Llevaba pantalones de chándal, zapatillas de deporte y una

sudadera gris con capucha. Estaba increíblemente atractivo incluso vestido con ropa de estar por casa. Podría entrar en un bar y escoger a la mujer que quisiera.

—¿Va todo bien? —Como no había respondido a mi mensaje, asumí que estaría de mal humor. Pero supuse que se le pasaría a la mañana siguiente.

—Vengo a recogerte. Ve a por tus cosas.

—Te dije que me iba a quedar con Safari.

—Y lo harás. Tráelo.

Arqueé la ceja.

—¿Quieres llevar a un perro grande y peludo a tu casa?

Se encogió de hombros.

—Sé que no vendrás sin él. Además, tus pelos acaban en el lavabo y en los desagües, así que no hay mucha diferencia.

Entorné los ojos.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Coge a Safari y vámonos.

No había nada que deseara más, pero sabía que no debía dejar solo a Rex.

—Me encantaría, pero debo quedarme aquí... —Me acerqué a él para susurrarle al oído—. Rex está muy estresado con la gran inauguración de mañana. —Me aparté.

Volvía a estar enfadado, pero no discutí.

—Entiendo.

—Lo siento...

Rex se acercó a la puerta y saludó con un gesto de la cabeza a Ryker.

—¿Qué pasa, tío?

—Sólo quería pasarme a ver a Rae.

Rex cogió otra cerveza del frigorífico.

—¿Vas a su casa? —La pregunta iba dirigida hacia mí.

—No —dije enseguida—. Sólo ha venido a darme las buenas noches.

Rex no se lo tragaba, pues no era tan estúpido como yo creía.

—No sé qué está pasando aquí, pero me da la sensación de que tiene algo que ver conmigo.

Ryker se fue de la lengua.

—Quería llevarme a Rae y a Safari a casa, pero prefiere quedarse aquí contigo y lo comprendo.

Rex estaba a punto de dar un sorbo a la cerveza, pero bajó el botellín.

—Rae, estoy bien. Vete.

—No me importa quedarme, de verdad...

—Tía, estoy bien. Me has hecho ver las cosas con perspectiva. —Me dio una palmada en el hombro—. Ve a vivir tu vida y deja de ser una perdedora que pasa demasiado tiempo con su hermano y su perro.

Ryker asintió.

—Yo no podría haberlo dicho mejor. —Volvió sus ojos hacia mí, con evidente irritación.

—Os veré mañana en la inauguración. —Rex se dirigió a la sala de estar.

Ryker me miró con una expresión victoriosa en los ojos.

—Coge tu bolso y vámonos.

Safari agachó las orejas al pensar que me iba con Ryker.

—Safari, tú también vienes. —Ryker se dio unas palmadas en el muslo y silbó—. Venga, chico.

Safari atravesó corriendo la puerta y estuvo a punto de derribar a Ryker.

Ryker rio mientras se enderezaba.

—Creo que jamás lo había visto tan emocionado.

—Yo tampoco.

RYKER CERRÓ LA PUERTA DEL DORMITORIO PARA QUE PUDIÉRAMOS TENER UN poco de intimidad sin mi perro malcriado. Se quitó la camiseta y dejó caer al suelo los pantalones de chándal. No llevaba calzoncillos debajo, así que se

quedó con la polla al aire, dura y lista para entrar en acción, aunque acabáramos de llegar a su casa.

—Joder, la tienes dura, ¿eh?

—¿Cómo lo has averiguado? —Se acercó a mí exhibiendo su largo miembro con orgullo. Se sentó a los pies de la cama, recostándose y colocándose una almohada bajo la cabeza. Su miembro reposaba sobre su estómago y, sin que hicieran falta palabras, me dijo lo que quería.

—¿Intentas decirme algo?

—Sí. —Se agarró el miembro con una mano y la movió lentamente de arriba a abajo—. Llevo todo el día pensando en esa boca tan preciosa que tienes. Y, como has actuado de forma tan molesta estas dos últimas horas, me lo debes.

—¿Que te lo debo? —Fingí un carácter del que carecía. Le chuparía la polla con gusto sin que me lo pidiera. La tenía preciosa y le hacía cosas increíbles a mi cuerpo. No me importaba darle amor con la lengua.

—Sí. Pero cuando termines, yo te lo deberé a ti. —Me dirigió una mirada ardiente—. Piénsalo de esa forma.

—Suenas tentador... —Me quité el jersey y los vaqueros, desnudándome despacio hasta quedar en sujetador y en bragas. No despegó los ojos de mi figura, observándome con una mirada tan ardiente que me quemaba la piel. Lo vi tragar saliva a causa del nudo que tenía en la garganta. Al ver su miembro estremecerse, supe que le gustaba el pequeño striptease que acababa de hacer. Me desabroché el sujetador y dejé que cayera al suelo de madera con un ruido sordo. Entonces me di la vuelta, acercándole el trasero a la cara. Me bajé las bragas despacio, dejándolas resbalar por mis muslos y exponiendo lentamente cada centímetro para prolongar aquel momento lo máximo posible. Al mostrar los pliegues húmedos de la entrepierna, lo oí gemir detrás de mí.

Sonreí y aparté a un lado el tanga negro de una patada. Me arrodillé entre sus muslos, rozando con las tetas sus testículos al borde de la cama. Noté lo calientes y tensos que los tenía, pues estaba ansioso por liberar el semen que

había estado acumulando durante todo el día.

Ryker me observaba con ojos tan oscuros que parecían negros. Enredó una mano en mi pelo, sujetando un mechón. Siempre me agarraba por la nuca, como un depredador que vigila a su presa. Se agarró el miembro por la base y me lo rozó contra la boca como si fuera una barra de labios.

—Ahora no estoy seguro de si quiero follarte la boca o el coño.

—¿Quién ha dicho que no puedes hacer las dos cosas? —Presioné los labios contra la punta de su miembro, dándole un beso húmedo y absorbiendo la gota de lubricación que había producido su cuerpo.

Gimió sin aliento, observándome con fascinación sincera.

Lo agarré por la base y le aparté la mano, lamiéndole la parte superior como si fuera una piruleta. Fui despacio, arrastrando lentamente la lengua por su miembro e incidiendo en la parte más sensible.

—Umm...

Me agarró más fuerte del pelo, tirándome un poco del cuero cabelludo.

—¿Te gusta, cariño?

—No. Me encanta. —Abrí la boca, metiéndome la polla hasta la garganta. Sólo me cabía la mitad de lo larga que la tenía. Si intentaba introducirla un poco más, corría el riesgo de atragantarme y perder parte de mi sensualidad. Le masajeeé los testículos mientras le hacía una felación.

Ryker colocó los brazos debajo de la cabeza y me observó, disfrutando de la experiencia y del espectáculo a partes iguales. Tenía la polla extremadamente dura de lo mucho que estaba disfrutando. Movía las caderas lentamente contra mi boca.

—Joder, qué bien haces las mamadas.

Me saqué el miembro de la boca.

—Sólo cuando lo disfruto de verdad. —Le dirigí una mirada cargada de deseo antes de continuar.

—¿Te gusta chuparme la polla, cariño?

—Oh, sí.

Volvió a agarrarme del pelo.

—Desearía que durara para siempre, pero tengo muchas ganas de follarte. Continué, desafiándolo a que me detuviera.

No lo hizo. Siguió guiando mi boca a lo largo de su miembro. Me empujó unos centímetros más de lo necesario, pero no me atraganté. Se le formó sudor en el pecho y su respiración se aceleró. Sentí los espasmos de su miembro en mi boca y supe que se acercaba al clímax.

Me encantaba complacerlo tanto como que me diera placer. Se le oscurecieron los ojos y su mirada se volvió errática al alcanzar las nubes. Le abandonó todo raciocinio conforme ascendía a un reino de placer absoluto. Lo embargaba la desesperación por correrse y la combatía con escaso éxito.

—Ya llega.

—Dámelo.

Tomó aire y me atrajo hacia su miembro, eyaculando en mi garganta.

—Joder... —Me clavó los dedos en la nuca, embistiendo con las caderas para asegurarse de que tragaba hasta la última gota.

Chupé los restos de semen de la punta de su miembro semierecto antes de sacármelo de la boca y aterrizó en su estómago con un sonido leve. Estaba empapado de saliva y se le habían aflojado los testículos tras eyacular.

—Cuando quieras. —Me arrastré sobre la cama y apoyé la cabeza en la almohada. Me abrí de piernas y lo esperé.

Sin pensárselo dos veces, subió a la cama y metió la cara entre mis piernas. Sacó la lengua y comenzó una intensa sesión de placer. Me chupaba de forma agresiva, queriendo rivalizar con la mamada que acababa de hacerle.

Lo contemplé mientras le clavaba los dedos en el cabello. Abierta de piernas, disfrutaba del calor que me provocaba. No pensé en todas las mujeres con las que se había acostado antes de que llegara yo, sólo en la magia del momento. Ningún hombre me había hecho sentir jamás tan satisfecha. Ryker nunca me dejaba con las ganas y se esforzaba por que cada experiencia fuera mejor que la anterior. Nunca sabría lo agradecida que estaba por ello.

—Córrete, cariño. —Me miró a los ojos mientras me lamía con fuerza el clítoris.

Sus movimientos precisos y el deseo en sus ojos hicieron que mi cuerpo obedeciera su orden. Clavé los dedos en su cuero cabelludo y sentí la contracción automática de mis caderas al sufrir el impacto del orgasmo como un tren que me arrollaba.

—Oh, Dios...

Chupó con más fuerza, logrando que me corriera con gran intensidad.

—Sí... sí.

ME LAVÉ LA CARA Y ME PREPARÉ PARA ACOSTARME, AUNQUE YA CASI ERA POR LA mañana. Me puse una de sus camisetas y unas bragas limpias, pues las otras estaban empapadas. Abrí la puerta del dormitorio y dejé entrar a Safari.

—¿Estás listo para acostarte, Safari?

Saltó inmediatamente a la cama y se puso cómodo.

Ryker ya estaba tumbado con las manos detrás de la cabeza. Observó a Safari con expresión divertida.

—Pero no te mees, ¿vale?

—No lo hará. —Le acaricié la cabeza a mi perro y le di un beso—. Es un buen chico.

Ryker observó nuestra interacción.

—A veces me pregunto si te gusta más que yo.

—Sí —dije sin sentir vergüenza—. Ha sido mi mejor amigo durante años. No puedo reemplazarlo tan fácilmente.

—Supongo que tendré que echarme a un lado.

—Sí, no te queda otra. —Apagué la lámpara de la mesita de noche y me metí en la cama.

Ryker me abrazó de inmediato, rodeándome la cintura con el brazo. Notaba

su suave aliento en la nuca y me presionaba la espalda con su torso de hormigón. Sentía su pecho agitándose contra mí con cada respiración, recordándome que era real y no sólo un sueño.

—Gracias por dejar que Safari se quede aquí.

—Haría cualquier cosa por estar contigo, Rae. Pero creo que eso ya lo sabes.

EL LOCAL SE LLENÓ DE GENTE EN CUANTO SE ABRIERON LAS PUERTAS.

Multitud de familias y amigos se dispersaban por Groovy Bowl. Algunos fueron directamente a las pistas con sus equipos y empezaron a jugar a los bolos. Los más jóvenes se dirigieron a las máquinas recreativas y a la pizzería mientras sus padres iban al bar de la esquina.

No me sorprendía en absoluto.

—Tía, tenemos clientes. —Rex llevaba una camiseta de Groovy Bowl desteñida con una bola de boliche en el centro—. Ha venido gente de verdad.

—Pues claro. —Jessie, como siempre, iba vestida como una modelo. Se había alisado el pelo y llevaba vaqueros de marca ajustados a las caderas—. El local tiene un aspecto genial desde fuera. ¿Qué otro plan mejor puede haber para pasar el sábado?

—Es genial. —Kayden observaba el local maravillada. Parecía la más impresionada de todo el grupo—. ¿Puedo comprar una camiseta?

—No —dijo Rex—, pero te regalaré una.

—Venga, deja que te compre una —insistió.

—No —replicó Rex—. Tu dinero aquí no vale. —Se acercó al mostrador a por una camiseta.

Zeke se volvió hacia mí.

—Parece que lo hemos logrado.

—Creo que podemos afirmar con seguridad que este lugar permanecerá abierto durante mucho tiempo. —La gente dejaría de ir en masa en unas semanas, pero tras la inauguración, habría clientes asiduos. A Zeke y a mí se nos había ocurrido otorgar premios mensuales a los clientes y esperábamos que aquello atrajera incluso a más personas.

—Ahora Rex podrá quedarse tranquilo de una vez.

—Y mudarse. —Esa era la parte que más me entusiasmaba. Ryker podría quedarse en mi casa y hacerme la vida más fácil. Él podía entrar a trabajar cuando quisiera, pero yo debía estar allí a la misma hora todos los días. Cuando me quedaba en su casa, tenía que levantarme aún más temprano para arreglarme, y no era muy madrugadora que digamos. Además, Safari prefería quedarse en el apartamento. Había funcionado la noche anterior, pero sabía que no estaba cómodo en casa de Ryker.

Zeke se rio.

—Por fin vas a poder recuperar tu vida. ¿Qué harás cuando se vaya?

—Desinfectar la casa.

Soltó una carcajada.

—Vas a tener que usar una lejía muy potente. Algunas manchas no saldrán.

—A lo mejor me mudo.

—Es otra forma de verlo.

—¿Vamos a por pizza? —preguntó Jessie—. Tengo hambre.

—Yo también. —Kayden se frotó el estómago como si no hubiera comido nada en días.

—Parece un buen plan. —Cuando nos disponíamos a ir a la pizzería, Rex regresó con un puñado de camisetas y las repartió.

Sostuve la mía sobre el pecho.

—Son preciosas.

Zeke se quitó la camiseta, mostrando sus potentes pectorales y sus abdominales definidos.

Jessie silbó.

—Joder.

—Vaya —dijo Kayden—. Sí que rentabilizas el abono del gimnasio.

Zeke sonrió mientras se ponía la camiseta de Groovy Bowl. Era demasiado humilde para responder, pero su sonrisa arrogante indicaba que apreciaba los cumplidos.

—La tela es buena y son muy suaves.

—Cuando estás hecho de hormigón cualquier cosa te parece suave —dijo Jessie.

Zeke volvió a sonreír.

Rex entornó los ojos como si se sintiera excluido.

—Oye, que yo también tengo un buen físico.

—Demuéstralo —dijo Jessie.

—Sí. —Los ojos de Kayden se asemejaban a grandes bolas de Navidad.

—Demuéstralo ahora mismo.

Levanté la mano.

—No, por favor. El día está yendo muy bien y sería una lástima que lo arruináramos vomitando en las baldosas nuevas.

Rex me ignoró y se quitó la camiseta.

Jessie soltó un silbido.

—Joder... No sabría decir quién tiene mejor cuerpo.

Rex flexionó un bíceps, mostrando sus músculos prominentes y su cuerpo sin grasa.

—No hay comparación posible, chicas.

Kayden no le quitaba ojo, con la boca abierta de par en par.

—No hay duda de que Zeke tiene mejor cuerpo. —A mis ojos no había nada que discutir.

Zeke se volvió hacia mí y me dio un codazo.

—Te gusta lo que ves, ¿eh?

—Mucho más que el albino ese.

—Oye —intervino Rex—, que ha llovido mucho últimamente.

—Zeke no está blanco como la nieve —repliqué—, y vive en la misma ciudad que tú. —Zeke tenía la piel bronceada, aunque desconocía el motivo. Sabía que montaba mucho en bicicleta, pero no me lo imaginaba pedaleando sin camisa.

—Es dermatólogo —replicó Rex—. Seguramente habrá usado algún producto químico para que su piel tenga ese aspecto.

—Sí —Zeke permaneció impassible—. Se llama vitamina D.

—¿Dónde se compra? —preguntó Rex—. ¿La venden en la farmacia?

Por decisión unánime, nos dirigimos a la pizzería.

—Vamos a almorzar —dije—. Estoy quemando demasiadas calorías tratando de entender a este idiota.

REX LES MOSTRÓ EL BAR A LAS CHICAS, EL SITIO QUE MÁS LES INTERESABA. Zeke y yo comíamos más que nadie, así que siempre nos quedábamos atrás. Tomé otra porción, sin querer pensar en los nueve kilómetros que tendría que correr al día siguiente para paliar los excesos de aquella noche. Suspiré al darme cuenta de lo mucho que me dolerían los pies a mitad de la carrera.

Zeke dio un sorbo a su refresco, sin dejar de mirarme.

—¿Estás saliendo con alguien? —Mencionó haberse liado con alguien no hace mucho. Tal vez había vuelto a quedar con esa persona.

—Anoche salí con una mujer.

—¿Qué tal fue?

—Bien. —Se limpió la grasa de los dedos con una servilleta—. Aunque no creo que vuelva a verla.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—No sentí nada.

—¿Te acostaste con ella? —Sabía que podía hacerle esa clase de

preguntas sin tapujos. Él también me las hacía a mí.

—Sí. —No mostraba arrepentimiento por su aventura de una noche—. Estuvo bien, pero no sé... No me interesa.

Zeke era un buen partido. Era dulce y atento, además de honesto y leal. Algún día, sería un marido y padre perfecto. Quien acabara con él sería una de las mujeres más afortunadas del mundo.

—Encontrarás a la chica adecuada. Está ahí fuera, en alguna parte...

Desvió la mirada rápidamente y dio un trago al refresco.

—Sí... seguro que la encontraré.

—Parece que en realidad no buscas nada serio.

—No. —Volvió a darle un sorbo a su refresco, tragando el líquido como si fuera agua. —Me limito a jugar a varias bandas. Últimamente salgo de bares después del trabajo y estoy teniendo suerte con el número de mujeres que muestran interés.

—No es cuestión de suerte —dije con expresión seria—. Eres perfecto, Zeke.

Dejó el vaso sobre la mesa y clavó los ojos en mí.

—¿Lo crees de verdad?

—Sí, joder. —Seguiría pensándolo, aunque fuera lesbiana—. Seguramente esas mujeres se sienten decepcionadas al ver que no las llamas al día siguiente. Créeme.

Asintió como si no supiera qué más hacer.

—¿Cómo te va con Ryker?

—Bien. —Habíamos llevado la misma rutina durante el último mes. A veces salíamos a cenar, pero la mayor parte del tiempo íbamos a su casa y nos acostábamos. No me importaba porque el sexo entre nosotros era genial, pero empezaba a preocuparme que nuestra relación fuera demasiado superficial.

—Me da la impresión de que ocultas algo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me has respondido con una sola palabra. Sueles hablar más.

—Apartó a un lado el plato vacío y apoyó los codos en la mesa.

—Supongo que... estoy un poco preocupada.

—¿Por?

—Esa es una pregunta de una sola palabra.

Sonrió aún más.

—No te hagas la listilla y responde a la pregunta.

—Me preocupa que no hablemos mucho. —No di más detalles porque sabía que Zeke ataría cabos—. Lo conozco, pero no en profundidad. Parece que le gusto y creo que es así, pero no sé qué futuro tiene esta relación y es demasiado pronto para hacerle esa pregunta.

Zeke permaneció en silencio, pues se le daba bien escuchar a los demás.

—Así que... no sé.

—Puede que sea sólo una aventura. Tal vez siga su curso y vuestros caminos terminen separándose. Eso no tiene nada de malo.

—Sí, pero es exactamente lo que trato de evitar. —Zeke sabía el motivo, así que no dijo nada—. No quiero que vuelvan a romperme el corazón. Es una mierda. —Suspiré al recordar lo mal que lo había pasado.

—No puede romperte el corazón a menos que se lo permitas. Así que no dejes que lo haga.

Me reí con sarcasmo.

—Haces que suene tan fácil.

—También creo que, si piensas que la relación va a fracasar, es probable que termine ocurriendo. —Se encogió de hombros como si no supiera qué más decir—. Así que puede que tengas que hacer algunos cambios.

—¿Como cuáles?

—Intenta conocerlo mejor. Más citas y menos sexo.

—Pero no quiero reducir el sexo... —Era increíble, el mejor amante que había tenido.

Normalmente Zeke se habría reído con aquel comentario, pero no lo hizo.

—O podrías contarle lo que te preocupa.

—Ryker no es el tipo de hombre con el que puedes tener conversaciones serias como esa...

—Pues entonces puede que no sea el hombre adecuado para ti. Las relaciones se basan en la comunicación. Si no podéis hablar, jamás os entenderéis. —Zeke era mucho más sabio que yo, probablemente debido a su mayor edad e inteligencia. Cuando decía algo, no solía equivocarse.

—Tienes razón.

Volvió a encogerse de hombros.

—Haz lo que quieras. Estoy seguro de que tomarás la decisión correcta.

—Sí, eso espero.

Dirigió la mirada hacia el televisor de la esquina.

—Ya ha empezado el partido de los Marineros.

Me giré para ver la puntuación.

—Sí, joder. Sabía que hoy sería un gran día. —Me volví en su dirección y tomé otra porción.

Se formó una sonrisa en los labios de Zeke.

—¿Qué? ¿Me estás juzgando?

—Por supuesto que no. Es que me parece interesante que comas tanto pero nunca engordes.

—Ja. —Me reí porque era totalmente absurdo. —Créeme que sí. Se me acumula en los muslos, por eso nunca llevo pantalones cortos.

—Pensé que era porque siempre tienes frío.

—No. Ahora ya sabes el verdadero motivo.

—Tienes las piernas bien, Rae. Las veo todos los días.

—Pero no las miras *de verdad*.

Volvió la vista hacia el televisor.

—¿Estás pensando en comprarte pronto una casa?

—Ahora que Rex podrá devolvernos el dinero en un año, creo que esperaré. Pero es algo que tengo en mente. Me gusta mucho tu barrio.

Asintió.

—Es tranquilo. Me gusta.

Era un barrio exclusivo que jamás podría permitirme, pero me encantaba admirarlo. La casa de Zeke era demasiado grande para una sola persona, pero le iba como anillo al dedo. Cuando se casara y tuviera hijos, sería el lugar perfecto para vivir con su familia. A veces sentía celos, pero recordaba lo mucho que había trabajado para conseguir lo que tenía y me daba cuenta de que no tenía derecho a estar celosa. Si quería lo que él tenía, debía esforzarme más.

—Pronto empezaré a buscar en serio. La situación actual del mercado es favorable, así que debería lanzarme.

—Tienes razón. Si necesitas ayuda, dímelo. Aprendí mucho de mi agente inmobiliario.

—Gracias. Seguramente me hará falta toda la ayuda que pueda obtener.

—Qué va. Eres mucho más lista de lo que admites. De hecho, eres una de las personas más inteligentes que conozco.

Agradecía que Zeke nunca dijera que era una de las mujeres más inteligentes que conocía. La mayoría de la gente hacía esos comentarios, como si les impresionaran mis logros pese a lo que tenía entre las piernas. Zeke siempre me trataba como a una igual y no me veía con los mismos ojos que otras personas.

—Gracias, pero no soy tan inteligente como tú.

—Tampoco soy tan listo como la gente afirma.

—No seas humilde.

Negó con la cabeza.

—Una vez me fui de la gasolinera con la manguera del surtidor enganchada al coche por accidente. Ya no te parezco tan listo, ¿eh? —Sonrió de oreja a oreja al recordarlo.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace alrededor de un año. Nunca se lo dije a nadie porque sabía que se reirían de mí eternamente.

—¿Cuánto te costó repararlo?

—Varios miles de pavos. Fue una mierda.

No me reí porque parecía muy avergonzado por ello, aunque resultaba bastante divertido.

—Ahora sé uno de tus trapos sucios.

—Y yo sé muchos trapos sucios tuyos que puedo contarle a Ryker.

—Maldita sea... —Me tenía entre la espada y la pared.

Rio y volvió a tomar su refresco.

—No soy un oponente al que te convenga hacer enfadar, Rae.

Lo sabía demasiado bien.

Rex y las chicas regresaron a la mesa con sus cervezas y cócteles.

—¿Dónde están las nuestras? —preguntó Zeke.

—No soy tu novio —vociferó Rex—. Ve tú mismo.

—Pero es tu inversor —le recordé—. Igual que yo.

—Que seáis mis inversores no significa que tenga que hacerlos la pelota.

—Rex se sentó con su bebida y Kayden tomó asiento a su lado.

Zeke y yo lo miramos con desdén, haciéndolo sentir culpable con nuestro silencio hasta que levantara el culo de la silla.

Rex se derrumbó al fin bajo nuestras miradas asesinas y se levantó.

—Vale. Marchando dos cervezas.

RYKER ME ENVIÓ UN MENSAJE DE TEXTO.

¿Quieres venir a mi casa?

Fue directo al grano, como siempre.

¿Y si vamos a cenar?

Puedo pedir pizza.

Tengo ganas de probar el restaurante chino nuevo junto a mi apartamento. Además, siempre dices que vas a pedir pizza y nunca lo haces.

Lo haré esta vez. Estará lista cuando llegues.

No, gracias. Recógeme a las siete si quieres ir al restaurante chino.

Hubo una larga pausa sin los tres puntos. Transcurrido un minuto, aparecieron.

Nos vemos dentro de un rato.

Sonreí triunfante.

RYKER ME RECOGIÓ Y ME LLEVÓ EN COCHE AL RESTAURANTE CHINO. ENTRAMOS y nos sentaron en una mesa con mantel y una vela en el centro. Ryker no hablaba mucho. Observó el menú con detenimiento hasta decidir lo que quería. Luego lo dejó sobre la mesa y me miró fijamente.

—¿Qué tal te ha ido el día? —No lo veía en el trabajo a menos que bajara al laboratorio, cosa que no sucedía a menudo. Jenny trabajaba en el mismo turno que yo y, si lo veía demasiado por allí, sospecharía. No quería que nadie del trabajo se enterara de que estábamos saliendo porque la gente me daría la espalda de inmediato, sobre todo Jenny.

—Aburrido. —Siempre daba la misma respuesta al preguntarle por su jornada en la oficina.

—¿Ya está?

—Pues sí. Me encargo de un montón de papeleo todo el día, almuerzo, y luego más papeleo hasta que dan las tres. No es tan emocionante como los descubrimientos científicos que haces en el búnker.

—Por desgracia aún no he hecho ninguno.

—Dale tiempo. ¿Cómo te ha ido el día?

—He avanzado mucho. Terminé una prueba del experimento y he obtenido buenos resultados, pero ahora tengo que repetirla dos veces más.

—¿Por qué?

—Para que un experimento sea válido, ha de repetirse varias veces con los mismos resultados.

—Pero no vas a publicar un artículo en el *Yale Journal of Biology*.

Ojalá.

—No, pero antes de solicitar que sigan financiando mi proyecto quiero estar completamente segura de los datos.

Ryker asintió.

—Mi padre no mentía cuando hablaba de ti. Dijo que eras una de las mejores empleadas de la empresa.

El señor Price era un buen hombre y jamás lo olvidaría.

—¿Cómo está?

Ryker hizo una pausa antes de contestar.

—Bien. Juega al golf. —Nunca hablaba de su padre, aunque ambos lo conociéramos en diferentes facetas. A veces me daba la impresión de que no

le importaba su padre, como si estuviera resentido con él por haberle obligado a hacerse cargo de la empresa al jubilarse. Quería preguntárselo, pero sospechaba que le molestaría la intrusión.

—¿Qué hacías en Nueva York antes de venir aquí? —Me di cuenta de que tampoco sabía ese dato. No había dudado en acostarme con él porque tenía una cara bonita y un buen cuerpo. Esos eran los únicos requisitos previos que me habían importado.

—Vivía en un ático cerca del parque.

Eso no respondía en absoluto a mi pregunta. No le había preguntado dónde vivía.

—¿Dónde trabajabas?

—No trabajaba.

—Ah... —Entonces, ¿qué hacía durante todo el día? ¿Vivía a costa del dinero de su padre?

—Mi padre me dio un crédito y lo invertí todo en acciones, inmuebles y bonos. Llevo viviendo de los intereses desde entonces. —Respondió a la pregunta sin que se la hubiera hecho. Sabía que la tenía en la punta de la lengua—. Me pasaba el tiempo jugando a videojuegos, viajando y disfrutando de la vida nocturna.

Comprendí lo que implicaba la última parte.

—Ahora entiendo por qué estabas tan deprimido al venir aquí.

—Cuando mi padre me dijo que me hiciera cargo de la empresa, no me alegré. Pero no tenía elección. Además, si no hubiera venido, no te habría conocido. —Me contempló con una mezcla de deseo y sinceridad en los ojos—. Así que al final ha merecido la pena.

Era un comentario muy dulce y me recreé en él para convertirlo en un recuerdo que podría atesorar.

—Supongo que sí.

—Admito que me gusta el clima de aquí. Es suave todo el año. En Nueva York, o te pelas de frío o hay una humedad infernal. ¿Has estado allí alguna

vez?

—No. —Nunca había salido de Washington.

—Algún día te llevaré. Creo que te gustará.

—Me encantaría visitar Nueva York.

—¿Tienes vacaciones pronto?

—Tengo tres semanas al año y aún no las he pedido, así que no hay más que hablar.

—Te daré más de tres semanas. Puedes tomarte las que quieras.

Era una buena oferta, pero no la aceptaría.

—Respeto demasiado tu empresa como para aprovecharme de ti. Agradezco todo lo que me ha dado COLLECT y no quiero que me traten de forma diferente sólo por estar saliendo contigo. Espero que lo aceptes y no lo tomes como una ofensa.

Ryker asimiló mis palabras sin mostrar reacción alguna.

—Si eso es lo que quieres, lo entiendo.

—Gracias. —Pensé que iba a insistir, pero se contuvo.

Ryker volvió a quedarse en silencio, contemplándome el rostro. Sus pensamientos lascivos eran obvios. Podía ver una imagen de nosotros follando en el brillo de sus ojos. ¿Es que no pensaba en otra cosa?

Pedimos la comida y la tensión desapareció durante unos instantes para regresar una vez más a la mesa. Cuanto más intentaba hablar con él, más tensión había. Ryker era fuerte y silencioso. Podía pasar toda la noche sin decir una palabra. Si yo no decía nada, él tampoco.

—Quiero preguntarte algo.

Ladeó un poco la cabeza y contemplé su rostro atractivo.

—Soy todo oídos.

—¿Te molesta que no hablemos mucho?

—No entiendo tu pregunta. Te veo casi a diario.

—Sé que nos vemos, pero en realidad no nos conocemos. Siento que sólo conectamos cuando follamos.

—¿No es esa la conexión más importante? —Arqueó una ceja y, pese a su confusión, seguía resultando sexy.

—Es importante, sí. Pero lo único que hacemos es ir a tu casa y acostarnos. Nunca salimos ni hacemos nada más.

—¿Qué estamos haciendo ahora entonces? —preguntó con tono arrogante.

—Porque te he obligado a hacerlo. —Y no me lo había puesto fácil.

Suspiró sin ocultar su irritación.

—Rae, me confundes. ¿Me estás diciendo que no hago lo bastante por ti? Porque he hecho más por ti que por cualquier otra persona. Admito que soy un poco reservado, pero es que no tengo mucho que decir. Es mi forma de ser y no voy a cambiar. Pensé que ambos estábamos a gusto, pero parece que no es así. En ese caso, ¿quieres que sigamos?

—Pues claro. —Estar con él no era el problema—. Es sólo que... me preocupa que estemos haciendo algo mal.

—Si tienes ciertas expectativas de cómo debería ser nuestra relación, entonces siempre te parecerá mal. Me gusta que vengas a mi apartamento porque puedo disfrutar de ti en privado. No es sólo por el sexo, sino por besarte y tocarte. Por estar contigo de la forma más íntima posible. No intento ocultarte y no quiero únicamente sexo. Quiero más. Cuando estamos en público, tengo que contenerme. No puedo tocarte ni besarte cuando me apetece. Le estás dando demasiadas vueltas.

—Puede ser...

—No, lo es.

—Siento que no puedo hablar contigo como hablo con mis amigos. Nos lo contamos todo. Pero nosotros no compartimos apenas nada.

Me dirigió una mirada intimidante sin parpadear.

—Porque no soy tu amigo, Rae. Nuestra relación es diferente a la que tienes con ellos y eso no es nada malo. La nuestra es física y romántica. Conectamos de una forma distinta.

Puede que tuviera razón. Quizás buscaba una excusa para terminar la

relación antes de que acabara por sí sola. Sabía que me estaba enamorando de él. Cada día que pasaba mis sentimientos eran más profundos. Me atraía más con cada beso y cada caricia, cada vez que hacíamos el amor. No sabía qué tenía Ryker para hacerme sentir así. A veces pensaba que era demasiado bueno para ser verdad. Y otras temía que estuviera conmigo por los motivos equivocados, porque me enfrentaba a él, a diferencia de los demás.

—¿Entonces estamos bien?

Su voz me devolvió a la conversación.

—Sí.

—¿Estás segura? —Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz.

—Sí.

—¿Te enfadarías si pidiera que nos pusieran la comida para llevar y así poder tomarla de tu cuerpo?

—La comida china no es muy sexy...

Bajó aún más la voz.

—Créeme, puedo conseguir que lo sea.

SONÓ EL TELÉFONO DEL LABORATORIO Y CONTESTÓ JENNY.

—¿Hola? Sí, está aquí. —Dejó el teléfono en la mesa—. Rae, es para ti.

—¿Quién es?

—Kayden.

—Genial. —Me quité los guantes y los arrojé a la caja para residuos antes de coger el teléfono.

—Hola chica, ¿qué hay?

—¿Estás ocupada ahora mismo?

—La verdad es que no. Acabo de recolectar mis muestras y las he transferido a las placas de Petri. Luego tengo que incubar...

—Sabes que no entiendo ese galimatías.

—Y tú sabes que no sé lo que significa galimatías. ¿Qué tal?

—Me preguntaba si Ryker tiene algún amigo soltero al que puedas presentarme. Es guapísimo, así que puede que conozca a otros chicos atractivos.

Kayden no iba detrás de los hombres ni mostraba mucho interés en el mundo de las citas. Puede que al fin hubiera salido de su apatía y se hubiera dado cuenta de que necesitaba acostarse con alguien.

—¿A qué viene eso?

—Supongo que, al verte con Ryker, echo de menos salir con alguien.

Cualquier chica echaría de menos tener sexo del bueno.

—Puedo preguntárselo.

—Gracias. Sería genial. Y por favor, no intentes liarme con ningún bicho raro como hizo Jess contigo.

—¿Te refieres al bombero de la lengua curiosa?

—Sí. Qué asco.

—Jamás le haría algo así a una de mis amigas. No sé qué le pasó a Jess.

—Probablemente no lo sabía. Así que asegúrate de investigar bien por mí.

—Lo haré. Luego hablamos.

—Adiós. Te quiero.

—Yo también. —Colgué.

—¿Les dices a tus amigas que las quieres cuando te despides por teléfono?

—Sí. —Podía parecerle extraño a algunas personas, pero a mí no—. Hace falta más amor en el mundo.

Jenny me miró con gesto de extrañeza y se alejó.

Seguramente pensaba que era lesbiana, pero me daba igual. Mejor eso a que pensara que me acostaba con Ryker.

LLAMÉ A RYKER EN EL TRAYECTO EN TAXI A CASA.

—Hola, cariño. Estaba pensando en ti.

—¿Tienes las manos dentro de los pantalones? —Miré de reojo al conductor sin importarme que pudiera oírme. Probablemente habría escuchado conversaciones peores.

Rio por lo bajo al teléfono.

—No. Pero las tendré pronto si no vienes a mi casa.

—Siempre quieres que vaya.

—¿Puedes culparme? Mírate.

Sonreí sin querer y vi mi reflejo en el espejo retrovisor. Parecía una estúpida adolescente enamorada.

—Te llamaba por otra razón.

—¿Quieres que vaya a tu casa? Puedo hacerlo. Por cierto, ¿cuándo se va a mudar Rex a otra parte?

—Ya está tardando. —Ignoré la primera pregunta—. Kayden quiere saber si tienes amigos que estén buenos con los que poder emparejarla.

—No sabría decirte.

—No fastidies —dije—. No hace falta ser un lumbreras para saber si alguien del mismo sexo es atractivo.

—No. Pero no soy gay.

—Esas tonterías masculinas me sacan de quicio. Sé que Kayden y Jess son muy guapas y soy completamente heterosexual.

—Mi polla está de acuerdo.

Hice una pausa al teléfono.

—Sobre lo de que eres heterosexual —aclaró—. Tus amigas son guapas, pero nunca se me ha puesto dura con ninguna de ellas. —Al menos disipó el malentendido—. Veré lo que puedo hacer. Tengo varios amigos en la ciudad. Preguntaré.

—Gracias.

—¿No puede encontrar un tío por sí misma? Me sorprende.

—Es preciosa, pero tímida.

—En serio, no tiene más que entrar en un bar con una falda ajustada y podrá elegir a quien quiera. Cualquier mujer puede hacerlo si trasmite sensación de confianza.

—Creo que busca a alguien que cumpla todos los requisitos.

—Bueno... mis amigos no son lo que se dice buenos tipos, si sabes a lo que me refiero. Si busca una noche de diversión, puedo ayudarla. Pero si pretende encontrar novio, no mucho.

—La verdad es que no sé qué busca.

—Es tu mejor amiga, deberías preguntárselo.

REX Y ZEKE ESTABAN SENTADOS EN EL SOFÁ CUANDO ENTRÉ. SAFARI ESTABA solo en el otro sofá con los ojos cerrados, durmiendo la siesta. El televisor estaba encendido y emitía un partido de baloncesto.

—¿Cuándo vas a mudarte? —Solté el bolso en la mesa y entré en la sala de estar.

—Hola a ti también. —Rex evitó mi pregunta y dio un trago a la cerveza.

—Hola —dije—. ¿Cuándo vas a mudarte?

—Maldita sea, Groovy Bowl abrió hace tres días.

—Y el negocio prospera, así que ya es hora de que te vayas de una vez. —Safari y yo necesitábamos espacio. Podría darle una llave a Ryker para que entrara y saliera cuando quisiera, preferiblemente desnudo.

—No sabré cuánto dinero tengo hasta final de mes. —Dirigió la mirada al televisor en un intento fallido por ignorarme.

—Tendrás suficiente para alquilar un piso, así que deberías empezar a buscar, y pronto.

—Joder, ¿también me vas a acosar para que te devuelva el dinero?

—No. Te lo puedes quedar, pero quiero que te vayas de mi casa. —Me dirigí a la cocina—. Hola, Zeke.

—Hola, Rae. —Levantó la cerveza a modo de saludo.

Me serví una copa de vino y me senté en el sofá con Safari.

Abrió los ojos y, al verme, se acercó más a mí hasta apoyar el hocico en mi muslo. Cerró los ojos cuando empecé a acariciarlo.

—¿Tenéis amigos solteros? —pregunté.

—¿Has roto con Ryker? —Zeke pronunció la frase en voz tan alta que pareció un grito.

—¿Lo has mandado a freír espárragos? —preguntó Rex esperanzado—. Sabía que acabarías entrando en razón. Ese tío es...

—Lo pregunto por Kayden. Pero me alegra ver que por fin aceptáis a Ryker...

—Ah... —Rex se desinfló como un globo que hubiera explotado.

Zeke dio un trago a la cerveza y bajó la vista.

—Tengo algunos, pero no sé si a Kayden le gustarán.

—Y ninguno de mis amigos son lo bastante buenos —dijo Rex.

—¿No tienes amigos que sean médicos? —le pregunté a Zeke—. ¿De esos que son ricos y guapos?

—Ninguno que sea joven o atractivo —dijo.

—¿Kayden necesita acostarse con alguien? —preguntó Rex—. En eso puedo ayudarla. Cuando salimos el mes pasado, llevaba un vestido ajustado negro y estaba bastante follable. Tenía unas piernas interminables.

—Puaj. —Estaba a punto de darle un sorbo al vino, pero me lo pensé dos veces—. No hables así de mi amiga.

—¿Qué? —preguntó Rex con inocencia—. Me limito a ser honesto. Se arregla muy buena.

—Oye —dije—, querrás decir que se arregla muy «bien».

Rex tenía una expresión vacía en el rostro.

—¿Qué?

Sacudí la cabeza.

—Da igual.

Zeke se echó hacia adelante con los brazos apoyados en las rodillas.

—¿Ha probado Tinder?

—No creo —dije—, pero dudo que busque un rollo. Me parece que quiere algo serio.

—También están eHarmony y otras por el estilo —dijo Rex—, pero yo podría hacer que pasara un buen rato.

Puse los ojos en blanco.

—Rex.

Él imitó mi gesto.

—Quiero decir que podría hacer que pasara un rato «bien».

Me llevé la mano a la frente, dejándola resbalar por la cara. No tenía remedio.

Zeke sonrió, pero no se molestó en corregirlo.

—¿Entonces no? —pregunté—. ¿Ninguno de vosotros puede recomendarme a un tío que esté bien?

Ambos hicieron un gesto negativo en respuesta.

—Supongo que saldré con ella y la ayudaré a echarle el guante a alguien.
—Hacía mucho que no quedaba con las chicas. Estaría bien arreglarse y salir del apartamento, sobre todo con mi hermano tirado continuamente en el sofá.

—No te arregles mucho —me advirtió Zeke—, o los tíos irán a por ti en vez de a por ella.

—Sí, claro —dije riendo.

La expresión de Zeke no cambió.

—Bueno, me voy a la ducha. Divertíos esta noche, chicas.

Rex me sacó la lengua.

—Saluda a los otros gremlins de mi parte.

HABÍA QUEDADO CON KAYDEN FUERA DEL BAR. LLEVABA UN VESTIDO CORTO

negro que mostraba sus magníficas piernas, tacones plateados y un bolso de mano del mismo color bajo el brazo. Se había peinado el cabello en enormes bucles y parecía la participante de un concurso de belleza. La miré de arriba abajo al acercarme a ella.

—Joder, creo que podría ser bisexual.

Soltó una carcajada antes de abrazarme.

—Sí, claro. Con el paquete de Ryker eres hetero hasta la médula.

—Cierto.

Se apartó y observó mi vestido rosa.

—Qué mona estás. Me encanta cómo te queda ese color.

—Gracias. ¿Estás lista para elegir a un hombre de infarto y llevártelo a casa?

Cruzó los dedos.

—Esperemos que tenga suerte.

—Había invitado a Jess a venir, pero me ha dicho que le ha bajado hoy la regla y está de mal humor.

Kayden hizo una mueca.

—Le ha hecho un favor a la humanidad quedándose en casa.

—Está claro.

Entramos al bar y nos abrimos paso entre la multitud para llegar a la barra. Me percaté de que todos los tíos del local no le quitaban los ojos de encima a Kayden, así que seguramente ligaría enseguida con alguien. Yo podría escabullirme e ir a casa de Ryker.

Pedimos las bebidas y nos dirigimos a una mesa libre en medio del local. No había sillas, así que nos quedamos de pie con nuestros tacones de doce centímetros. Nos dolían los pies, pero, según las reglas no escritas de las chicas, no podíamos quejarnos por muy insoportable que fuera. Si elegías ir a la moda por encima de la comodidad, tenías que aguantarte.

—¿Ves a alguien que te guste? —Eché un vistazo en torno a mí y vi a varios hombres atractivos. Pero la mayoría ya estaban moviendo ficha con

otras chicas.

Kayden echó un vistazo rápido a su alrededor.

—Ninguno en particular, pero es bastante temprano. Los mejores salen tarde.

—Es verdad. —Querrás decir los tíos malos.

Kayden dio un sorbo a su bebida y siguió mirando.

—Gracias por salir conmigo esta noche. Sé que ya tienes pareja y esto quizás te resulte aburrido.

—No. Siempre es divertido salir contigo. Sólo espero que te lleves a alguien a casa.

—Yo también...

—¿Por qué esa necesidad de un hombre así tan de repente? —No solía volverse loca con los tíos como nos pasaba a Jess y a mí. Siempre íbamos a la búsqueda del hombre adecuado, pero no era algo que controlara nuestras vidas.

Encogió sus hombros menudos y, al moverse, los pendientes de diamantes que llevaba brillaron bajo la tenue luz.

—Me he dado cuenta de que no salgo con nadie desde hace mucho. Y si no voy a un bar, ¿cómo voy a conocer gente? Los chicos de mi edad no suelen entrar en la biblioteca.

No había lugar peor para conocer a alguien. Los únicos que usaban las bibliotecas públicas eran los jubilados. Como Kayden no era una cazafortunas, aquella no era una opción viable.

—Bueno, aquí hay hombres de tu edad, eso está claro.

Miró hacia la esquina y entornó los ojos.

—¿Ves a alguien que te guste?

Seguía con los ojos entrecerrados.

—¿No se parece ese tío a Ryker?

Miré hacia donde señalaba y entorné los ojos para ver mejor la mesa circular de la esquina. El tío al que Kayden se refería estaba sentado a la

derecha, junto a otros dos hombres que le echaban el brazo por encima a dos mujeres. Ryker parecía estar solo.

Más le valía.

—Sí, creo que es él.

—¿Le dijiste que ibas a salir esta noche?

—No. —A decir verdad, no había hablado con él desde nuestra conversación telefónica en el taxi. Solía pedirme que hiciéramos algo juntos en cuanto tenía tiempo libre, pero era obvio que tenía otros planes.

—No estará con una cualquiera, ¿verdad? —Me miró inquieta, como si esperara equivocarse.

Aquel pensamiento no se me había pasado por la cabeza.

—No. Seguro que está solo. —Me costaba entender a Ryker, pero jamás me haría algo así. No era mentiroso ni desleal—. Seguramente ha venido con sus amigos.

—Sí, es probable que tengas razón.

Una mujer alta y morena se acercó a la mesa y se sentó junto a Ryker. Era guapísima y llevaba los tacones con tanta soltura como si fueran sandalias. Ryker no la tocó y apenas la miró, pero el mero hecho de que estuviera allí ya no me gustaba.

Kayden me miró sin decir nada.

—Vamos a saludar. —Me alejé de la mesa y supe que me seguía sin ni siquiera mirar. No quería sacar conclusiones precipitadas porque Ryker no estaba haciendo nada malo. Si quería salir de copas con sus amigos, tenía todo el derecho del mundo a hacerlo. Y que sus colegas hubieran ligado no significaba que él también. La tercera mujer podía ser amiga de los otros dos. No había que dejarse llevar por el pánico.

Llegué a la mesa y me quedé mirando a Ryker, con Kayden a mi lado.

Tardó un momento en darse cuenta de que estaba allí. No pareció tan sorprendido como debería cuando se fijó en mí.

—Qué pequeño es el mundo, ¿eh? —Me dirigió una carismática sonrisa,

como siempre.

Y supe que todo iba bien. Si lo hubiera pillado haciendo algo indebido, habría reaccionado de forma mucho más nerviosa. Ahora me sentía culpable por haber permitido que se me pasara la idea por la cabeza. Ryker jamás me haría eso, y me sentía fatal por no haber confiado en él desde el principio.

—Pues sí.

Se volvió hacia uno de sus amigos.

—Estos son Ryan y Leana. —Y luego hacia el otro—. Y ellos son Jeremy y Wynona. —Después, se volvió hacia la mujer misteriosa sentada a su lado—. Y ella es Tisha. Tíos, estas son mis amigas Rae y Kayden.

¿Amigas?

¿Éramos sus amigas?

¿Yo era su amiga?

Kayden se puso tensa a mi lado, tan ofendida como yo.

Mantuve la calma, aunque me sentía como un volcán a punto de entrar en erupción. Las palabras que había elegido eran como una bofetada. Me habría dado igual si se hubiera levantado de su asiento para darme un beso o algo parecido, pero siguió allí sentado como si apenas nos conociéramos.

Como si no nos acostáramos.

Después de lo mucho que me había incordiado para que le contara a Rex y a Zeke lo nuestro, ¿tenía el valor de presentarme como una amiga?

¿Una amiga?

Kayden me agarró del hombro y tiró de mí sin mucha fuerza. El vaso de whisky de Ryker estaba en la mesa y sentí el impulso de arrojárselo a la cara. Kayden era capaz de leerme la mente, al igual que Jess, y supo lo que se avecinaba. Arrojar bebidas alcohólicas a la cara de la gente era mi especialidad.

Miré a Ryker a los ojos, prácticamente haciéndole una peineta con mi mirada amenazante.

—Que pases una buena noche, *amigo*. —Di media vuelta sobre los tacones

y me alejé erguida y con la cabeza bien alta. No aguantaba tonterías, y ese comportamiento era claramente inadmisibile. Si prefería fingir que no estábamos juntos, de acuerdo. No lo estábamos.

—No puedo creer lo que acaba de hacer ese capullo. —Escuché la voz de Kayden en cuanto estuvimos a una distancia prudencial—. Vaya idiota.

—Lo sé. Me han dado ganas de darle una bofetada.

—Y de tirarle la bebida a la cara. Vi cómo mirabas el vaso de reajo.

Ojalá hubiera estado un poco más cerca.

—Rae.

Oí su voz a mis espaldas, pero no quería hablar con él. La verdad es que no esperaba que me siguiera.

—Sigue andando. —Tiré de Kayden hacia adelante, fingiendo que no lo escuchaba.

—Rae. —Me alcanzó y me agarró del otro brazo—. ¿A qué ha venido eso?

—¿En serio? —Ahora que lo miraba a la cara, mi enfado era aún mayor. Aquellos preciosos ojos verdes habían perdido su encanto, y estaba demasiado enfadada para sucumbir a su firme mandíbula y a sus hombros impresionantes—. Debo decirte algo sobre mí que está claro que aún no sabes—. Le clavé el dedo en el pecho y me dolió al chocar con la dura superficie—. No soy la clase de mujer que se queda esperando a que un tío se decida. No salgo con tíos que no son lo bastante hombres como para decirles a sus amigos que soy suya. No me gustan los juegos y no miento. Está claro que no cumples mis requisitos, Ryker. Así que, hemos terminado. —Di media vuelta porque no quería volver a verlo. Sólo deseaba marcharme de allí y decirle a Rex que tenía razón. Nunca debí relacionarme con aquel playboy.

—Oye, espera. —Ryker me agarró por la muñeca y me atrajo a su pecho—. ¿Por qué demonios te has puesto tan nerviosa?

—Me has presentado como amiga. Ni siquiera has movido el culo para darme un abrazo y esa perra parecía muy cómoda prácticamente sentada en tu regazo. Ryker, si soy demasiada mujer para ti, no pasa nada. Encontraré a otro

más dispuesto.

Me agarró por las muñecas, sujetándolas a los costados para que no pudiera moverme. Kayden debía haberse alejado porque aquella conversación resultaba muy incómoda.

—Para empezar, ¿cómo se supone que debo presentarte?

—¿Como tu novia?

—Pensé que aún no habíamos llegado a ese punto.

Ay. Aquello fue como una bofetada en la cara.

—Tú fuiste el que quiso que no saliéramos con nadie más. Si eso no me convierte en tu novia, ¿entonces qué?

—Pensé que sólo estábamos saliendo.

—Pues eso implica que no soy tu amiga y así es como me has presentado.

—No puedo creer que te hayas enfadado tanto por algo así. —Agitó la cabeza con la mandíbula tensa.

—Tú fuiste el que exigió que le contara a Rex y a Zeke que estábamos saliendo.

—Para no tener que hacerlo a sus espaldas como si fuera un cobarde —replicó—, y para que lo sepas, le dije a Ryan y a Jeremy que estaba saliendo contigo. Así que, cuando te presenté, ya sabían exactamente quién eras. La única razón por la que no me puse de pie fue porque Tisha acababa de sentarse y no quería pedirle que volviera a levantarse. Estás sacando las cosas de quicio por completo.

Me sentía un poco estúpida, pero seguía enfadada.

—Montarías en cólera si te presentara a alguien como amigo y lo sabes.

—A un ex, seguramente. Pero a gente cualquiera a la que nunca volverás a ver, no.

—Y Tisha parecía interesada en ti.

—¿Y qué? —Seguía apretándome las muñecas—. Me preguntó si quería ir a su apartamento hace veinte minutos. Entonces fue cuando les dije a todos que estaba saliendo contigo. Qué más da que quiera mis pelotas si la única mujer

que puede tocarlas eres tú. —Me abrazó con más fuerza contra su pecho, tirando prácticamente de mí—. Estoy seguro de que ahora mismo nos están viendo y es más que evidente que me tienes dominado. Así que, ¿puedes hacer el favor de calmarte de una maldita vez?

Me dolía el pecho cada vez que respiraba y era incapaz de ocultar la humillación que ardía en mis mejillas. Pero seguía enfadada por lo ocurrido. Si se hubiera dirigido a mí de forma más personal, no me habría marchado enfadada. Así que, a mis ojos, seguía siendo culpa suya.

—Buenas noches, Ryker. —Sólo quería irme a casa y estar sola. Tenía mucho en qué pensar. Me solté y di media vuelta.

—¿Eso es todo? —preguntó incrédulo— ¿Fin de la historia?

Me di la vuelta.

—Fin de la relación o de lo que quiera que sea esto. —La rabia hablaba por mí y me hacía decir cosas que no sentía. No quería perder a Ryker. De hecho, lo deseaba aún más. Quería que se refiriera a mí como su novia y saltara de la mesa para besarme delante de todo el mundo.

Ryker volvió a agarrarme y esta vez me llevó afuera donde soplaba una fría brisa. La música resonaba en el interior del edificio, rebotando contra las paredes. Había una pequeña cola de gente esperando para entrar en la puerta. Me llevó hasta la acera sin soltarme el codo.

—Esto no se ha acabado.

—Sí.

—¿Por qué? —exigió saber—. ¿Por ese estúpido malentendido?

Me solté de un tirón para que no volviera a tocarme.

—¡No! Nunca había estado tan celosa en mi vida. Nunca había querido tanto a nadie. Y me estoy dando cuenta de lo mucho que me gustas y de que ya no hay salida. Si ni siquiera te refieres a mí como tu novia... estoy condenada al fracaso. Que me hayas presentado así me ha hecho tanto daño porque significas más para mí de lo que deberías. Pensé que podría proteger mi corazón y fingir indiferencia, pero supongo que no. Por eso quiero acabar con

esto. —Di un paso atrás para ponerme fuera de su alcance, por si intentaba agarrarme de nuevo.

Me miró fijamente, soltando vaho por la nariz con cada respiración. Llevaba una camiseta gris de manga larga y vaqueros oscuros. Pese al frío, parecía irradiar calor. Sus ojos estaban llenos de fuego, como si estuviera furioso conmigo por lo que acababa de decir.

Me crucé de brazos por el frío. Los pezones se me marcaban a través de la tela. Se supone que había salido esa noche para divertirme y dejar a un lado las preocupaciones, pero estaba resultando un auténtico desastre. Estaba condenada a repetir mis errores y enamorarme de tíos que siempre me rompían el corazón. ¿Por qué no era capaz de romper el círculo vicioso? ¿Por qué no podía pensar con la cabeza en vez de con la entrepierna por una vez?

—Rae, todo esto es nuevo para mí. Y yo también tengo miedo.

Busqué su mirada y vi sinceridad en sus ojos.

Se acercó más a mí, y esta vez no retrocedí.

—Sé que tenemos nuestros problemas y tenemos que solucionarlos. Pero no quiero romper. No quiero dejar de verte, de besarte y de hacerte el amor.

Era una de las pocas veces que me había dicho algo dulce y sentí mi corazón latir desbocado.

—Seré tu novio si eso es lo que quieres.

—Quiero que tú también lo desees...

—Quiero estar contigo. Eso es todo lo que sé. Si quieres que te presente como mi novia, lo haré. Si quieres que te presente como la reina de Seattle, lo haré también. Lo que tú quieras.

Se formó una sonrisa en mis labios al fin.

Me rodeó la cintura con los brazos y me atrajo hacia sí.

—¿Lo he arreglado?

—Creo que sí —asentí.

—¿Quieres que volvamos y te presente como es debido?

Reí al pensar que bromeaba.

—No hace falta.

—Porque haré lo que quieras, Rae.

Hundí el rostro en su pecho y respiré su aroma masculino.

—No pasa nada.

Apoyó la barbilla en mi cabeza sin dejar de abrazarme con fuerza.

—Cariño, estás helada. ¿Y si nos vamos a mi casa?

—Querría ir, aunque no me estuviera congelando.

Me besó en la sien y me acompañó por la acera hasta su coche.

—Bien. Yo también.

—TIENES QUE HACER LAS PACES CONMIGO. —RYKER SE DESVISTIÓ Y SE TUMBÓ en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. Su largo miembro reposaba sobre su estómago firme. Entrelazó los dedos y apoyó en ellos la cabeza, contemplándome de arriba abajo con una expresión ardiente en su rostro.

—¿Yo? —Apoyé las manos en las caderas y ladeé la cabeza. Estaba fingiendo. No estaba molesta en absoluto. De hecho, cada vez que lo veía desnudo, me excitaba. Sentía ganas de apretar los muslos a causa del deseo y el ritmo de mi respiración ya había cambiado. Sentía la boca seca y unas ganas desesperadas de envolverle el miembro con los labios y chuparlo con tanta fuerza que se corriera de inmediato—. Pues yo recuerdo una versión bastante diferente de lo ocurrido esta noche.

—Supongo que hay diferencia de opiniones. —Dio unos golpecitos al colchón junto a él—. Ven aquí.

No quería empezar una de nuestras peleas habituales. El hecho de que hubiera mostrado un nuevo nivel de compromiso me tranquilizaba. Los celos me abandonaron tan rápido que no fui capaz de asimilarlo, y el dolor en el pecho había sido una de las experiencias más dolorosas de mi vida. Al pensar

que teníamos una relación esporádica, me había dado cuenta de que era algo mucho más serio, al menos en mi corazón.

Me quité la ropa, pero sin prisas, ofreciéndole un pequeño espectáculo de striptease. Me fui quitando las prendas hasta que sólo quedaba el tanga de color fucsia en torno a mis caderas. Jugué con el encaje durante casi un minuto, alargándolo todo lo posible.

Ryker no despegaba los ojos de mi ropa interior y se agarró de inmediato el miembro, masajeándolo con cuidado.

—Dámelo, cariño.

Me quité el tanga y lo aparté de una patada. Estaba completamente desnuda, a excepción de los tacones negros. Decidí no quitármelos por capricho. Me arrastré por la cama y me senté a horcajadas sobre él, clavando los tacones en las sábanas a cada lado de su cuerpo.

Me rozó los muslos con las manos antes de apoyarlas en mis caderas. Rápidamente situó su miembro a la entrada de mi abertura y me penetró, sin preocuparse por ir despacio como hacía siempre. Su respiración agitada hacía que le subiera y bajara el pecho, y tenía los hombros tensos de desesperación. Me contempló las tetas que colgaban delante de su cara. Al deslizarse despacio dentro de mí, emitió un gemido de satisfacción.

—¿Por qué iba a querer a otra cuando te tengo a ti? —Me penetró por completo, en toda su longitud. Echó la cabeza hacia atrás apoyándola en el cabecero y cerró los ojos, disfrutando al sentir la unión de nuestros cuerpos.

Oí las palabras, pero era incapaz de procesar su significado. Al sentirlo dentro de mí, tan grueso y tan largo, no podía ni siquiera pensar. Era como si una espesa niebla me adentrara en un reino de confusión y placer. Nunca había estado con un hombre tan bien dotado. Todas las peleas, discusiones e incertidumbre valían la pena.

Me agarró las tetas, apretándolas con sus grandes manos.

—Fóllame, cariño.

Me aferré a sus hombros, usándolos como ancla para tomarlo una y otra

vez. Empecé lentamente con la intención de prolongarlo, pero la pasión que ardía en mi interior hizo que aumentara el ritmo. Botaba sobre su miembro con fuerza y rapidez, sudando tras varios minutos.

Él jugó con mis pezones antes de sujetarme el trasero. Me apretó las nalgas y guio mis movimientos, tirando de mí con fuerza sobre su miembro. El sonido característico de la fricción resonaba en mis oídos y sabía que estaba empapada sin ni siquiera mirar.

—Me vuelves loco cuando me montas así.

Me agarré a los barrotes del cabecero y me incliné hacia delante, acercándole las tetas a la cara.

Me llenó de besos al instante, tirando de los pezones con la boca y chupándolos.

—Haces que tenga tantas ganas de correrme.

—Aún no. —Ryker nunca me había dejado con las ganas y más le valía no hacerlo ahora.

Me acercó el rostro al cuello, soltando una risita por lo bajo.

—Mi chica toma lo que desea... Qué cachonda estás. —Me besó el cuello y el lóbulo de la oreja mientras me presionaba el clítoris y lo frotaba agresivamente, intentando hacer que me corriera para poder llenarme el coño con cada gota de su semen.

Como siempre, sentí aquella sensación de ardor en lo más profundo de mi vientre antes de que invadiera todo mi cuerpo. Un fuego abrasador me arrasó hasta la médula en un infierno de calor. Apreté los músculos en torno a su miembro y lo miré a los ojos, presa del éxtasis.

—Dios, sí... —Le clavé las uñas en los hombros y sacudí las caderas de inmediato.

Tiró de mí hacia abajo, penetrándome con toda su longitud al tiempo que eyaculaba, dándome todo lo que tenía. Noté los espasmos de su miembro dentro de mí y me llenó de semen por completo. Me besó, y el sudor de sus labios se mezcló con el mío.

—Llámame Ryker.

JENNY LEVANTÓ EL TELÉFONO.

—Es tu amiga Kayden.

Sabía exactamente el motivo de su llamada.

—Gracias. Lo cojo aquí.

Jenny dejó el teléfono en su sitio y volvió a la zona del laboratorio donde trabajaba. La bata blanca le llegaba hasta las rodillas.

Tomé el teléfono y pulsé Línea 1.

—Hola.

—¿Qué ocurrió anoche? —No se molestó en saludar. Quería enterarse del cotilleo y no la culpaba, después de presenciar la pelea que Ryker y yo habíamos tenido en el bar—. Os vi pelearos como gatos callejeros.

Vaya comparación más rara, pero bueno.

—Es una larga historia... —Eché un vistazo en dirección a Jenny, que estaba al otro lado del laboratorio, para comprobar que no me oía—. Me enfadé con... —No podía decir su nombre porque Jenny se daría cuenta de que estaba saliendo con el jefe. Era información delicada que no debía salir a la luz. Cuando Ryker y yo tuviéramos una relación más seria y viviéramos juntos, me sinceraría—. Tom, porque no me reconoció como su novia delante de sus amigos...

—¿Tom?

—Tú sígueme el rollo.

—De acuerdo. ¿Pero por qué?

—Porque sí. —Continué—. Así que discutimos fuera y...

—¡Ah! —Se dio cuenta—. Porque es tu jefe. Entendido.

A veces era un poco lenta.

—Exacto. Bueno, discutimos fuera un rato y me explicó que ya les había

dicho que estábamos saliendo, por lo que presentarme por mi nombre era suficiente. Pero discutimos un poco más y nos acostamos para hacer las paces. Fue increíble.

—Chica, cuando te presenté como una amiga, casi pierdo los papeles.

Yo sí los había perdido.

—Yo también me enfadé.

—Y esa arpía que tenía al lado se lo quería tirar. Estaba clarísimo.

Todas querían tirárselo. Debía acostumbrarme.

—Lo sé. Pero dijo que yo era su novia, así que todo va bien.

—Aun así, me ha molestado mucho. Nadie trata así a mi amiga.

Sonreí ante su lealtad.

—Sé que me apoyas.

—Como habéis hecho las paces, supongo que lo dejaré pasar. Pero estaba preparada para partirle la boca.

—Llevo un puño americano en el bolso, así que no habría hecho falta. Pero gracias de todos modos. —No era broma. Lo llevaba para protegerme—. Siento haberte arruinado la noche. ¿Conociste a alguien?

—No —dijo con un suspiro—. Me fui poco después que vosotros. Tal vez la próxima vez.

—Lo siento. Podemos volver a salir. A lo mejor Jess quiere venir con nosotras.

—¿Para robarme a todos los tíos? —preguntó riendo—. No, gracias.

—Lo que tú digas, Kayden. Eres impresionante. No te hagas la tonta.

—No lo hago —replicó—. Pero sé que a los tíos les gusta su pelo oscuro y sus ojos ahumados. A veces me sorprende a mí misma mirándola.

Reí.

—Yo también. Tiene un cuerpo perfecto.

—Y es muy guapa de cara.

Me imaginé a Rex y a Zeke escuchando aquella conversación. Tendrían la boca abierta de par en par y se les saldrían los ojos de las órbitas.

—¿Te imaginas que nos escucharan los chicos?

—Oh, Dios. Se desmayarían.

—Seguramente nos darían nata montada y gelatina. —Puede que Rex no lo hiciera, pero Zeke seguro que sí—. Por cierto, les pregunté a los chicos si tenían amigos para presentarte, pero contestaron que no. Entonces Rex dijo que le encantaría pasar un buen rato contigo. —Puse los ojos en blanco—. Es un canalla pervertido.

—Espera. ¿Qué? ¿Le gusto a Rex? —De repente, su voz sonaba aguda y chillona.

—Yo no diría que le gustas. Sólo dijo que no le importaría enrollarse contigo si eso es lo que buscabas. Así que prepárate la próxima vez que lo veas. Podría actuar como un canalla.

Kayden permaneció en completo silencio. Ni siquiera se oía su respiración al otro lado de la línea.

—¿Kay?

—Sí, sigo aquí. —Su voz había vuelto a la normalidad, pero parecía acelerada—. Tengo que volver al trabajo. Hablamos luego.

—De acuerdo. —La conversación terminó de forma abrupta, pero yo también debía volver al trabajo. La electroforesis en gel no se iba a hacer ella sola—. Hasta luego.

—Adiós. —Clic.

Antes de que pudiera empezar a preocuparme por lo que habíamos hablado, Jenny me llamó.

—Rae, ven a echarle un vistazo a esto.

La expectativa de un descubrimiento científico venció al resto de mis pensamientos y la conversación pasó a un segundo plano.

—Ya voy, Jen.

REX

AUNQUE FUERA JUEVES, GROOVY BOWL ESTABA MUY ANIMADO.

La mayoría de las pistas estaban en uso, había familias en la zona de pizzería e incluso clientes habituales en el bar. Me hacían falta empleados para llevar el negocio, así que empecé a contratar a más personal.

Mi plan original al comprar el local había sido limitarme a llevar la contabilidad e irme a casa antes del mediodía, pero me gustaba el ambiente tras la reforma. Era un sitio estupendo para pasar el rato, y la atmósfera relajada hacía que todo el mundo olvidara sus problemas. El local incluso olía bien. No me había dado cuenta de lo mucho que apestaba hasta que se hizo la reforma.

Rae tenía razón. Olía a meado de gato.

Entrevisté a varios universitarios que buscaban trabajo a tiempo parcial, y ya eran casi las cuatro de la tarde cuando acabé. El tiempo había transcurrido volando y no tenía la sensación de haber pasado un día miserable en el trabajo como me ocurría antes.

En realidad, había sido divertido.

Al abrir la caja registradora para añadir efectivo, me sorprendió que hubiera dinero guardado. Normalmente, sólo había algunos billetes de un dólar y clips. Hice un fajo con los billetes uniéndolos con una goma elástica y me lo guardé en el bolsillo. A este paso, podría devolverle el dinero a Rae y a Zeke

enseguida.

—Hola, Rex.

Al otro lado del mostrador me encontré cara a cara con Kayden. Llevaba recogido el cabello rubio en una coleta alta que dejaba al descubierto sus preciosos rasgos, el maquillaje oscuro de sus ojos y unos pendientes de aros dorados en las orejas. Todos los tíos que había en el local se volvían para mirarla en cuanto la veían, contemplando su perfección al igual que yo.

—Hola. ¿Qué te trae por aquí?

—Acabo de salir del trabajo y quería ver cómo marcha el local. Está genial.

—Gracias. Rae y Zeke hicieron un magnífico trabajo.

—Tú también. —Me dirigió una mirada amable, como si estuviera orgullosa de mí.

Me encogí de hombros.

—No puedo llevarme ningún mérito. Sin ellos, este negocio se habría hundido y habría vivido con Rae durante el resto de mi vida. —Y me habría pegado un tiro en la cabeza porque me volvía loco.

—¡Eres siempre tan humilde!

Ni siquiera sabía lo que significaba esa palabra.

—¿Cómo te fue la otra noche? ¿Conseguiste ligar con algún tío bueno?

—No. Rae y Ryker tuvieron una gran bronca, así que me fui a casa.

Sentí la alegría estallar en mi interior como fuegos artificiales.

—¿Han roto?

—No. Se reconciliaron después.

La felicidad se esfumó al instante.

—¿Qué hacía él allí?

—Había salido con unos amigos. Presentó a Rae como su amiga y ella se enfadó.

—Y con razón. —Siempre me pondría de parte de mi hermana, aunque se equivocara por completo. Sabía que Ryker no era de fiar, y era cuestión de

tiempo que Rae llegara a casa hecha un mar de lágrimas. Quería equivocarme, pero sabía que no tendría tanta suerte.

—Pero lo aclararon y me fui sola a casa.

—Me sorprende que los tíos del bar no se lanzaran en picado a por ti.

Rompió el contacto visual rápidamente y sonrió.

—Hay mujeres guapas en todos los bares de Seattle. Yo no llamo la atención.

—Sí, claro —dije con un bufido. Recordé su aspecto con aquel escueto vestido negro. Había deseado que se le levantara unos centímetros para verle las bragas. Se me había puesto más dura que el acero sólo con mirarla. Tanto hablar de su aspecto me provocó una erección instantánea al otro lado del mostrador. Debía cambiar de tema. De lo contrario, tendría que encerrarme en mi oficina a masturbarme para poder seguir actuando como siempre.

—¿Qué tal te va por aquí?

—Bien. He contratado a más gente para que no haya problemas. Estoy muy contento de poder devolverle el dinero a Rae y a Zeke. Esa era mi mayor preocupación.

—Todos sabíamos que sería un éxito. Te has estresado sin motivo.

—Seguía de pie junto al mostrador, sin mostrar intención de marcharse. Y nuestra conversación era normal, no incómoda y extraña como de costumbre.

Tal vez se había levantado la maldición.

—Ya voy a acabar. —Me di cuenta de mis palabras y la erección hizo acto de presencia una vez más—. Quiero decir que ya es hora de irme. ¿Quieres tomar algo? Hoy me he saltado el almuerzo, así que me muero de hambre.

—Es una idea genial. ¿A dónde quieres ir?

—¿Qué te parece Mega Shake? —Podría vivir a base de hamburguesa y patatas fritas a diario.

—Suena fantástico.

KAYDEN DEVORABA LA COMIDA COMO NUNCA ANTES. SOLÍA PICOTEAR DEL PLATO como un pajarillo, pero ahora comía como una persona de verdad. Sus acciones me recordaban a Rae y no me sorprendía que fuera su mejor amiga.

—¿Qué opinas de Ryker? —¿Sus amigas estaban tan coladas por él como Rae? ¿O también lo veían como un peligro?

—¿A qué te refieres? —Dio un sorbo al batido con la pajita, y me la imaginé chupando otra cosa.

Hoy tenía la mente de lo más sucia.

—¿Crees que es bueno para ella? ¿O le romperá el corazón?

—Seguramente se lo romperá —se limitó a decir sin mostrar ninguna emoción—, pero así es como terminan todas las relaciones. Ninguna acaba bien. No creo que Ryker sea tan mal tipo como lo pintas. Si te digo la verdad, no se diferencia mucho de Zeke o de ti.

Aquel comentario me resultó ofensivo.

—Zeke y yo somos completamente diferentes.

Entornó los ojos como si me retara.

—Vale, nos parecemos en algo. Pero yo jamás me acostaría con la hermana de Ryker, por muy buena que estuviera.

Me volvió a mirar con aquella expresión.

—No lo haría, en serio. —Comprendía que había barreras que no debían cruzarse. Si había algo que respetaba era la familia. Ojalá Ryker pensara igual.

—No deberías malgastar el tiempo preocupándote por ellos. Rae te pidió que te mantuvieras al margen y, por lo que me cuentas, parece que no lo estás haciendo.

No podía negar la acusación.

—La única razón por la que pregunto es porque dijiste que se habían peleado.

—Todas las parejas se pelean, Rex. Eso no significa nada.

Esperaba que fuera la última pelea que tuvieran y lo dejaran de una vez.

Sabía que Rae y Zeke jamás podrían estar juntos, pero eso no significaba que no hubiera alguien mejor para Rae en alguna parte. Siempre me la imaginaba sentando la cabeza con un intelectual atractivo. Tendrían tres hijos y yo viviría en la casa de invitados porque nunca lograría encauzar mi vida.

—Tienes razón. No debería pensar en ello.

Volvió a chupar la pajita del batido, ahuecando las mejillas.

Deseé que esos labios me chuparan en ese mismo momento.

—Entonces...

Apartó los labios de la pajita para tomar aire.

—¿Qué?

—¿Eh?

Entornó los ojos.

—Acabas de decir entonces.

—¿Sí?

—Sí...

Ni siquiera era capaz de pensar con claridad.

—¿Qué tal la biblioteca? —La polla me presionaba contra la cremallera de los pantalones y era extremadamente incómodo. Me los habría ajustado delante de cualquier otra persona, pero no quería que Kayden supiera que me la quería follar en esa misma mesa y lamerle el batido directamente de las tetas.

—Bien. Muy tranquila.

—Debe ser agradable. —Yo me pasaba todo el día escuchando el sonido de los bolos al caer.

—Lo es. Me permite avanzar con mis lecturas.

—Es genial. Te pagan por leer. —Aquello tampoco funcionaba. Cada vez que me la imaginaba en la biblioteca, llevaba una falda negra y gafas. Tenía aspecto severo pero sexy, y me conducía entre el mar de libros para que pudiéramos follar contra una estantería.

—Me encanta. Me veo trabajando allí durante el resto de mi vida, pero el

sueldo es una mierda.

—El dinero es sólo dinero.

—Sí, pero mi apartamento diminuto no me valdrá para siempre.

—Cuando te cases, será suficiente con el otro sueldo. —Sentía celos de su marido inexistente. Se la podría follar cada noche mientras que yo me tendría que conformar con mi mano.

—Sí... Tal vez.

Di un sorbo a mi batido para distraerme con algo y pensar en otra cosa que no fuera mi polla entre sus tetas. Solía estar bastante salido, pero nunca tanto como en ese instante. Por lo general, era capaz de controlar mis pensamientos cuando tenía cerca a una mujer guapa, pero en ese momento era esclavo de mis instintos sexuales.

—Hay algo que quería preguntarte... y puede que te resulte un poco extraño.

Sus palabras lograron que por fin me centrara.

—De acuerdo.

—Me da un poco de vergüenza hablar de ello porque... bueno, es embarazoso.

—Puedes contarme lo que sea, no me reiré de ti. —Yo era la persona más bochornosa del planeta. Había comprado una bolera y vivía con mi hermana pequeña. Tenía casi treinta años y no había logrado nada en la vida. No podía reírme de nadie porque era yo quien merecía ser objeto de burla.

—Bueno... No tengo mucha experiencia. —Me observó con detenimiento, como si aquella frase explicara todo lo que intentaba decir. Buscaba una reacción concreta en mi mirada.

—No entiendo lo que tratas de decir. ¿Qué no tienes experiencia? ¿Te refieres a que quieres mejorar tu currículum?

—No, no hablo de mi currículum. —Contuvo la risa y se ruborizó—. Quiero decir que no tengo experiencia en el plano sexual.

La miré con expresión vacía, imaginándomela desnuda en mi cama. Me

recorría el pecho con las manos hasta llegar a los hombros. Luego gritaba al penetrarla. Cada vez que una mujer hermosa mencionaba la palabra sexo, me imaginaba follándola. Era algo propio de los hombres, así que no debían juzgarme por ello.

—Ah... —Fue todo lo que acerté a decir. Ahora me palpitaba la polla.

—No sé lo que hago. No tengo confianza en mí misma... La verdad es que estoy muy perdida.

—Estás muy equivocada, Kayden. Eres la mujer más sexy allá donde vas. No te hace falta hacer nada porque eres muy atractiva. Sólo tienes que tumbarte y lo harás de diez. —Yo haría todo el trabajo si la tuviera en mi cama.

Le ardían las mejillas.

—Te agradezco que digas eso, pero... necesito mucha ayuda.

—¿Ayuda? —¿Qué significaba aquello?

—Y aquí es donde empieza la parte incómoda.

Contuve la respiración.

—Tienes bastante experiencia y sabes exactamente lo que les gusta a los tíos. Me encantaría que me enseñaras algunas cosas...

Era demasiado bueno para ser cierto. Abrí la boca para hablar, pero no emití ningún sonido. Me había quedado sin habla de la impresión. Me tapé la boca y me aclaré la garganta antes de poder articular palabra.

—Cuando dices que te enseñe algunas cosas... ¿a qué te refieres exactamente?

—Que me enseñes cómo hablar con los tíos. Cómo entrarle a alguien que me guste...

Es decir, aspectos aburridos con los que ni siquiera necesitaba ayuda. La emoción que sentía se desvaneció.

—Cómo besar a un tío. Cómo hacer una buena mamada...

¿Qué coño acababa de decir?

—Cómo ser buena en la cama... esas cosas.

¿Iba en serio? ¿Es que me había vuelto a tocar la puta lotería?

—¿Quieres que te enseñe cómo hacer buenas mamadas? —¿Se estaba burlando de mí? ¿Era una broma pesada? Si lo era, ni siquiera me importaba haber caído.

—Sí... si quieres hacerlo. Si no, lo entiendo perfectamente. Somos amigos y nuestra relación podría enrarecerse. Sólo quería hacerlo con alguien con quien me sintiera cómoda, alguien que sepa lo que hace. No pasa nada si te niegas...

—¿Negarme? —pregunté riendo—. Mi respuesta es sí. Y respondería lo mismo un millón de veces más. —Me incliné hacia delante y sentí que me temblaban las manos de la emoción. Estaba desesperado por eyacular y la polla se me iba a salir de la cremallera en cualquier momento—. Te enseñaré con gusto todo lo que quieras saber, desde el nivel básico al experto.

—Me alegra que las cosas entre nosotros no se hayan vuelto incómodas.

—Pues claro que no. Me acabas de alegrar el día.

—¿Sí?

—Totalmente. Eres una de las chicas más atractivas que he visto nunca. Verte sorber ese batido ha sido una tortura.

—¿En serio? Yo...

—¿Cuándo podemos empezar?

Soltó una risita y sus mejillas recuperaron su color habitual.

—No sé. Había pensado que...

—¿Y si empezamos ahora? Vamos a tu casa.

—De acuerdo, pero quizás deberíamos establecer algunas normas básicas.

Odiaba las normas.

—Creo que deberíamos mantenerlo en secreto. Y eso incluye no mencionárselo a Zeke.

Le contaba todo a Zeke, pero entendía su petición. Probablemente se lo contaría a Rae y a Jess, y sería una conversación muy extraña. Si yo ponía a parir a Ryker, ella podría fácilmente ponerme a parir a mí.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—Eso es todo.

Salté de la silla tan rápido que la tiré al suelo.

—Pues comencemos.

—¿Ahora mismo? —me preguntó incrédula.

—¿Qué? ¿Tienes planes?

—No, pero yo...

—Entonces empecemos.

TENÍA UN APARTAMENTO DE UNA HABITACIÓN QUE ERA LA MITAD DE LA CASA DE Rae. Si tuviera que compartir ese espacio con mi hermana, me suicidaría. Nunca había estado allí antes, y me fijé en la forma en que lo había decorado. Todo el mobiliario era de color blanco y había jarrones con flores frescas por todas partes. Se notaba que allí vivía una mujer.

—Muy bien. —Me froté las manos ávidamente antes de sentarme en el sofá—. Empecemos.

Dejó el bolso junto a la puerta y colgó el abrigo antes de sentarse junto a mí. Unos minutos antes parecía tranquila, pero ahora estaba nerviosa. Le temblaban las manos y no era capaz de mirarme a los ojos. Se encogió todo lo que pudo en el sofá.

La agarré de la mano, sosteniéndola sobre mi muslo. En cuanto la toqué, sentí el deseo brotar en lo más profundo de mi ser. Tenía dedos delgados y cálidos. La sensación que notaría cuando recorriera mi cuerpo con ellos sería increíble, sobre todo cuando me agarrara la polla.

—No estés nerviosa.

—No puedo evitarlo.

La agarré por la barbilla, obligándola a mirarme. Sus ojos eran de un azul brillante, como si estuvieran hechos de cristal. Nunca me había fijado antes en

lo claros que eran. Noté su piel suave bajo mis dedos. Su aroma me embriagaba. Olía a verano y a fresas.

—¿Por dónde empezamos? —Quería ir directamente al dormitorio y quitarme toda la ropa, pero sería muy precipitado.

—No sabría decirte. Supongo que no sé cómo hablarle a un tío.

—No entiendo a qué te refieres. No tienes que hacer nada. Se acercarán a ti.

Se formó una pequeña sonrisa en sus labios.

—Te agradezco el cumplido, pero los tíos casi nunca ligan conmigo.

—Pamplinas.

—Lo digo en serio.

—Por muchas veces que me lo digas, jamás te creeré.

—¿Crees que miento?

—No. Pero creo que estás confusa. —Si Kayden no fuera amiga de mi hermana, le habría tirado los tejos hace mucho tiempo. Pero estaba prohibida, así que mantenía las distancias. Ahora que me pedía ser su profesor, no me sentía culpable por lo que estaba a punto de hacer. La ayudaba y conseguía algo a cambio.

—No estoy confusa.

—Muy bien. Empecemos por el principio. Finjamos que soy un tío en el que estás interesada. Te acercas a mí y, ¿qué dices? —Le solté la mano—. ¿Por dónde empiezas?

Se encogió de hombros.

—No sé...

—Venga. ¿Estás cara a cara con un extraño y no dices nada?

—Eh... Hola.

Su falta de confianza me dejó asombrado, porque era tan hermosa que resultaba ridícula. Tenía una cara y un cuerpo perfectos. Una mujer así no necesitaba perseguir a los hombres, ella sola los atraía. No quería ser demasiado duro con ella porque se sentía cohibida, así que le di un

empujoncito.

—Los hombres responden a la confianza. Detestamos que las mujeres sean creídas. Es muy molesto. Pero que tengan confianza en sí mismas nos resulta muy sexy.

—¿Cómo actúo para demostrar confianza?

—Cuando hables conmigo, actúa como si yo fuera el que tuviera la gran oportunidad de conseguirte.

—De acuerdo... ¿Cómo?

—Saluda y preséntate.

—Vale. —Se aclaró la garganta—. Hola. Me llamo Kayden.

—Perfecto. —Levanté el pulgar—. Yo soy Rex. Encantado de conocerte.

Me miró con expresión vacía, porque no sabía qué más hacer.

—Ahora puedes hacer una de estas dos cosas: hacer un comentario relativo a la situación o mi preferida, decirle sin rodeos que crees que está bueno.

—¿Qué? —preguntó incrédula—. ¿No parecerá que estoy desesperada?

—No es desesperación, es confianza en ti misma. —Hay una gran diferencia—. Ahora dime que te parezco mono o algo por el estilo.

Se sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Creo que...

—No titubees. Se nota que estás nerviosa. Que no vea tu inquietud.

—Dios mío, no sabía que tirarle los tejos a alguien costara tanto trabajo.

—Pues da gracias por ser mujer.

Se aclaró la garganta.

—Me pareces mono. —Me miró a los ojos mientras hablaba y no titubeó.

—Genial —dije—. Si te gusta mucho el tío, dile que te parece sexy.

Hizo una mueca.

—Eso es raro.

—No lo es.

—Nadie dice eso. ¿Sexy? Creo que mono es más apropiado.

—Pero mono sirve para describir a un perrito o gatito. Los hombres somos como las mujeres. También queremos sentirnos atractivos. —Había conocido a varias mujeres que me habían dicho sin rodeos que era un semental sexy, y eso me la había puesto dura—. Te aseguro que le encantará.

—No sé...

—Dime que te parezco sexy.

Enderezó los hombros y no vaciló.

—Me pareces sexy.

Volví a levantar el pulgar.

—Perfecto.

—¿Y ahora qué?

—Si no es un imbécil, te dará las gracias. Y luego te pedirá salir o te dirá que tiene novia.

—¿Y si no me pide salir?

—Pues se lo pides tú a él.

—Me parece de desesperada.

Levanté el dedo y lo agité de un lado a otro.

—No. Es confianza en ti misma.

—No sé...

—Confía en mí. Me has pedido ayuda por algo, ¿verdad?

Suspiró antes de asentir.

—Entonces tendrás una cita.

—Eso espero. Pero no sé qué hacer en una cita.

¿Pero es que no sabía hacer nada? Que yo supiera, no era una extraterrestre.

—Sólo tienes que ser tú misma.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—No creo que hacer las cosas de forma tan premeditada sea lo correcto.

Sé tú misma y, si no le gustas tal cual eres, es mejor dejarlo. No trates de dar buena impresión a otra persona actuando de forma contraria a tu verdadera personalidad. Busca a alguien que te quiera tal como eres. Es la única forma de ser feliz.

La expresión de sus ojos se suavizó.

—Son palabras muy sabias... y amables.

—¿Qué puedo decir? Soy un gurú. Pasemos a la mejor parte. —Me acerqué a ella y contemplé sus labios—. ¿Qué quieres practicar?

Observó mi boca antes de mirarme a los ojos.

—No sé cómo ser sexy en general. No tengo ni idea.

—¿De qué hablas? Ahora mismo eres sexy.

—¿Por qué?

—Porque eres impresionante. Tienes un cabello precioso y unos ojos y una piel muy bonitos... Eres perfecta, Kay.

Esbozó una sonrisa.

—Pero no sé cómo *ser* sexy. Podría estar aquí sentada todo el día sin hacer nada.

Ahora comprendía lo que quería decir.

—Te entiendo.

—Cuando beso a un tío... No sé dónde poner las manos, ni si debo usar la lengua más o menos. No sé lo que quiere un hombre cuando besa a una mujer. Me siento incómoda la mayoría de las veces.

—Bueno, en eso puedo ayudarte. —Me aproximé a ella en el sofá hasta que nuestros rostros casi se rozaron. Moví el brazo por el respaldo y le apoyé la mano en el hombro. Debería haberme resultado extraño tirarle los tejos a una amiga, pero no fue así en absoluto. Contemplé sus labios de color rosa y noté los carnosos y suaves que eran. Al imaginar que la besaba, el sabor a chicle me inundó la boca.

Me observó los labios y contuvo la respiración.

—Rex, ¿cómo te gusta que te bese una mujer? —Sus palabras adoptaron la

forma de un susurro sensual y me estremecí.

Ya tenía la polla dura, pero en ese momento adquirió la consistencia del acero.

Le deslicé la mano por el hombro hasta llegar a la nuca. Rocé los suaves mechones de cabello atrapados en la coleta. Podía sentir el pulso en su cuello bajo las yemas de mis dedos.

—Me gustan los besos lentos. No siempre es mejor que sean fuertes y rápidos. Me gusta sentir sus labios y que ella sienta los míos. Y me encanta que me meta la lengua en la boca de vez en cuando, con suavidad.

Separó los labios y empezó a respirar con dificultad. Tenía las mejillas sonrojadas, pero no a causa de la vergüenza.

—¿Cómo te gusta que te toquen?

—Por todas partes.

Noté que subía la mano por mi muslo, dándome un ligero apretón.

Estaba tan cerca de la polla...

Cerró los ojos y se acercó más, presionando sus labios contra los míos con sensual suavidad. Sus labios eran carnosos tal y como había imaginado y, en lugar de darme un beso torpe como esperaba, me rozó el labio superior con el suyo. Lo chupó con cuidado antes de meterse el labio inferior en la boca.

Estaba demasiado atónito para reaccionar.

Me apretó el muslo y profundizó el beso, sin aumentar el ritmo, pero intensificando el roce. Respiró en mi boca antes de continuar, presionando su pecho contra el mío. Me acarició el muslo despacio, subiendo hasta el estómago. Al llegar al pecho, me apoyó la mano sobre el corazón, sintiéndolo latir.

Maldita sea.

Me enlazó un brazo en torno al cuello y acercó más su cuerpo al mío. Me acariciaba los labios con los suyos en sensual desesperación, y me apretaba deliberadamente las tetas contra el torso. Me chupó el labio inferior una vez más antes de respirar en mi boca.

Oh, joder.

Siguió recorriéndome el cuerpo con las manos, acariciándome los músculos del pecho y los brazos. Al rozarme la mejilla, me metió un poco la lengua.

Sí.

Se sentó a horcajadas en mi regazo. Eché el cuello hacia atrás, apoyándolo en el respaldo del sofá, e incliné mi boca hacia la suya. Se aferró a mis cabellos y me besó con más intensidad, queriendo más de mi boca.

Era el mejor beso que había experimentado jamás.

Movió las caderas un poco, deslizando el trasero sobre la polla.

¿Y creía que no sabía ser sexy?

Me recuperé un poco de las cosas increíbles que me estaba haciendo con la boca y recorrí su cuerpo con las manos. Acaricié la acusada curva de su espalda, notando lo pronunciada que era. Me encantaba esa curva, y la suya era increíble.

Me estaba volviendo loco con aquel beso, así que le agarré el trasero, apretándole las nalgas a través de los pantalones. Tenía un culo respingón, firme y perfecto. Hundí los dedos en la tela, deseando poder sentir su piel desnuda.

Subí las manos hacia sus caderas y su esbelta cintura. Podía sentir los pequeños músculos de su vagina meciéndose sobre mí mientras me besaba al mismo tiempo. Notaba su fuerza además de sus curvas femeninas.

Era perfecta.

Seguía mis instrucciones a la perfección y ejecutaba mis órdenes como si yo fuese su comandante. Tomaba el control con sensual confianza en sí misma, dominando el beso como si le fuera la vida en ello. Debería haber dejado de besarla para que pudiéramos pasar a otras cosas, pero carecía de la fuerza de voluntad necesaria para detenerme. Quería seguir besándola por siempre.

Y no detenerme jamás.

SUPE QUE ERA TARDE AL PERCATARME DE QUE YA NO HABÍA LUZ EN SU apartamento. Habíamos llegado a su casa en torno a las cinco y, como me rugía el estómago, adiviné que ya eran al menos las diez de la noche. Nuestro beso había durado horas y no me había cansado de él.

No hacía algo así desde el instituto.

Kayden dejó de besarme al fin, pero su rostro seguía a escasos centímetros del mío. Se le había soltado la coleta en algún momento y sus cabellos formaban una cortina a mi alrededor. Tenía los labios rojos e hinchados de los besos que acabábamos de darnos, pero no parecía arrepentirse.

—Dame tu opinión.

La miré con expresión vacía porque no tenía absolutamente nada que decir.

Se retiró un poco, echándose el cabello por encima del hombro para apartarlo de mi rostro.

—Ha sido... Sí.

—¿Sí?

—Lo has clavado, nena. —La agarré por las caderas y la atraje hacia mí, queriendo llevármela al dormitorio y follarla hasta que perdiera el sentido.

—Pero hace falta práctica para lograr la perfección, ¿no? —Quería levantarle la falda y chuparle los pezones hasta dejárselos en carne viva.

—Es cierto.

—Así que continuaremos mañana después del trabajo. —¿Quién habría pensado que ser profesor sería tan satisfactorio?

—De acuerdo.

La ayudé a incorporarse antes de ponerme en pie. Me dolía la polla de no eyacular. Cuatro horas de erección eran demasiadas. Tenía que disparar el cañón antes de que explotara.

—Te veré mañana. ¿Quedamos aquí?

—Sí, suena bien. —Me acompañó a la puerta con una leve sonrisa en los labios.

Fingí no darme cuenta.

—Buenas noches. —Ahora que la había besado durante horas, no sabía cómo despedirme. ¿Le hacía un gesto con la mano como siempre? ¿Se supone que debía besarla? ¿O el contacto físico estaba sólo reservado para las clases?

—Buenas noches. —Permaneció junto a la puerta y no hizo ademán de darme un beso.

Aquello respondió a mi pregunta.

—Descansa esos labios. Tenemos muchos puntos que abordar.

LLAMÉ A ZEKE CUANDO LLEGUÉ A CASA.

—¿Qué pasa? —Suspiró al teléfono como si estuviera cansado.

—¿Qué? ¿Estás con una mujer?

—No. Estoy leyendo en la cama.

—Vaya. Viviendo al límite, ¿eh?

—Son las diez y media, tío. Tengo que trabajar por la mañana.

—No deja de ser penoso.

—¿Me has llamado por alguna razón en particular?

—Sí... —Deseaba contarle lo que había pasado con Kayden, aunque habíamos acordado no decir nada. Quería darle detalles sobre los besos que habíamos compartido y lo mucho que habían durado. Quería saber si lo que estaba haciendo era una idea estúpida o genial. Podía acostarme con una mujer preciosa sin ningún compromiso. Sin el miedo de que quisiera algo más porque ella también me estaba utilizando.

—¿Qué pasa?

—Es sólo que... Da igual. —Tal vez cuando Kayden y yo termináramos nuestro proyecto, podría contarle lo ocurrido. Para entonces, todo habría quedado en el pasado y no importaría. —Te dejo descansar.

—¿Seguro que no hay nada que quieras contarme?

—No... luego hablamos. —Colgué antes de que pudiera preguntarme nada más.

REX

EL RELOJ NO IBA LO BASTANTE RÁPIDO.

Me encantaba Groovy Bowl y la transformación que había experimentado, pero lo único que deseaba era salir del trabajo, besar a Kayden y practicar cualquier otro aspecto que ella quisiera. Era tan sexy que quería enterrarle la polla dentro y no sacarla jamás. Quería besar cada centímetro de su cuerpo sin detenerme.

La situación era sólo temporal y, cuando se sintiera cómoda con todo lo que le había enseñado, buscaría por su cuenta al hombre adecuado. Pero eso no significaba que no pudiera disfrutar de cada segundo. Me sentía inmensamente atraído hacia ella y el hecho de estar prohibida por ser amiga de mi hermana la hacía aún más irresistible.

Cuando pude marcharme al fin, me dirigí prácticamente a la carrera a su apartamento. Habría pillado un Uber, pero resultaba más rápido ir a pie. Me obligué a no correr, aunque era como si mis piernas tuvieran voluntad propia y quisieran llevarme a toda velocidad.

Llegué por fin a su apartamento y llamé con más fuerza de la que pretendía. La puerta tembló y me di cuenta de que debía relajarme un poco.

Abrió, tan preciosa como el día anterior.

—Hola, profesor.

—Hola, alumna. —Al entrar, tuve que contenerme para no agarrarla y

besarla. Estábamos dando aquellas clases por ella y no por mí. Tenía que aguantarme y disfrutar de lo que ella prefiriera hacer, así que mantuve las manos quietas.

—¿En qué consistirá la lección de hoy?

—No estoy segura. ¿Qué me recomiendas? —Llevaba mallas negras y un vestido largo encima de manga larga que le cubría la mayor parte del cuerpo, así que esperaba que lo que tuviera en mente implicara quitarse la ropa.

Si tiraba el balón a mi tejado, sabía exactamente lo que quería hacer.

—Mencionaste algo de una mamada... —Mantén la sangre fría, mantén la sangre fría.

—Sí, tengo que mejorar en eso.

Era demasiado bueno para ser verdad.

—Bueno... Estoy a tu servicio.

—De acuerdo. Empecemos.

Me quedé con la boca abierta. ¿Iba a ponerse de rodillas y a chupármela para practicar? ¿En serio?

—Eh... Seguramente me arrepentiré de decir esto, pero tengo que hacerlo de todas formas. —Kayden ya estaba en el sofá—. Quizás deberías esperar a tener una relación y hablar de todo esto con tu pareja. Créeme, no le importará enseñarte.

—¿Me estás diciendo que no quieres hacerlo?

—No. En absoluto. —Quería hacerlo más que cualquier otra cosa en la vida—. Es sólo que... no sé qué sacas tú de todo esto. —Pese a mi intento por ser caballeroso, las piernas me llevaban solas al sofá.

—Quiero aprender y quiero que seas tú el que me enseñe. —Me miró con aquellos preciosos ojos azules. Me hipnotizaban con su brillo semejante al de las estrellas. Su petición parecía más bien una súplica. Podía hacerlo con cualquier otro tío, pero me quería a mí.

—¿Por qué?

—Como te dije, sé que sabes lo que haces.

—Igual que muchos otros tíos.

—Sí, pero somos buenos amigos. Confío en ti.

Mis intentos por tratar de ser un caballero estaban cayendo en saco roto.

—Si me ves sólo como a un amigo, ¿qué sacas de todo esto? —Yo me sentía muy atraído hacia ella, así que sacaba provecho. Si cualquier mujer guapa me pidiera que me enrollara con ella, lo haría en un abrir y cerrar de ojos. Pero las mujeres eran diferentes en ese aspecto.

—Te encuentro sexy, Rex. —Caminó lentamente hacia mí hasta presionar el pecho contra el mío. Su rostro estaba a escasos centímetros y sentí tantas ganas de besarla como el día anterior. Deslizó las manos por mis brazos y me agarró los bíceps.

Tomé aire y el placer se extendió por todo mi cuerpo. Kayden me encontraba sexy y oírsele decir me excitaba mucho. Estaba deseando meterle cada centímetro de mi polla en la boca.

—Enséñame. —Me agarró la cara con ambas manos y me besó lentamente.

Estaba perdido. Sus susurros siempre eran sensuales y sus labios follables.

—Será un placer. —La agarré de las caderas y la besé con más fuerza, dejando que la atracción que sentía tomara las riendas. La abracé contra mí, devorándole los labios con desesperación. Cada vez que pensaba en meterle la polla en la boca, estaba a punto de correrme.

La conduje hasta el sofá antes de apartarme a regañadientes.

—Lección número uno: un hombre nunca quiere pedir una mamada. Tienes que hacérsela de forma espontánea. Es cuando se disfruta más.

—Sí, señor.

Joder. ¿Acababa de llamarme señor?

—Lección número dos: tienes que tomar el control en todo momento y mostrar confianza en ti misma y autoridad. Desabróchame los pantalones y quítamelos, los calzoncillos también. Hazlo despacio, retrasa el momento.

Empezó a desabrocharme los vaqueros.

Me estremecí.

Los soltó y me los bajó hasta que me quedaron a la altura de los tobillos.

Desde mi posición privilegiada por encima de ella, me sentía como un rey.

—Cuando puedas ponerte de rodillas, debes hacerlo.

Aceptó mi consejo y se agachó en el suelo. Tiró del elástico de mis calzoncillos y los bajó lentamente.

No podía creer que aquello estuviera pasando de verdad.

Los hizo descender por mis caderas hasta que mi miembro quedó al descubierto. Largo y duro, se mostraba exultante al verla. Quería entrar en lo más profundo de su garganta hasta que cada centímetro quedara envuelto por aquella boca cálida.

Me miró la polla con detenimiento, separando los labios y respirando de forma profunda y audible. Se humedeció los labios con la lengua mientras observaba cada centímetro de mi paquete. Entonces se acercó y me besó justo encima de la vena.

Tenía un don natural.

Me quitó los calzoncillos y se agarró a mis muslos para mantener el equilibrio. Me miró esperando que le diera instrucciones, con un fuerte deseo en los ojos que reflejaba el mío.

Lo que más excitaba de una mamada era cuando la mujer quería hacerla de verdad. Si era por obligación, no era tan sensual ni de lejos. Y la expresión de sus ojos me decía que estaba deseando meterse mi polla grande y gorda en la boca desde ayer.

—Chúpame los huevos. —La agarré por la nuca y conduje su boca hasta los testículos—. Métetelos en la boca y pásales la lengua por encima.

Me rozó los testículos con los labios antes de acatar mi orden. Se llevó la piel sensible a la boca y la chupó como una profesional. Usó saliva para lubricar la piel, llenándola de besos.

Podría pasarme todo el día contemplándola.

—Usa la mano para masturbarme.

Me agarró el miembro y movió la mano despacio de arriba abajo,

chupándome aún las pelotas.

Era el mejor día de mi vida.

—Lo estás haciendo genial, nena. —Sostuve unos mechones de su cabello, apartándoselos de la cara para que nada la molestara. Quería que lo diera todo y que no se detuviera.

Me lamía los huevos como si fuera cualquier cosa menos una tarea. Parecía entusiasmada y disfrutaba al sentirlos en la boca tanto como yo. Me daba placer, pero al mismo tiempo prolongaba el éxtasis hasta llegar a la mejor parte: mi polla dentro de su boca.

—No lo atormentes demasiado. —Me agarré la polla por la base y se la acerqué para que pudiera metérsela en la boca.

—Empieza por la punta y ve bajando. —Seguí sujetándola por la nuca a medida que la guiaba.

Oh, joder.

Mi polla era enorme para el tamaño de su boca, pero abrió mucho la mandíbula para poder metérsela. La sensación al notar los surcos de su lengua contra mi miembro fue increíble, y su saliva resultaba tentadora.

—Aunque quieras darlo todo, no claves los dientes. Si lo haces, podría tardar un rato en recuperar la erección. —Me habían clavado los dientes antes, y aunque había sido un accidente, me había resultado molesto. Tardaba varios minutos en que se me volviera a poner dura.

Me agarró los muslos y movió el cuello de un lado a otro, chupándome la polla tan rápido como podía hasta soltarla para tomar aire. Se la metió a más profundidad de la que esperaba y sólo le quedaron unos centímetros fuera porque era físicamente imposible que se la metiera entera.

No podía creer que aquello estuviera pasando.

Kayden estaba de rodillas y chupándomela.

Y lo estaba haciendo genial.

—Mírame mientras lo haces.

Me observó mientras continuaba chupándomela. Mantenía la lengua bajo

mi polla, ofreciendo la superficie perfecta para que se deslizara. Le salía saliva de la boca porque mi miembro ocupaba demasiado espacio.

—Eres perfecta. Sigue. —La embestí con las caderas y nos movimos al unísono. Dejé de darle indicaciones por lo mucho que estaba disfrutando. Era una mamada fantástica, una de las mejores que me habían hecho. Notaba la suavidad de sus labios cada vez que le metía la polla en la boca y podía sentir su garganta al llegar hasta el fondo.

La sensación comenzó en lo más profundo de mis testículos. Sabía lo que venía y quería correrme en su garganta porque sería el final perfecto. Pero eso era algo que hacían sólo las personas que tenían una relación romántica. Lo más educado era correrme en mi propia mano.

Pero sentí un deseo enorme de correrme en su boca.

—Si el tío no es un imbécil, te avisará cuando se vaya a correr. —La agarré del pelo y seguí embistiéndole la boca—. Querrá que te lo tragues y, si quieres impresionarlo, es lo que debes hacer. Pero si no quieres, apártate y haz que se corra en tu cara. —Tenía la boca tan cálida y húmeda que no quería sacarla, pero logré hacerlo con intención de masturbarme hasta el final.

Kayden me apartó la mano y volvió a meterse la polla en la boca. Me miró mientras lo hacía, moviéndose con mayor rapidez e intensidad para que llegara a un poderoso orgasmo y me corriera.

—¿Quieres que me corra en tu boca, nena?

Asintió y siguió moviéndose.

¡Era tan perfecta, joder!

—Ya viene. —Me agarré a su nuca mientras seguía embistiéndola. Alcancé el clímax casi de inmediato y con gran intensidad debido a su petición. El orgasmo me arrolló como un tren y me corrí en su boca con un sonoro gemido. Le clavé los dedos en la piel y vacié mi carga en su garganta, dándole cada gota. Hacía una semana que no me acostaba con nadie y eyacular era justo lo que necesitaba.

—Joder. —Terminé de dárselo todo y mi miembro perdió rigidez dentro

de su boca. Sentía los párpados pesados y un fuerte agotamiento por el increíble placer que acababa de darme. La miré con nuevos ojos, sin saber si yo le estaba enseñando algo o si ella me lo estaba enseñando todo a mí.

Se sacó la polla de la boca y se lamió los labios.

Abrí los ojos de par en par. ¿Era esa la mujer de la que había sido amigo toda mi vida? ¿Cómo no me había fijado antes en ella?

—Bueno... ¿Cómo ha ido?

Había hecho un trabajo increíble con aquellos labios preciosos. Sólo había tenido que darle algunos consejos y el resto lo había averiguado por su cuenta. No me necesitaba en absoluto. Cualquiera tío del planeta mataría por que se la chuparan así. Y cuando se había tragado el semen como si lo necesitara... había sido fabuloso.

—No tienes ni que preguntar.

—RAE ME ESTÁ LLAMANDO. —KAYDEN COGIÓ EL TELÉFONO DE LA MESA DE centro.

—Mierda. —Fui presa del pánico al pensar que podía pillarnos. Después de lo mucho que la había incordiado con el tema de Ryker, montaría en cólera si descubría que estaba tonteando con Kayden, aunque sólo tratara de ayudarla—. Mantén el tipo ¿vale?

Puso los ojos en blanco.

—Estás exagerando.

—Esa mujer es una psicópata. Lo juro, tiene superpoderes.

—No. —Contestó a la llamada—. Hola, chica. ¿Qué tal? —Hizo una pausa y escuchó a Rae al otro lado de la línea—. Sí, claro. Nos vemos allí en quince minutos.

Mi móvil comenzó a sonar en ese preciso instante.

—Joder. —Lo cogí enseguida y lo silencié, esperando que Rae no lo

hubiera escuchado. Si lo había hecho, sería hombre muerto. No mucha gente tenía la música de *La guerra de las galaxias* como tono de llamada.

Kayden volvió a hacer una pausa mientras escuchaba a Rae.

—Es la televisión. Sí, me gusta *La guerra de las galaxias*.

Mierda, lo había oído.

Kayden finalizó la conversación rápidamente.

—Nos vemos en un rato. —Colgó.

Respondí a la llamada porque era Zeke.

—Mierda, ¿qué quieres? —Estaba al borde de un ataque de nervios sólo de pensar en las repercusiones que podría haber si mi hermana se enteraba de lo que había estado haciendo en mi tiempo libre durante los dos últimos días.

—Tío, ¿estás bien?

—Sí —dije enseguida—, ¿por qué?

—¿Estás ahora mismo con Kayden?

Joder. Joder. Joder.

—¿Por qué iba a estar con Kayden? Sólo la veo cuando quedamos todos juntos. No salgo con ella. Quiero decir que somos amigos, pero no íntimos. Y no es mi tipo. Me dan asco las rubias.

Kayden agitó la cabeza y pronunció sin hablar:

«Relájate».

—Eh... vale. Vamos a bajar al bar, por si te quieres venir. Rae acaba de hablar con Kayden por teléfono y ha dicho que viene.

—Voy a salir ahora de Mega Shake, así que llegaré en un segundo.

—¿Estás en Mega Shake? —preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—No se oye ruido.

—Oh, estoy ahora mismo en un callejón. —Dios, qué mal se me daba mentir.

—Ah, de acuerdo —dijo Zeke—. Los callejones son...

—¿Eres médico o detective? Nos vemos allí en quince minutos. —Colgué

y me metí el móvil en el bolsillo.

—Rex, tienes que calmarte.

—Rae ha oído mi tono de móvil. —Hacía años que usaba el mismo. Era inconfundible.

—Te estás comportando como un paranoico.

—No quiero que Rae me incordie. Después de la que le monté con Ryker, se enfadaría mucho conmigo.

—Nadie tiene por qué descubrirlo. Podemos guardar el secreto. Además, somos adultos y podemos hacer lo que queramos. Así que tranquilízate. —Se acercó a mi pecho y me echó los brazos al cuello.

Su gesto afectuoso me resultó agradable al instante.

—Sí... Me he dejado llevar un poco.

Me observó con sus ojos azules, brillantes y seductores.

—Bien. Ya podemos irnos.

—No podemos llegar juntos —dije—, sería demasiado obvio.

—Podemos decir que nos encontramos de casualidad por el camino.

—No. Rae y Zeke son demasiado inteligentes.

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, yo me voy ya. Sal tú cuando tengas valor. —Cogió el bolso y salió, dejándome solo en su apartamento. Era tímida y vulnerable en el contacto físico, pero me había mostrado un lado más fuerte y poderoso. A veces me preguntaba si la conocía de verdad.

Tal vez no.

ENTRÉ QUINCE MINUTOS DESPUÉS QUE KAYDEN.

Estaban todos sentados en una mesa del bar, las chicas a la izquierda y Zeke a la derecha. Tenía una Guinness delante, tan negra que parecía petróleo.

Pedí una cerveza en la barra y tomé asiento al lado de Zeke, haciendo lo

posible por actuar con naturalidad.

—¿Dónde has estado estos dos últimos días? —Rae me atacó de inmediato, molestándome como la hermana irritante que era.

—Métete en tus asuntos. Ahí es donde he estado.

—Mientras vivas bajo mi techo, tengo derecho a esa información.

—He estado trabajando mucho. El negocio es prácticamente nuevo, pero tú no lo entiendes con ese cerebro de mosquito que tienes.

Me sacó la lengua.

—Esa ha sido buena... —Me volví hacia Zeke para poder conversar con una persona inteligente—. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Llevo todo el día cansado porque cierta persona no me dejaba dormir.

—¿En serio? —pregunté—. ¿Las diez y media es tarde para ti?

—Yo suelo acostarme a las diez —dijo Rae.

—Porque eres una fracasada —repliqué.

—Yo también —dijo Jessie—. Tengo que estar lista para salir a las siete y media de la mañana, así que me suelo levantar a las cinco.

—Yo también suelo acostarme a las diez — dijo Kayden antes de dar un sorbo a su copa de vino.

Dejé de insultar en cuanto la oí decir eso. Me había hecho una mamada hacía menos de una hora. No iba a decir nada que pudiera importunarla.

Jessie se volvió hacia Rae.

—¿Viene Ryker?

—No —dijo Rae—. Últimamente no os veo lo bastante.

—Te entendemos —dijo Jess—. Si tuviera por juguete sexual a un macizo ardiente, yo tampoco os vería nunca.

Zeke apuró la cerveza y fue a la barra a por otra.

Sabía exactamente por qué se había marchado, así que me levanté tras él.

—Pensaba que habías pasado página.

—Sí. —Le hizo señas al barman y pidió otra cerveza—. Pero a veces me

afecta, sobre todo cuando bebo.

—¿Volviste a ver a esa chica? —Habíamos salido con unas chicas para repartírnoslas un tiempo atrás. Yo no había quedado con la mía porque no había vuelto a pensar en ella y tenía la sensación de que Zeke había hecho lo mismo.

—No. No era mi tipo.

—Ya. —A Zeke solían gustarle las chicas buenas, las que puedes presentarle a tus padres. Le gustaba tontear con las más descocadas, pero nunca las llevaba a cenar.

Yo nunca me había llevado a nadie a cenar.

—¿Y tú? —preguntó— ¿A quién persigues ahora?

Evité mirar a Kayden. Era muy difícil no decirle la verdad a mi mejor amigo. Se lo contaba todo, incluso detalles que no quería saber. Tener secretos con él me parecía un crimen. Si él me ocultara algo me dolería.

—No voy detrás de nadie ahora mismo. Pero puede que encuentre chicas sexys en la bolera.

—Sí... porque allí es donde pasan el tiempo libre.

—Oye, podría pasar. A lo mejor existe una liga de bolos de tías buenas.

Zeke sonrió al fin.

—Eso sería genial...

—Yo vería todas sus partidas.

—Sí, yo también. —Apoyó los codos en la barra y echó un vistazo a su alrededor—. ¿Sigue yendo gente a Groovy Bowl?

—Es una locura. Acabo de contratar a tres empleados más.

—Me alegro por ti.

—Recuperaré vuestro dinero enseguida.

—No te preocupes por eso. —Sacudió la cabeza—. No hay prisa.

—Gracias, hombre.

Al otro lado de la sala había una mujer con el cabello rubio ceniza, acompañada de dos amigas. Llevaba un vestido negro ceñido a su estómago

voluminoso. Tenía curvas, y los brazos y la cintura gruesos. No despegaba los ojos de Zeke y, cuando le tendió su copa a una de las amigas, supe que había fijado su objetivo.

—Viene una chica hacia aquí.

—¿Para ti o para mí? —Zeke permaneció impasible sin mirar.

—Para ti.

Le dio un golpecito a Zeke en el hombro y esperó a que se diera la vuelta.

Zeke era un tipo atlético que montaba en bicicleta y practicaba senderismo los fines de semana. Competía en tres medias maratones al año e iba al gimnasio religiosamente. Cultivaba sus propias verduras en el patio de su casa y seguía un estilo de vida saludable. La mayoría de las mujeres con las que salía eran similares. Esta era diferente. Era más ancha que las chicas con las que acostumbraba a salir y no poseía un físico atlético ni esbelto. Era mona, pero no estaba en forma.

—Hola, soy Rochelle. —Se echó el cabello por encima del hombro y se apoyó en la barra. Tenía una bonita sonrisa con dientes perfectos. Su piel era clara con pecas en la nariz. Llevaba un maquillaje ligero.

—Hola, soy Zeke. —Extendió la mano para estrechársela.

—Lo siento si tienes novia, que supongo que sí, pero si no, me gustaría que salieras conmigo alguna vez.

Admiré su valentía. No había muchas mujeres capaces de atravesar la sala y pedirle salir a un auténtico extraño. Lo había hecho con tanta confianza en sí misma que me preguntaba de dónde la había sacado. Aunque no me fijara en esas cosas, Zeke era bastante atractivo, y muy pocas mujeres serían capaces de ir tras él con tanta vehemencia.

No sabía cuál sería la respuesta de Zeke. No era el tipo de chica con la que solía salir y aún seguía colgado por Rae. Aquella mujer no parecía dispuesta a ser una follamiga. Quería cena y flores, el lote completo.

—Me encantaría —dijo Zeke—. ¿Estás libre el viernes?

Supongo que sí era su tipo.

—Por supuesto. —Sacó su teléfono y apuntó el número. —Nos vemos entonces.

—Lo estoy deseando.

Ella le dirigió otra sonrisa antes de volver con sus amigas al otro lado de la sala.

Zeke se volvió hacia mí con una sonrisa arrogante en el rostro.

—Parece que tengo una cita el viernes.

—Me ha parecido genial. No hay muchas mujeres que tengan el valor de hacer eso.

—Lo sé. Estoy seguro de que nos lo pasaremos bien.

—Y tú mismo dijiste que hay muchos peces en el mar. Parece que has atrapado a un pez espada.

—¿Un pez espada? —preguntó—. Ni siquiera es un pez sexy.

—Pero es un pez grande. ¿Los has visto? Son enormes. —Me di cuenta de cómo podían interpretarse mis palabras y no era mi intención en absoluto— Espera, no he querido decir eso... Sólo me refería a que son muy extraños y grandes para ser peces. Eso es todo. Lo siento, sabes a lo que me refería, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Eres un idiota, pero no hasta ese extremo.

Suspiré aliviado al ver que me creía.

—Puede que Rochelle te ayude a superar lo de Rae de una vez por todas.

—Espero que tengas razón. Estoy cansado de sentirme así. —Un suspiro de derrota escapó de sus labios—. Estoy harto de salir y acostarme con unas y con otras. Tengo treinta años y quiero sentar la cabeza. Poseo una casa y una carrera profesional... pero me falta una esposa. Está claro que Rae no lo será, así que tengo que encontrar a otra persona.

—A alguien mejor. —Zeke era un gran tipo y se merecía una chica tan increíble como él—. Y la encontrarás, tranquilo. —Le di una palmada en el hombro—. Ya se van encauzando las cosas.

—Sí. —Se volvió en la silla para mirarme. —¿Hay alguna chica especial

en tu cama últimamente?

Se me vino a la mente una imagen de Kayden de rodillas apretándome la polla con la boca. Jamás olvidaría aquel momento mientras viviera. Le había tirado del cabello rubio hacia atrás y la saliva se había derramado de su boca a mis zapatos. Había sido la mamada más sexy que me habían hecho. Sabía usar muy bien esa preciosa boquita suya.

—No, esta semana no.

—Puede que esta noche conozcas a alguien.

—Tal vez. —Miré hacia la mesa y vi a Kayden dar un sorbo al vino. Casi la mitad de los tíos del bar miraban en dirección a su mesa, a ella en concreto. Me la había chupado hacía sólo una hora, pero no necesitaba mi ayuda en absoluto. Atraía la atención por sí sola. No me necesitaba para nada.

Pero estaba disfrutando demasiado como para decírselo.

—EN SERIO, ¿CUÁNDO VAS A MUDARTE, JODER? —EN CUANTO CRUCÉ LA puerta, vi la cocina hecha un desastre. La batidora estaba en la encimera llena de manchas del batido de proteínas que se había preparado Rex unas horas antes. Había agua por todo el suelo y un cartón de leche vacío en medio de la cocina.

Oí su voz desde la sala de estar.

—Yo también me alegro de verte. ¿Qué tal te ha ido el día?

—¿Por qué hay un cartón de leche tirado en el suelo?

Rex movió el culo por fin y se acercó a la cocina. Llevaba unos viejos vaqueros rotos y un jersey de color rojo. Se había afeitado, algo que no había vuelto a hacer hasta la reinauguración de Groovy Bowl. Últimamente dedicaba más tiempo a su imagen.

—¿Eh?

Señalé el cartón de leche.

—¿Qué hace un cartón de leche en el suelo?

Lo miró y se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —¿Qué clase de respuesta era esa?— ¿Lo usaste para hacerte el batido de proteínas?

Se frotó la barbilla.

—No me acuerdo...

No podía seguir viviendo así por más tiempo.

—Tienes que mudarte. Te lo digo muy en serio. Ahora te pagan y puedes permitirte un alquiler. Si te quedas aquí más tiempo, puede que te mate. No bromeo. —Llevaba demasiado tiempo viviendo con un cerdo y necesitaba recuperar mi espacio. Ryker nunca se quedaba a dormir porque Rex siempre estaba allí y el apartamento apestaba (y no era culpa de Safari).

—¿Tan enfadada estás por un cartón de leche? —Se agachó y lo recogió del suelo—. Mira, ya está solucionado. —Lo arrojó a la basura.

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho antes de que yo llegara a casa? —Me iba a explotar la cabeza.

—No lo he visto, ¿vale?

Di un pisotón en el suelo.

—¿Cómo no lo vas a ver?

—¿Qué tienes contra los lácteos? La leche de almendras sabe a mierda.

—Esa no es la cuestión, Rex. —Me pasé las manos por la cara para evitar sacar un cuchillo carnicero del cajón—. La cocina sigue estando hecha un desastre, aunque hayas tirado el cartón de leche.

—Mira. —Arrancó varios trozos de papel de cocina y los puso sobre los charcos de agua. En lugar de limpiar la encimera, dejó que absorbieran la suciedad.

—Estás de broma, ¿verdad?

—¿Qué?

—¿No vas a tirarlos?

—Hay que dejar que el papel de cocina haga su efecto.

No podía creer que aquel tío fuera de mi familia.

—No seas ridículo, Rex. ¿Qué vas a hacer cuando te cases?

—¿Casarme? No me casaré jamás. No estoy saliendo con ninguna mujer. Con ninguna.

—No digo que vayas a casarte mañana. Pero si alguien accede a casarse

contigo, cosa que dudo, no aguantará estas cosas. ¿Cuántas veces te he dicho que limpies lo que ensucias? Estoy cansada de encontrarme montañas de basura.

—¿Crees que alguien se casará contigo con esa voz chillona?

—¡Nunca tendrá que oírla porque no me casaré con un imbécil!

—El único que se casará contigo será un sordo. Y puede que ni por esas.

Le golpeé el brazo.

—Vamos a buscarte un apartamento.

—No me voy a ir.

—¿Cómo? —Iba a irse de allí, aunque tuviera que sacarlo a rastras—. Ya no tienes por qué vivir aquí. Estás ganando dinero y puedes permitirte un apartamento decente.

—Tengo que ahorrar para devolveros el dinero, ¿es que no te acuerdas?

—No me hace tanta falta el dinero. Prefiero que no me pagues nada y te vayas. —Porque si seguía allí, lo asesinaría y me quedaría sin hermano.

—El alquiler, las facturas y la comida son un gasto importante. Si me lo ahorro todos los meses, podré pagaros el doble de rápido.

Volví a dar un pisotón en el suelo como una niña.

—No me importa el dinero, Rex. Quiero que te vayas.

—Lo limpiaré, ¿vale? Mira. —Recogió todos los trozos de papel de cocina para tirarlos a la basura, pero salía agua de la parte inferior de la pila y goteó por todo el suelo. Los tiró a la basura, donde empaparían todo lo que había debajo.

—Arreglado.

Observé el reguero de agua que atravesaba la cocina. Se había formado un río.

—Olvídalo.

—POR FAVOR. POR FAVOR. POR FAVOR.

Oí la voz profunda de Zeke al otro lado de la línea.

—No. Lo siento.

—Venga. Ya llevo seis meses viviendo con él. Te toca a ti.

—Ese tío no es parte de mi familia, así que no tengo por qué hacer nada.

—Pero es tu mejor amigo. —Estaba sentada en la cama con el teléfono pegado a la oreja. Safari estaba tumbado a mi lado, con la cabeza apoyada en mi muslo—. Siempre estás con él de todas formas.

—Sí, pero sé que es una pesadilla vivir con él. Voy mucho por tu casa y veo lo bien que os lo pasáis. —Rio al teléfono.

—Pero tienes una casa enorme, Zeke. Tendríais sitio de sobra los dos.

—He trabajado sin descanso para comprar la casa y no voy a dejar que esa bola de demolición me la destrozé. Si cree que tú eres quisquillosa con temas de limpieza, no le va a gustar vivir conmigo. Además, cuando llevo a chicas a mi casa, les gusta quedarse al día siguiente. Preparamos tortitas y vemos la televisión. No podría hacerlo con Rex viviendo allí.

—Se quitaría de en medio...

—Ambos sabemos que se comería todas las tortitas y acapararía el mando a distancia.

Sabía que tenía razón, pero admitirlo no ayudaría a mi causa.

—No quiere mudarse porque está intentando ahorrar para devolvernos el dinero.

—No me sorprende. Se ha propuesto pagar la deuda.

—Pues su nobleza resulta muy molesta.

Zeke se echó a reír.

—Serán sólo unos meses más, Rae. Luego se irá para siempre.

—Puf. Estoy empezando a odiarlo.

—Sí... Se nota.

Me froté las sienes para combatir la migraña que se aproximaba.

—Rex mencionó que tienes una cita este fin de semana.

—Sí, la conocí la otra noche en el bar. Me pidió salir.
—Qué bien. ¿A dónde iréis?
—La voy a llevar a la cafetería nueva del centro.
—¿La de las jaulas tan bonitas?
—Sí.
—Es un sitio precioso. A cualquier mujer le encantaría.
—Eso es lo que creo —dijo—. Y, si todo va bien, tomaremos tortitas y veremos la televisión a la mañana siguiente.
—Me encantaría tomar tortitas y ver la televisión. Ryker nunca hace esas cosas.
—¿No cocina? —preguntó sorprendido.
—No. De hecho, nunca le he visto usar la cocina.
—Qué raro. Si una chica supera mis expectativas, siempre le preparo el desayuno. Supongo que soy un caballero.
—¿Y si es mala en la cama no se lo preparas? —Aquello no me parecía muy caballeroso.
—No... Siempre les hago el desayuno, pase lo que pase.

¿QUÉ ESTÁ TRAMANDO MI NOVIA?

Ryker usaba esa palabra cada vez que tenía ocasión porque pensaba que así me doraba la píldora o porque le gustaba decirla.

Estoy encerrada en mi cuarto.

Suena divertido...

Rex me saca de mis casillas, así que Safari y yo nos hemos escondido.

¿En tu propio apartamento?

Se percibía su tono de sarcasmo a través de la pantalla.

Me di cuenta de lo patética que resultaba en ese momento.

Sí...

Ven a mi casa.

No. No quiero que me invites por lástima.

No es por eso. Quiero sexo.

Qué dulce...

Aparecieron los tres puntos de inmediato.

Cariño, ven aquí. O iré yo a por ti.

No quería estar más tiempo en casa y me empezó a rugir el estómago.

¿Puedo llevarme a Safari?

Siempre.

Entonces llegaremos pronto.

SE ABRIERON LAS PUERTAS DEL ASCENSOR Y SAFARI Y YO ENTRAMOS. ME recibió el aroma a agujas de pino y a su colonia y sentí que estaba a salvo. Aquel lugar era el cielo en comparación con el infierno del que acababa de escapar.

—Precioso...

Ryker emergió del pasillo con pantalones de chándal grises de talle bajo. No llevaba camiseta, como solía hacer cuando estaba en su apartamento.

—Gracias. Tú también estás preciosa. —Me dirigió una sonrisa arrogante. Sabía exactamente de lo que hablaba, pero lo dejé pasar.

—Gracias por dejar que nos quedemos aquí. Hasta Safari estaba molesto.

Me rodeó la cintura con los brazos y me besó los labios con delicadeza. Fue un gesto dulce y cálido que eliminó cualquier rastro de mi horrible tarde con Rex. Hacía que me derritiera, y no me importaba en absoluto ser un charco en el suelo.

—Siempre sois bienvenidos. —Me dio un pellizco travieso en las nalgas antes de apartarse.

—¿Hablas conmigo o con mi trasero?

Levantó las cejas.

—Con los dos.

Le quité la correa a Safari para que pudiera encontrar un lugar cómodo en el sofá donde tumbarse.

Ryker tomó mi bolso y lo dejó sobre la mesa.

—Rex está insoportable, ¿eh?

—Le pedí que se mudara, pero no quiere.

—¿Por qué no? —Estaba de pie frente a mí con los brazos cruzados sobre su fuerte pecho—. Ahora gana dinero, ¿no?

Asentí con gesto de fastidio.

—Quiere ahorrar más para devolvernos la deuda. Le dije que no me importaba que no me lo devolviera. Sólo quiero que se vaya.

Se rio.

—Vaya pesadilla.

—Cuando llegué a casa hoy, había un cartón de leche tirado en el suelo... ahí en medio. —Lo miré a los ojos y vi una pizca de humor en sus pupilas—. ¿Cómo se te puede caer un cartón de leche al suelo y dejarlo ahí? ¿Cómo?

Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—¿Estaba vacío?

—Creo que sí, pero había agua en la encimera y por el suelo. Cuando le dije que la limpiara, se limitó a tirar encima papel de cocina y no hizo nada más.

—¿En serio?

—Dijo que quería que el papel absorbiera el agua. —Volví a poner un gesto de exasperación—. Es el mayor imbécil del mundo. Las cosas que hace no tienen sentido. Y cuando tiró el papel de cocina a la basura, volvió a llenarlo todo de agua.

Ryker tenía que aguantarse las ganas de reír.

—Todo eso pasó en cuanto atravesé la puerta. Y había dejado la batidora sucia en la encimera cogiendo gérmenes. ¿Por qué no se muda a un basurero?

Se sentiría como en casa.

Al final, Ryker se echó a reír.

—¿Cuánto tiempo más se quedará en tu casa?

Me encogí de hombros.

—Unos meses... puede que más.

—¿Por qué no pasáis Safari y tú más tiempo aquí?

—¿Para que mi apartamento quede sepultado por la basura?

—Para que tengas un respiro. Tengo una cocina preciosa, varios cuartos de baño y una sala de estar agradable, por no mencionar que siempre estoy limpio. Así que os sentiríais como en casa.

Acababa de ofrecerme el equivalente a un millón de dólares.

—Me encantaría, pero no te preocupes.

—¿Por qué no? —Se acercó más a mí—. Quédate aquí tres días seguidos cada semana. Podrás descansar de Rex y así no lo odiarás tanto

—No quiero llenarte el piso de soltero de bragas y pelos de perro.

—Las bragas son bienvenidas y los pelos de perro no me importan. Le diré a Mindy que limpie más a menudo.

—¿Mindy?

—La asistenta.

Nunca la había visto.

—Mi problema con Rex no debería convertirse también en el tuyo.

—¿Has llegado a pensar que me estoy aprovechando de tu problema con Rex para tenerte aquí más a menudo? —Acercó su rostro al mío, pero no me besó. La cercanía era suficiente para hacer que me estremeciera.

—No...

—Pues es verdad. Así que quédate, por favor.

—¿Y qué pasa con Safari? Podría hacer sus necesidades por accidente en tu apartamento.

—Le pediré a Mindy que lo saque todos los días a la hora del almuerzo. Problema resuelto.

—No tiene por qué hacerlo...

—Agradecerá la paga extra. No te preocupes. —Me agarró de la mano y tiró de mí—. Deja que te enseñe algo.

—De acuerdo.

Caminó delante de mí y los fuertes músculos de su espalda se ondulaban al moverse. Cada fibra parecía grabada en piedra y era tan bello que dolía.

—Me gusta tu espalda.

Se dio la vuelta, con una ceja levantada.

—Me refiero a los músculos de tu espalda. Son muy bonitos. —Normalmente se me daba bien hacer cumplidos, pero en esta ocasión había sido una estupidez.

Sonrió por fin.

—Gracias, cariño. —Me dio un beso rápido en la oreja, pero logró que fuera uno de los más sensuales que me habían dado jamás. Entró en su habitación y se acercó a una de las cómodas de madera maciza. Todo el mobiliario de su apartamento estaba fabricado en madera oscura, adaptándose a su personalidad a la perfección.

—¿Ves este cajón de aquí? —Señaló al primero. Medía unos sesenta centímetros y tenía bastante profundidad—. Es tuyo.

—¿Mío?

—Sí. Para que metas tus cosas. Puedo darte otro cajón más si te hace falta.

—Has visto mi habitación. No hay espacio para nada por la cantidad de ropa que tengo.

—De acuerdo. Puedes quedarte también el de abajo.

—¿En serio? —¿Tan fácil era negociar?

—Sí. —Se apoyó en la cómoda y me observó, esperando a ver mi reacción—. ¿Qué te parece?

Sabía que ninguna otra mujer antes que yo había tenido un cajón en su cómoda, así que era un momento de gran significado. Tenía algo que ninguna otra había tenido jamás. Era especial, diferente.

—Creo que tu ofrecimiento es muy amable y me encanta.

—Muy bien. —Cerró el cajón de arriba—. Tráete todas tus bragas.

—Pero tenemos un problema.

—¿Sí?

—Safari también necesita un cajón.

Rio.

—¿Para sus juguetes perrunos?

—Sí. —Lo decía muy en serio, aunque era probable que él no lo entendiera—. Y necesita un sitio para poner su cama cuando no haya nadie en casa.

—Pues sí que sale caro mantener a este perro.

—Es mi mejor amigo, no sólo un perro.

Ryker puso los ojos en blanco, pero sonrió al mismo tiempo.

—¿Y si le compramos una cesta para meter todas sus cosas y una cama para perros?

—Trato hecho. Te ofrecería un cajón en mi cuarto, pero no creo que lo quieras.

—Lo querré cuando Rex se mude. Y quiero uno bueno, en la parte de arriba.

—Mira quién sale caro de mantener ahora.

Me dedicó aquella sonrisa ardiente que lo hacía parecer aún más sexy sin ni siquiera darse cuenta.

—Supongo que tienes razón.

—¿Qué quieres hacer ahora? —Cerré el cajón y me apoyé en él—. ¿Quieres ver una película o que juguemos a algo?

Miró en dirección a la puerta y vio a Safari tumbado en el sofá de la sala de estar. Caminó hacia la puerta y la cerró antes de sentarse al borde de la cama. Se apoyó en los codos, cruzando los tobillos.

—Sabes lo que quiero hacer, cariño. Te he salvado de ese trol y merezco una recompensa.

—¿Es esa tu única motivación para todo? ¿El sexo?

Sopesó mis palabras, como si estuviera meditándolas a conciencia.

—La verdad es que sí. —Dio unas palmadas a su lado del colchón—. Pongámonos a ello.

QUEDARME UNOS DÍAS EN CASA DE RYKER ERA JUSTO LO QUE NECESITABA.

La casa estaba limpia, Ryker no hacía cosas molestas que me sacaran de quicio y disfrutaba de sexo fabuloso todas las noches antes de dormir. La planta superior del edificio ofrecía vistas extraordinarias de la ciudad, incluso de la torre Space Needle. Las luces centelleaban al otro lado de la ventana y parecía que estábamos en la cima del mundo. Su cama era el lugar más cómodo en el que había dormido jamás, a excepción de su pecho, y sus sábanas eran dignas de la realeza. Mentiría si dijera que no fantaseaba con vivir allí de forma permanente en calidad de esposa.

A Safari también le gustaba. Tenía mucho más espacio que en mi apartamento y había un parque justo al salir del edificio para poder hacer sus necesidades. Dormía al borde de la cama y tenía más espacio en su cama de ciento ochenta centímetros que ocupando la mía entera en mi apartamento.

Ninguno de los dos queríamos marcharnos.

Había logrado conocer a Ryker de una forma nueva. Veía sus costumbres y su rutina. Se levantaba cada día a las cinco de la mañana y se iba al gimnasio. Luego se duchaba, se tomaba un batido de proteínas y se iba al trabajo.

Yo no podría levantarme a las cinco ni aunque me apuntaran con una pistola en la cabeza.

Cuando salía del trabajo, iba a correr al parque y volvía a ducharse. Se ponía los pantalones de chándal, dejando el torso al descubierto. Luego preparaba la cena, algo ligero como pollo asado y verduras.

Su estilo de vida tan saludable me hacía sentir como una cerda.

Era demasiado floja como para salir de la cama ni un segundo antes de lo necesario, y mi idea de desayuno no podía estar más alejada de un batido de proteínas. Solía ser una hamburguesa con huevo de McDonald's o una porción de pizza del día anterior. A veces hacía ejercicio, pero sólo algunos días sueltos de la semana. Y su idea de cena me repelía. Yo necesitaba carbohidratos y grasas para ser feliz.

Ryker estaba sentado frente a mí en la mesa de comedor. Masticaba despacio el pollo con verduras, saboreando la comida a conciencia.

—¿Qué tal tu estancia en el hotel Ryker?

—La hospitalidad es buena. Le doy cinco estrellas.

—¿Qué más?

—El sexo también está bien. Otras cinco estrellas.

—Vale.

—Y cinco estrellas también en limpieza.

—He obtenido una puntuación perfecta. Increíble.

—Pues... en comida te pongo un cero.

Dejó de comer y me miró con un gesto de desaprobación.

—¿Un cero? ¿No te gusta cómo cocino?

—Cocinas bien, pero cuando abrí el congelador, no había nada dentro.

—¿Y? —Sus fuertes hombros se movían cada vez que daba un bocado a la comida. Los músculos de su cuerpo se fundían con tal perfección que costaba creer que su físico fuera real. Parecía modelo publicitario—. No como nada congelado.

—¿Ni helados ni polos?

—Eso no es comida.

—¿Qué no es comida? —pregunté con incredulidad—. Están buenísimos.

Se rio.

—Nunca he sido mucho de dulces.

—Lo único que tienes en el frigorífico es carne y verduras.

—¿Y?

—Hay otros grupos de alimentos. Ni siquiera tienes un cartón de zumo de naranja. Todas las personas de Estados Unidos tienen uno en su frigorífico.

—Contiene mucho azúcar. Y ya te he dicho que no me gusta el dulce.

—Yo sería incapaz de vivir así de forma permanente. La semana que viene, me acercaré al supermercado y compraré comida de personas normales.

Bebió un sorbo de vino, disimulando la sonrisa en su rostro.

—Mantenerse en forma no es pasarse todo el día haciendo ejercicio. Lo importante es lo que comes, y soy muy quisquilloso con lo que entra en mi organismo.

—Pues yo prefiero tener un poco de grasa en el cuerpo que ser una desgraciada.

—No soy un desgraciado.

—No te creo. —Tomaba un batido de proteínas de desayuno, un plátano de almuerzo y carne y verduras de cena. Me moriría si hiciera eso todos los días.

—¿Qué consideras tú comida de verdad?

—Cheetos. Están buenísimos. Macarrones con queso. Para morirse. Quesadillas con guacamole. —Me rugía el estómago sólo de pensar en toda esa comida—. Ramen y arroz con pasta.

—Se te oye desesperada al hablar de comida.

—Porque lo estoy. Tú comes para vivir y yo vivo para comer. Esa es la diferencia entre nosotros.

—En ese caso, me aseguraré de que Mindy compre todas esas cosas. Quiero que estés satisfecha y excitada.

—Perfecto. —Terminé el resto de la cena por educación, pero estaba harta de comer lo mismo tres noches seguidas. Me parecía bien que Ryker se comprometiera a tomar alimentos saludables, pero yo jamás aceptaría ese estilo de vida—. Cuando tenga el estómago satisfecho, me aseguraré de que tú también lo estés.

ESTÁBAMOS SENTADOS EN EL SOFÁ, ACURRUCADOS BAJO UNA MANTA. NO ME había quitado el maquillaje ni una vez desde que me había ido a vivir con él. Nunca me había visto con la cara lavada y me daba un poco de vergüenza. Normalmente no me pasaba, pero Ryker estaba siempre perfecto y yo también quería estarlo.

Apoyé la cabeza en su hombro, rodeándole la cintura. Incluso sentado tenía el estómago plano como una losa de hormigón. Respiré su aroma sin prestar demasiada atención a la televisión, pues prefería disfrutar de él.

La noche en la que monté en cólera por el comportamiento de Ryker, supe que estaba pillada hasta las trancas. Antes creía tener una actitud sana hacia nuestra relación, pero me di cuenta de que me estaba absorbiendo como un agujero negro. Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más unida a él me sentía, y sabía que enamorarme era inevitable.

Estaba segura de que ya lo estaba.

Se volvió hacia mí y me rozó la sien con los labios. Besó con suavidad la piel cálida. Era una muestra de afecto delicada y dulce en lugar de agresiva y sexual como de costumbre. Al quedarme con él más tiempo, hacíamos otras cosas aparte de acostarnos. Hablábamos, veíamos la televisión y jugábamos a juegos de mesa. Ahora sí parecía un novio.

—No quiero que vuelvas a casa mañana. —Volvió a besarme, esta vez en el nacimiento del cabello.

—Yo tampoco. —Me encantaba verlo ducharse cada mañana y contemplar las gotas de agua deslizarse por su cuerpo increíblemente atractivo. Me encantaba escucharle apagar el despertador para echar un polvo rápido antes de irse al gimnasio, y atravesar la puerta y encontrármelo jugando con Safari al tira y afloja en la sala de estar—. Pero tengo que irme.

—No, no tienes por qué.

—Tengo que comprobar en qué estado se encuentra mi apartamento. Podría estar ya en ruinas.

—Bueno. Perdiste la fianza.

Si me salía con la mía, me quedaría. Pero no quería estar en su casa más de lo debido y que se cansara de mí. Sabía que era de los que necesitan su espacio personal. No quería presionarlo, aunque a él pareciera no importarle.

—La perdí cuando Rex intentó arreglar el lavabo e hizo un agujero enorme en la pared.

Se acercó a mi cuello, besándome con suavidad.

—Venga, cariño.

Me resultaría tan fácil ceder... Pero no debía sucumbir.

—Volveré la semana que viene. Y sabes que nos veremos mientras tanto.

Dejó escapar un suspiro de derrota contra mi piel.

—De acuerdo. Tú ganas.

—Siempre gano yo.

Me agarró por la barbilla, obligándome a mirarlo. Me observó fijamente durante un segundo antes de presionar su boca contra la mía. Me dio un beso lento, tan placentero que sentí la tensión en los muslos. Estaba lleno de pasión y deseo, como si no quisiera soltarme jamás.

Me había enamorado de verdad y no había vuelta atrás.

—Lo siento, ¿te conozco? —Rex me miró desde el sofá con una cerveza en la mano. Zeke estaba sentado a su lado viendo un partido en la televisión. Rex puso la mano a modo de visera sobre los ojos, entrecerrándolos—. No te reconozco.

—Cállate de una maldita vez. —Dejé caer el bolso al suelo.

Safari fue corriendo hacia Rex y le lamió la cara.

—No te preocupes, hombre. —Rex lo acarició a conciencia—. A ti jamás podría olvidarte. Pero esa señora con la que has entrado... no tengo ni idea de quién es.

Ignoré el golpe y me senté en el otro sofá.

—Qué bien se está en casa...— Mi sarcasmo era más fuerte que la lluvia en una tormenta—. Me sorprende que no esté hecha un desastre. Creí que habría calzoncillos tuyos por todas partes.

—No soy tan desordenado como me pintas —replicó Rex.

—Dejaste un puto cartón de leche en medio de la cocina. —Me volví hacia Zeke—. ¿Tú dejas cartones de leche tirados por el suelo?

Zeke sonrió y dio un sorbo a la cerveza.

—¿Qué tal el hotel Ryker?

—Muy bien —dije—. Guarda los cartones de leche en la nevera.

Rex no sonrió.

—¿Lo vas a hacer todas las semanas a partir de ahora?

—Mientras sigas viviendo aquí. —No podía compartir un baño con él por más tiempo. Al levantarme para ir al trabajo la semana anterior, Rex ya había destrozado la cocina y se había comido todos los panecillos. Era un auténtico incordio.

—Al menos sabes que le gustas de verdad —dijo Rex—. Jamás le había ofrecido algo así a ninguna de las chicas con las que había salido.

—Yo tampoco —dijo Zeke—. Excepto a Rochelle.

—Es verdad —dije—. ¿Cómo fue la cita?

—Genial. —Sonrió de oreja a oreja y su felicidad parecía genuina—. Salimos el viernes y nos lo pasamos muy bien. Durmió en mi casa y se quedó hasta el lunes por la mañana.

Rex chocó los cinco con él.

—Maratón de sexo. Increíble.

—¿Se quedó todo el tiempo en tu casa? —Ryker no me invitó a quedarme hasta que llevábamos dos meses saliendo. Zeke había invitado a Rochelle inmediatamente. Debía ser fantástica.

—Sí. —Zeke dio otro trago a la cerveza—. Sucedió sin más. Nos lo pasamos genial el viernes y el sábado fuimos a montar en bicicleta y a cenar. Luego se vino otra vez y nos pusimos al tema. El domingo estuvimos todo el día viendo fútbol. El lunes tuvo que irse a casa porque tenía que trabajar.

—Joder —dijo Rex—. Debe dolerte la polla.

—No —dijo Zeke—. Es una profesional.

—¿Dónde trabaja? —pregunté.

—Es pediatra —respondió Zeke—. De hecho, trabaja en el hospital que está calle abajo.

—¿En serio? —preguntó Rex—. ¿Qué probabilidades había de que también fuera médico?

Zeke se encogió de hombros.

—Es una locura, ¿verdad? *Similia similibus solvuntur.*

—¿Qué? —preguntó Rex.

Era un axioma en latín que estudiábamos en química: «Lo semejante disuelve a lo semejante». No era de extrañar que Rex no lo entendiera.

—Significa que las cosas similares van bien juntas.

—¿Quieres decir que pegan? —aventuró Rex.

¿Por qué me molestaba?

—Es genial, Zeke. Parece un buen partido.

—Totalmente —asintió Zeke—. Deberíamos salir todos juntos para que podáis conocerla mejor.

—¿Va camino de consolidarse la relación? —pregunté. Zeke casi siempre tenía simples aventuras. Veíamos una vez a la chica y no volvía a aparecer. A veces tenía relaciones de corta duración. Esta parecía diferente a las demás.

—Sí —respondió Zeke—. Ya no salimos con otras personas, así que diría que sí.

Joder, esa chica era una crack. A mí me había costado mucho conseguir que Ryker se refiriera a mí como algo más que una amiga.

—Es genial.

—¿Qué hay de Ryker y tú? —preguntó Zeke—. Parece que las cosas van en serio.

Por lo general, a Zeke le contaba todo lo que pensaba y sentía, pero me resultaba incómodo hacerlo teniendo delante a Rex.

—No estoy segura. Me ha dado un cajón de su cómoda y deja que Safari se quede en su casa, así que todo parece indicar que vamos por buen camino.

—Es más de lo que le ha dado a cualquier otra mujer —dijo Zeke—. Yo diría que tendremos Ryker para una buena temporada.

No había nada que quisiera más, y esperaba que tuviera toda la razón.

—¿TE QUEDASTE EN CASA DE RYKER TRES DÍAS SEGUIDOS? —PREGUNTÓ JESSIE

sorprendida. Llevaba una blusa escotada con pantalones pitillo y tacones. Iba tan bien peinada que podría haber sido el día de su boda. Dio un sorbo al cosmopolitan que había pedido y lo dejó en la mesa.

—Habría dado para mucho sexo —intervino Kayden— Muchísimo.

—Pero nunca es suficiente para Ryker. —La expresión de sus rostros se suavizó como si mis palabras hubieran sido profundamente románticas.

—¿Significará algo? —preguntó Kayden—. ¿Crees que te pedirá que te mudes con él?

—No lo sé —respondí—. Cuando tuve que irme, me pidió que me quedara...

—Esto se pone serio de verdad —dijo Jessie— Ha pasado de querer una aventura de una noche a considerarte su novia y cederte un cajón. Para un tío al que no le van las relaciones, es bastante significativo.

—Lo sé. —Era demasiado bueno para ser verdad.

—Eres la mujer que ha logrado cambiarlo —dijo Kayden—. Como en las películas románticas.

—Es sólo cuestión de tiempo que te pida que te mudes con él —dijo Jessie—. Me da toda la impresión.

—¿Qué harías si te lo pidiera? —preguntó Kayden.

—La verdad es que no lo sé. —Contemplé mi copa e intenté no sonreír al pensar en ello.

Jessie se percató de la expresión en mi rostro.

—Sabes exactamente lo que le responderías.

—Sí —dijo Kayden—. Es bastante obvio.

Alcé la vista sin ocultar la sonrisa.

—Sí... seguramente lo haría. Hace mucho que no sentía algo así por ningún tío. Estoy... No sé.

—¿Enamorada hasta las trancas de él? —insistió Jessie.

—No... —No podía reconocerlo. Si lo hiciera, me explotaría el corazón. No llevaba tanto tiempo saliendo con él, y el mero hecho de tener que

contenerme para dar el paso definitivo era señal de que iba en serio.

Kayden miró a Jessie.

—Lo está.

—Lo sé. —Jessie levantó la nariz, engreída como la sabelotodo que era.

No malgasté más tiempo en discutir con ellas.

—Como me quedé tanto tiempo en su casa, hicimos cosas que no habíamos hecho antes.

—¿Cómo sexo anal? —preguntó Jessie.

—No —dije enseguida—. Como ver la televisión, jugar a las cartas o preparar juntos la cena. Ya sabéis, esas cosas que hacen las parejas casadas.

—¿Y? —preguntó Kayden.

Las tareas sencillas me conmovían más que cualquier otra cosa.

—Estuvo tan bien como el sexo.

—Oh —susurró Kayden.

—Te ha dado fuerte —dijo Jessie—. ¿Pero sabes qué? A él también. Es obvio.

Sabía que le importaba. De lo contrario, no se habría quedado a mi lado durante tanto tiempo. Me preguntaba si sentiría lo mismo que yo. Puede que aún no estuviera preparado para decírmelo.

—En la vida había estado tan celosa. La semana pasada, cuando vi a esa fresca prácticamente en su regazo, algo se encendió dentro de mí. Parecía otra persona.

Jessie y Kayden escuchaban atentamente cada palabra que decía.

—Fue entonces cuando me di cuenta de lo que sentía por él. En aquel momento, me pareció el fin del mundo. —Podía seguir ocultando mis sentimientos, pero no duraría mucho. Parte de mí deseaba confesarle a Ryker lo que sentía y oírsele decir a él también para que pudiéramos avanzar en nuestra relación. No hacía falta que nos casáramos, ni siquiera irnos a vivir juntos, pero quería que supiera lo que sentía, que fuera consciente de que estaba tan colgada por él que no me imaginaba con ninguna otra persona

durante el resto de mi vida.

Mierda, pensarlo me daba mucho miedo.

Jessie se volvió hacia Kayden.

—¿Estás saliendo con alguien?

—No. —Respondió con tanta rapidez que resultó incómodo.

—¿Con nadie? —preguntó Jessie incrédula—. ¿Ni siquiera para hablar?

—Bueno, hay un tío con el que he estado tonteando —dijo Kayden—, pero es sólo por sexo.

—¿Está bueno? —dijo Jessie.

Kayden asintió de forma exagerada.

—Es el tío más sexy con el que he estado jamás.

—Joder —dije—. Quizás deberías ir en serio con él.

—Ya veremos —dijo sin querer asegurar nada—. No es de los que se comprometen.

—Igual que todos los demás hasta que conocen a la chica adecuada —replicó Jessie—. Yo llevo una buena temporada soltera. No he encontrado a nadie que me interese.

A veces se me olvidaba que había intentado ligar con Ryker. Parecía que hacía una eternidad de aquello.

—Zeke está saliendo ahora con una mujer. Parece que han hecho buenas migas.

—Me alegro por él —dijo Jessie—. Es un buen partido. Si no lo viera como a un hermano, le tiraría los tejos.

—Yo también —dijo Kayden—. Es tan dulce e inteligente...

—Sí, es prácticamente perfecto —dije—. Espero que ella también lo sea.

—Seguro que sí —dijo Jessie—. Zeke no es muy dado a relaciones, a menos que la mujer sea excepcional.

—No entiendo por qué mi hermano mete siempre la pata —dije—. Ya se le podría pegar algo de Zeke.

—Rex es perfecto tal cual —dijo Kayden—. Sólo estás amargada porque

te saca de quicio. Hizo muy buen trabajo cuidando de ti y está trabajando sin descanso en la bolera. No lo olvides.

Jessie la miró fijamente con los ojos abiertos como platos.

Yo estaba tan sorprendida como ella.

—Joder —dijo Jessie—, sí que has salido en su defensa...

—Era sólo un comentario... —Kayden ocultó su incomodidad dando un sorbo a su bebida— Sé que puede ser un incordio, pero no siempre mete la pata. Que Zeke sea médico no significa que sea mejor que Rex. Los dos son maravillosos.

Me pareció raro que defendiera a Rex con tanta vehemencia. Yo era su hermana y podía decir lo que quisiera sobre él. Todo el mundo sabía que lo quería a pesar de todo. Saltar tan rápido en su defensa cuando él ni siquiera estaba allí no era su estilo, pero no le di más vueltas.

—Pues no estoy muy segura de qué hacer con Ryker. Supongo que dejaré la situación en punto muerto.

—Sí, es mejor esperar a ver qué rumbo toma —dijo Jessie—. De todas formas, estáis en un momento genial, así que disfrútalo.

—Cuando esté listo para dar el siguiente paso, te lo dirá —dijo Kayden—. Te ha dado tanto ya que creo no equivocarme al decir que estará contigo mucho tiempo.

—Sí. —Sonreí al pensarlo—. Creo que tienes razón.

RYKER ME ARRASTRÓ A LA CAMA EN CUANTO SALÍ DEL ASCENSOR. YACÍA SOBRE mí con su cuerpo desnudo lleno de fuertes músculos y su miembro palpitante. Se le tensaron los bíceps al sostener su peso sin esfuerzo.

—Te echaba de menos.

Lo agarré por las muñecas, sintiendo el fuerte pulso que corría por las venas de sus antebrazos.

—Yo también te he echado de menos.

Llevaba un vestido, así que me metió la mano bajo la falda, deslizándose el tanga por las piernas hasta que quedaron colgando en torno a uno de mis tobillos. En lugar de quitármelo, lo dejó allí. Luego hizo presión con las caderas entre mis muslos y me penetró.

—Pero mi polla te ha echado aún más de menos. —Estaba tan húmeda que no le costó mucho abrirse camino, empapándose con mis flujos—. Se nota que el sentimiento es mutuo. —Se deslizó en mi interior, tenso y húmedo, y gruñó de placer.

Tenía las rodillas presionadas contra las costillas, encogida mientras me embestía desde arriba. Me empujaba contra el colchón cada vez que me penetraba. El cabecero golpeaba la pared y sólo podía yacer allí y disfrutar al verlo follándome con fuerza.

—Ryker... —Le acaricié el pecho y me aferré a sus hombros. Le clavé las

uñas en la piel porque sabía que le gustaba.

Acercó la boca a mi oído.

—¿Te gusta cuando te follo así?

Volví a clavarle las uñas a modo de respuesta.

Me embistió con más fuerza, alcanzando tal profundidad que prácticamente me golpeaba el cuello uterino. No solo tenía el miembro largo, sino también increíblemente grueso. Aunque llevábamos varios meses juntos, seguía notando aquella tensión excitante en mi interior. Nunca me había sentido tan completa con otro hombre.

—Por mucho que te embista, sigues teniendo el coño apretado. —Volvió a gemir a mi oído y continuó.

Surqué su espalda con las uñas hasta llegar a su trasero. Tenía las nalgas duras y musculosas, y me encantaba agarrarme a ellas para arrastrarlo más dentro de mí.

—Más fuerte. Me voy a correr.

—Sí, cariño. —Me embistió con todas sus fuerzas, haciéndome rebotar en el colchón con la intensidad de las sacudidas de su miembro, dándomelo todo.

Era justo lo que necesitaba y alcancé el clímax con un grito.

—Dios, sí... —Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, presa de las sensaciones que me embargaban. El sexo con Ryker era increíble y me había vuelto adicta a las noches que pasábamos juntos en su dormitorio. Me satisfacía como ningún otro hombre, pero, aun así, quería más.

—Esa es mi chica. —Gimió sobre mí, con el cuerpo cubierto de sudor.

—Quiero que me llenes. —Lo atraje hacia mí, haciendo que me penetrara aún más, deseando disfrutar de la expresión de su rostro al correrse en mi interior.

Se le oscurecieron los ojos de deseo y prolongó las embestidas, penetrándome de forma más intensa.

—Dámelo, Ryker.

—Joder, cariño. —Presionó su rostro contra el mío y me besó con fuerza

justo antes de correrse.

—Joder... —Me embistió en profundidad, rociándome de semen. Quería asegurarse de que no se saliera ni una gota de mi coño.

Lo atraje con más fuerza hacia mí, disfrutando al sentir su miembro perder rigidez en mi interior una vez satisfecho.

—Es denso... Puedo sentirlo.

Permaneció sobre mí, mirándome con ojos embriagados de sexo.

—Haces que me corra en abundancia. —Me besó en la comisura de los labios antes de salir de mi interior lentamente. Estaba tan lubricada que se formó una línea pegajosa al separarnos. Colocó la mano entre mis piernas y notó su corrida goteando. Dejó que se le pegara a los dedos antes de levantarse de la cama e ir al cuarto de baño a por pañuelos de papel.

Me quedé allí tumbada esperando su regreso, deseando otra ronda antes de la cena. Cuando estaba con Ryker, me daba igual comer o beber. Todo lo que me importaba era sentirlo en mi interior a cada minuto del día.

RYKER ESTABA TUMBADO JUNTO A MÍ EN LA CAMA Y EL RELOJ DE SU MESITA DE noche marcaba las doce. Solía estar dormido a esa hora, pues se levantaba al romper el alba, pero seguía completamente despierto. Se dio la vuelta en mi dirección, contemplándome fijamente con una mirada ilegible.

—¿Qué?

—¿No puedo mirarte?

—Sí. Pero tengo curiosidad por saber el motivo.

—Porque me gusta hacerlo. —Deslizó la mano por las sábanas hasta apoyarlas en la curva de mi cadera. Le había crecido el vello de la barba y lo tenía espeso y listo para afeitarse.

—Como eres mi novia, puedo hacer lo que quiera.

—Le estás cogiendo cariño a la palabra, ¿verdad?

—O tal vez me guste aprovechar las ventajas que conlleva esa etiqueta. Me permite conseguir más cosas.

—¿Cómo qué?

—Como mirarte fijamente, por ejemplo. Y provocarte.

—Es verdad. Te gusta provocarme.

Safari yacía a nuestros pies, así que Ryker tenía que doblar las rodillas para acercarse a mí.

—Es mi afición favorita.

Le acaricié el pecho, sintiendo el calor ardiente que irradiaba en todo momento. Era mi calefactor personal en la fría ciudad de Seattle. Teniéndolo a él, no me hacía falta calefacción central.

—¿Cómo está tu padre?

Entornó los ojos ante el repentino cambio de tema.

—¿Por qué?

—Nunca hablas de él. ¿Cómo le va? —Se había despedido de mí al jubilarse, pero no había tenido noticias tuyas desde entonces. Ni siquiera sabía con certeza si Ryker le había contado que estábamos saliendo.

—Está bien. — Fue una respuesta muy concisa y estaba claro que no iba a poder sacarle más.

—¿Qué ha...?

—No quiero hablar de él. Ni ahora ni nunca.

Me quedé helada ante la frialdad de sus palabras y no tenía idea del motivo. No hablaba mucho de su padre y, cuando lo hacía, no tenía mucho que decir. Pero no me había dado cuenta de que había desavenencias entre ellos. Ahora sentía aún más curiosidad, pero sabía que Ryker no quería hablar del tema.

—Hay algo que quiero saber y que tengo derecho a preguntar.

Me dirigió la misma mirada helada.

—¿Sabe que estamos saliendo?

Apretó la mandíbula como si no fuera a responder.

—No.

Si su padre no estaba al tanto, seguramente su madre tampoco. No sabía mucho de su familia porque nunca los mencionaba. Su padre era tan amable y generoso que era incapaz de imaginar el motivo por el que Ryker tenía problemas con él. Pero debía haber gato encerrado.

—AHÍ ESTÁN. —REX SE PUSO DE PIE Y LE HIZO SEÑAS A ZEKE Y A ROCHELLE.

Estábamos sentados junto a las pistas con los zapatos de bolos puestos, escuchando el sonido de las bolas al impactar al otro lado del local. Por los altavoces sonaba música de los sesenta y setenta.

Zeke y Rochelle se acercaron cogidos de la mano. Ella tenía el pelo rubio ceniza, más castaño que dorado, y llevaba vaqueros con una camisa holgada. Las únicas mujeres con las que había visto a Zeke eran supermodelos. Aunque Rochelle era guapa, no era exactamente lo que me esperaba. Pero, a juzgar por la amplia sonrisa en el rostro de Zeke y esa forma de mirarla como si fuera un diamante en bruto, debía ser exactamente lo que buscaba.

—Hola, chicos. —Zeke se detuvo al llegar donde estábamos—. Rochelle, ya conoces a Rex.

Rex le dio un abrazo.

—Me alegro de volver a verte. Zeke se pasa todo el día hablando de ti. —Levantó el pulgar—. Dice que el sexo contigo es genial.

Zeke lo fulminó con la mirada de inmediato.

En lugar de sentirse incómoda, Rochelle se rio.

—Me alegra saberlo.

Zeke se acercó a nosotras antes de que Rex pudiera decir algo más.

—Te presento a algunas de mis amigas. Esta es Jessie.

Jessie le estrechó la mano.

—Hola, qué tal. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo. —Rochelle era todo sonrisas y parecía una mujer con una actitud genial y ganas de vivir.

Yo era todo lo contrario. Mi personalidad era más bien sarcástica.

—Esta es Kayden. —Zeke continuó con las presentaciones.

Kayden le estrechó la mano.

—Bienvenida a la pandilla. Te pondremos de los nervios muy pronto.

Rochelle volvió a reírse.

—No pasa nada. Yo también soy un poco fastidiosa.

Zeke titubeó cuando me llegó el turno, y parecía un poco incómodo.

—Y esta es Rae.

Rochelle me miró de arriba abajo y fue la primera vez que no sonrió. De hecho, parecía decepcionada. Se recuperó enseguida y me dirigió una sonrisa, aunque no tan radiante como la que había mostrado hacía unos segundos.

—Encantada de conocerte. —Me estrechó la mano.

Tal vez había imaginado ese momento de vacilación por parte de ambos. No había hecho enfadar a Zeke últimamente y era imposible que hubiera hecho algo para molestar a Rochelle tan rápido. Debían ser imaginaciones mías.

—Lo mismo digo. Zeke habla mucho de ti. —Le dirigí una mirada asesina a Rex—. Y no sólo del sexo.

—Ah, genial —dijo Rochelle riendo—. Me alegro de que tenga más cosas que decir sobre mí.

Zeke la agarró por la cintura.

—¿Dónde está Ryker?

—Vendrá pronto. Ya lo conoces, le gusta hacer su entrada triunfal.

Zeke sonrió.

—Sí, pero nos van a salir equipos impares.

—Se me da fatal jugar a los bolos —dijo Jessie—, así que es como si yo no contara.

—Es verdad —dijo Kayden enseguida.

—¡Oye! —Jessie se sintió traicionada.

—¿Qué? —contestó Kayden, encogiéndose de hombros—. Lo es. Y a mí no se me da mucho mejor que a ti.

El resentimiento de Jessie se extinguió al ver que Kayden se metía en el mismo saco.

—Pues vaya.

—¿Ryker juega bien a los bolos? —preguntó Rex.

Me encogí de hombros.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Eh... ¿Porque te acuestas con él? —Rex alzó una ceja.

—Sí, como jugamos tanto a los bolos mientras practicamos sexo... —dije en tono sarcástico y engréido.

Rochelle se rio al instante al oír la broma.

Zeke la contempló con afecto.

Rex parecía estar a punto de matarme.

—¿Cuándo va a llegar?

—Cuando llegue —repliqué.

—Te voy a tirar una bola a la cabeza —amenazó.

—Como si pudieras cogerla, nenaza. —Me llevé las manos a las caderas y lo reté. Quedarme unos días con Ryker había contribuido a calmar mi ira, pero seguía enfadada con mi hermano.

Zeke se acercó a Rochelle.

—Son hermanos...

—Ah —dijo ella—. Pensé que tal vez fueran expareja.

—¿Qué asco! —gritó Rex con disgusto—. Ni de coña. Antes me acostaría con Zeke.

—Yo también. —No me di cuenta de lo que había dicho hasta que fue demasiado tarde. Pero cuando miré a Rochelle, no parecía molesta. De hecho, se estaba riendo al ver nuestra pelea.

Jessie miró la hora en el reloj.

—Espero que Ryker llegue pronto, de lo contrario la pelea durará un buen

rato.

—Ahí está. —Kayden señaló en dirección a la puerta.

Ryker entró con vaqueros y una camiseta gris con cuello en uve. Encima llevaba una chaqueta de cuero que no le había visto nunca. Miró hacia las pistas, buscándonos con su aspecto de modelo de catálogo. Se había afeitado por completo y su cabello oscuro estaba perfectamente peinado desde por la mañana antes de ir al trabajo. Todas las mujeres que había en el local se volvieron a mirarlo, prácticamente rompiéndose el cuello.

No tenéis nada que hacer, zorras. Es mío.

—Cari. —Le hice señas con la mano para que me viera. Nunca lo había llamado así antes, pero me salió tal cual. Quería llamar su atención, pero también que todas supieran que aquel tío tan bueno era mío.

Me vio y esbozó una sonrisa. Cogió los zapatos para jugar a los bolos del mostrador y se acercó a nosotros. Saludó a todos con un gesto de la cabeza y vino directamente hacia mí. Me agarró por la cintura y acercó su rostro al mío.

—¿Cari?

—¿Qué? Hay gente que llama así a su pareja.

—Tú nunca me llamas así. —Me dio un beso en los labios que fue más provocación que otra cosa—. ¿A qué ha venido eso? —Sonrió como si ya supiera la respuesta.

—Una panda de putillas te estaba mirando de arriba abajo y quería que supieran que no estás en el mercado.

—¿Putillas? —Arqueó las cejas—. No oía esa palabra desde el instituto.

—Pues es una buena palabra. No debería haber caído en desuso.

Frotó la nariz contra la mía.

—Me gusta cuando te pones celosa. Es sexy.

—¿Sí? —Pensaba que era más bien patético. Me había puesto celosa aquella vez en el bar y volvía a ocurrir sólo porque algunas mujeres lo miraban. Solía burlarme de la gente que actuaba así, pero ahora yo misma lo hacía de forma habitual.

—Oh, sí. —Bajó la mano hasta mi trasero y me apretó con fuerza las nalgas—. Te ruborizas y te comportas como una mandona. Me gusta cuando te sientes insegura porque no suele ocurrir. Es una nueva faceta tuya.

—Tú también te pones celoso.

—Lo sé. —Volvió a apretarme el trasero—. Pero yo tengo motivos para estarlo. —Me besó el cuello antes de dar media vuelta para saludar a mis amigos como era debido—. ¿Quién es? —Se acercó a Rochelle y le tendió la mano.

—Soy Rochelle. —Le sonrió más que a nadie.

—Mi novia —explicó Zeke.

Era la primera vez que Ryker sonreía de verdad ese día.

—Qué buena noticia. Me alegro por ti, hombre. —Le soltó la mano y se sentó en el banco para ponerse los zapatos—. ¿En qué equipo estoy? Me da igual mientras no sea en el de Rae.

—Eso duele —protesté—. ¿Qué te he hecho yo?

—Nada. —Se ató los cordones antes de incorporarse—. Sé que odias perder y quiero ponerte en tu sitio. Ya sabes, enseñarte quién manda aquí.

—Me está empezando a gustar esta relación... —Rex se acercó al monitor y empezó a escribir nuestros nombres.

Ryker me había saludado con mucho cariño, pero ahora se ponía en mi contra.

—Voy a darte una paliza. Y, cuando lo haga, no me abriré de piernas. Eso te pondrá en tu sitio.

Ryker rio como si la amenaza fuera totalmente ridícula.

—De acuerdo, cariño. Lo que tú digas.

—¿Qué? —Puse los brazos en jarras—. ¿No crees que pueda vencerte?

—No. No creo que puedas mantener las piernas cerradas.

—Oh... —Jessie se tapó la boca e intentó no reírse.

Kayden agitó la cabeza.

—Tocada y hundida.

Rex se tapó los oídos.

Zeke atrajo a Rochelle hacia sí.

—Te dije que mis amigos estaban chiflados.

—No pasa nada —dijo ella—, yo también lo estoy.

MI EQUIPO ESTABA FORMADO POR ZEKE, ROCHELLE, KAYDEN Y YO. KAYDEN ERA un lastre y no hacía más que lanzar bolas a la canaleta, pero a Zeke y a Rochelle se les daba bastante bien. Rochelle resultó ser increíblemente buena. Cuando le pregunté si jugaba habitualmente a los bolos, me dijo que formaba parte del equipo de una organización benéfica del hospital donde trabajaba.

Al final de la partida, ganamos por varias docenas de puntos.

Me acerqué a Ryker con desparpajo y le hice mi baile de la victoria. Sacudí las caderas y di vueltas, mostrando una actitud petulante.

—Chúpate esa, capullo engreído.

Me observó bailar ante él con una mirada oscura y cargada de intensidad.

—¿Capullo engreído?

—Sí. Al parecer has perdido ante un puñado de chicas.

—Ejem. —Zeke me fulminó con la mirada, molesto.

—Y ante Zeke —rectifiqué—. Lo siento.

Ryker chasqueó los dedos.

—Sigue bailando. Me pone mucho.

Le di una guantada en el brazo.

—Hablo en serio. Te he dado una paliza. ¿Qué te parece?

Se encogió de hombros.

—¿Quieres que te haga una reverencia?

—Quiero una disculpa.

—¿Por...?

—Por decir que no querías estar en mi equipo.

—No voy a disculparme por eso. Sigo sin querer formar parte de tu equipo.

—¿Crees que quiero usar el sexo como arma?

Esbozó una sonrisa.

—Cuando volvamos a mi casa, me montarás en menos de diez minutos.

—Vale... Me voy al bar. —Rex se alejó, subiendo las escaleras prácticamente a la carrera.

—Yo también. —Kayden lo siguió, dejando a Jessie con Zeke y Rochelle.

—¿Siempre se pelean así? —preguntó Rochelle.

—No sabría decirte —dijo Zeke—, pero Ryker la provoca todo el tiempo. Me crucé de brazos.

—La arrogancia no es sexy.

—La arrogancia no tiene nada que ver con esto. Conozco bien a mi chica —sonrió Ryker— Y sé lo que le gusta.

Me obligué a no derretirme al oír que se refería a mí de forma tan posesiva. Mantuve la compostura y no di marcha atrás.

—Pues esta noche me voy a mi casa, así que buena suerte. —Fui en busca de Rex y Kayden. No me vendría mal tomar algo apetitoso.

Ryker volvió a hablar cuando creyó que yo estaba demasiado lejos para oír sus palabras.

—La tendré a cuatro patas antes de que amanezca.

CENAMOS EN LA PIZZERÍA. RYKER SE SENTÓ FRENTE A MÍ Y COMIÓ LAS porciones despacio, sin apartar su intensa mirada de mí ni un momento.

Lo ignoré y hablé con mis amigos.

—Rochelle, ¿tú también eres médico?

—Sí —respondió—, pediatra. Trabajo con niños. —Se había bebido dos cervezas e iba por la tercera, siguiéndole el ritmo a los chicos.

—Entonces debéis tener mucho de lo que hablar —dije—. Es genial.

—Bueno, nuestras especialidades son bastante diferentes —dijo Zeke—.

Sería como comparar churras con merinas.

—¿Porque no eres médico de verdad? —bromeé.

Zeke puso los ojos en blanco.

—Se creen que me dedico a reventar espinillas todo el día.

Rochelle sonrió.

—¿Y no es eso lo que haces?

—Oh. —Rex aplaudió—. Me gusta, Zeke. Te pone a parir como el resto de nosotros.

Zeke la miró con una mezcla de reproche y diversión.

—Sí, pero me compensa por ello cuando estamos a solas.

—Con mucho gusto —dijo Rochelle.

Tomé otra porción de pizza y seguí comiendo, ignorando la mirada constante de Ryker.

—Estás tan sexy cuando comes, cariño.

No alcé la vista.

—Estoy al otro lado de la mesa —intervino Rex—, pero puedo oírte, ¿sabes?

—Pues ponte tapones —dijo Ryker.

Rex tomó un trozo de pan de ajo y se lo arrojó, pero falló el tiro por casi medio metro.

—Lanza como una niña... —Murmuré por lo bajo.

Rex arrojó otro trozo de pan de ajo y me dio en plena cara.

—Mira quién es una niña ahora.

Lo cogí de la mesa y me lo comí.

—Delicioso.

—Dios, eres asquerosa —dijo Rex.

Ryker me miró con la misma expresión.

—Siempre me ha gustado que mis mujeres sean sucias.

Rex hizo una mueca y se volvió hacia Kayden.

—Háblame de algo. Lo que sea.

Le habló de cómo le había ido el día en la biblioteca y de la reorganización de las estanterías. Rochelle hacía planes con Zeke para ir de senderismo al día siguiente, y Jessie se metió en la conversación y dijo que no tenía zapatillas para correr.

Mantuve los ojos fijos en la comida, ignorando a Ryker.

—Deja de prestarme atención si quieres, cariño —dijo—, pero cuando lleguemos a casa, caerás.

—Eso es lo que tú te crees...

Ryker dejó de comer y decidió emplear su tiempo en observarme sin quitarme la vista de encima. Estaba sentado con los codos apoyados en la mesa, como si viera una película. Apenas parpadeaba de lo absorto que estaba.

Sus tácticas comenzaban a dar fruto, pero me negaba a ceder. Tomé otra porción de pizza a propósito para evitarlo.

—¿Ryker? —Una hermosa mujer se acercó a la mesa. Llevaba pantalones pitillo y una camiseta ceñida sin mangas, un atuendo más adecuado para ir de discoteca que a jugar a los bolos. Parecía recién salida de la peluquería. A juzgar por la forma en que lo miraba, había estado en su cama mucho antes que yo.

Me negaba a ponerme celosa.

No iba a suceder.

No me importaba.

—¿Qué tal? —Le puso la mano en el hombro enseguida, como si tuviera todo el derecho del mundo a tocarlo.

Olvídalo. Estaba celosa. Muy celosa.

—Bien. ¿Qué te trae por aquí? —Ryker giró el hombro con un gesto natural para que dejara de tocarlo.

Muy bien.

—He salido con unas amigas. ¿Te vienes?

Era evidente que creía que estaba con un grupo de amigos. Con el cabello recogido en un moño y comiendo pizza como una desesperada, era obvio que no parecía el tipo de chica que le gustaba a Ryker. No podía culparla por pensarlo. Además, no le estaba demostrando el más mínimo afecto.

—Gracias por la oferta —dijo—, pero estoy con mi novia y sus amigos.

Me llenó de emoción comprobar que se refería a mí en esos términos. Nunca se lo había oído decir fuera de nuestro grupo, y me gustaba escucharlo.

—Ah... —La chica no parecía capaz de recuperarse del shock. Me observó y, a juzgar por su expresión de sorpresa, no tenía claro si yo era la novia a la que se refería al ver mi aspecto desaliñado.

—Vaya, lo siento. Que pases buena noche.

—Sí —dijo él—, lo mismo digo. —Ryker se despidió de ella haciendo un gesto con la mano mientras se alejaba.

Ahora me resultaba difícil guardarle rencor. Había hecho exactamente lo que le había pedido y ni siquiera había dejado que lo tocara.

Me contempló con la misma mirada de antes. Sólo tenía ojos para mí.

El resentimiento que me había embargado se esfumó y ya no me importaba la partida de bolos que acabábamos de jugar. Me daba igual que me hubiera provocado delante de nuestros amigos y que dijera que no era capaz de mantener las piernas cerradas con él.

Porque era verdad.

Sabía que me tenía comiendo de la palma de su mano y había una pizca de arrogancia en su mirada.

—¿Quieres que nos vayamos?

REX

JESSIE REGRESÓ A SU CASA, PERO LOS DEMÁS VOLVIMOS AL APARTAMENTO. ME alegré de que Rae se hubiera ido con Ryker. Se quedaría en su casa hasta la mañana siguiente. No tendría que presenciar cómo le metía la lengua hasta la garganta a mi hermana.

—Bonita casa —dijo Rochelle al entrar.

—Gracias. —Tomé varias cervezas y las repartí. Al darle una a Kayden, hice lo posible por no tocarla. Si lo hacía, sabía que mi polla cobraría vida. Llevaba unos pantalones pitillo que acentuaban sus curvas perfectas, y la camiseta se ajustaba a sus espléndidos pechos. Aún no la había visto desnuda, pero en mi imaginación pintaba muy bien.

—No es su casa —explicó Zeke—. Es de Rae.

—¿Vives con ella? —preguntó Rochelle.

Se habían burlado tantas veces de mí por ello que ya no me daba vergüenza.

—Sí. Intento ahorrar dinero.

—Ah, genial. —Rochelle aceptó mi explicación sin juzgarme y entró en la sala de estar.

Cuando estuvo lo bastante lejos, me volví hacia Zeke.

—Es maravillosa, tío.

—Lo sé. —Sonrió para sí antes de abrir el botellín de cerveza—. Lo es de

verdad.

—Entonces... ¿te has quitado a Rae de la cabeza? —Llevaban saliendo sólo dos semanas, pero su relación avanzaba con mucha rapidez. Había presentado a Rochelle como su novia y pasaba casi todo el tiempo libre con ella. Me venía bien porque yo veía muy a menudo a Kayden. Si Zeke no tuviera pareja, tendría que inventarme excusas para no quedar con él.

—No he pensado en ella. —Zeke parecía estar hablando consigo mismo más que conmigo—. Así que creo que sí.

—Es fantástico.

—Sí. De todas formas, nunca habría llegado a nada con ella. Si le hubiera dicho lo que sentía, me habría rechazado y nuestra amistad se habría resentido. Ha sido mucho mejor así. Rochelle es genial, sexy, divertida e inteligente.

Jamás olvidaría lo que Zeke me había dicho de Rae: que podía verse sentando la cabeza y casándose con ella. Si terminaba con alguien, sería con ella. No era algo para decir a la ligera si se trataba de un simple enamoramiento pasajero. Ahora le restaba importancia, y era mejor así. Rochelle le iba mucho más y lo trataría bien. Rae se equivocaba con sus prioridades. Prefería perseguir a un chico malo y sin corazón hasta que la dejara.

Admitía que Ryker estaba aguantando con ella mucho más de lo que había esperado, y parecían tener una relación estrecha. Pero mi predicción no había cambiado. En unos meses se cansaría de ella y se iría con otra. Rae vendría a casa llorando y esperaría que la ayudara a recuperarse.

Entonces le diría que ya la había avisado.

—Es perfecta, tío. Espero que funcione.

—Yo también. Esa casa es demasiado grande para una sola persona.

—Bueno, yo podría ayudarte en ese aspecto.

Se rio.

—Ni hablar. Rochelle se pasea desnuda todo el rato. No voy a perdérmelo.

—Yo también puedo andar desnudo si quieres.

Me miró con incredulidad y se alejó.

—¿Te criaste en Seattle? —preguntó Kayden en la sala de estar. Estaba sentada en un sofá y Rochelle en el otro.

—Nací y me crie aquí —respondió Rochelle—, pero me mudé a California para estudiar medicina y hacer la residencia.

Zeke se sentó a su lado y le echó el brazo por el hombro.

Miré hacia el otro sofá donde estaba sentada Kayden, pero no sabía qué hacer. Si me sentaba junto a ella, parecería una cita o algo similar. Pero si me sentaba al lado de Zeke y Rochelle, estaríamos demasiado apretados.

Kayden me observó, aguardando a que hiciera algo.

Zeke me vio allí de pie.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí rápidamente—. ¿Por qué?

—Se te ve raro ahí de pie —dijo—. ¿Por qué no te sientas?

Miré el sitio que había al lado de Kayden, pero me senté en el otro extremo del sofá, casi al borde.

—¿Tan mal huele Kayden? —preguntó Zeke riendo.

—No. —Me apoyé en el reposabrazos e intenté aparentar un aire despreocupado—. Es el mejor ángulo para ver la televisión.

Zeke dejó de interrogarme al ver que la conversación no iba a ninguna parte.

Kayden me observaba desde su asiento en el sofá. Tenía un aspecto muy follable con los vaqueros y la camiseta. Estaba fantástica incluso sin minifalda y tacones. La conocía desde hacía más de diez años y jamás la había visto con esos ojos, pero ahora no podía dejar de pensar en ella. Me había chupado la polla como una profesional y quería que volviera a hacerlo.

—¿Queréis que juguemos a algún juego? —preguntó Zeke— ¿Qué os parece Cranium?

—No —dije enseguida—. Sois demasiado listos para nosotros. ¿Y si

jugamos al póker?

—Es un juego de tíos —replicó Zeke—. ¿Al Monopoly?

Era largo y aburrido, pero daba igual. Quizás me distrajera lo bastante como para dejar de imaginarme a Kayden montándome como una condenada vaquera.

ZEKE Y ROCHELLE SE MARCHARON DESPUÉS DE MEDIANOCHE, Y KAYDEN SE quedó.

Esperaba que lo hiciera, pero también quería que se marchara. Rae podría llegar a casa en cualquier momento y me costaría mucho explicarle qué hacíamos Kayden y yo solos en el apartamento desnudos.

—¿Te vas a ir tú también? —Me quedé junto a la puerta para dejarla salir.

Se sujetó el espeso cabello rubio tras la oreja y sus ojos brillaron como estrellas.

—Esperaba poder quedarme, si no te importa. Hace mucho que no me das una lección nueva.

Ya tenía la polla dura.

—Rae podría llegar a casa en cualquier momento...

—No lo hará, créeme. ¿No los viste durante la cena?

Intenté bloquear el recuerdo.

Se acercó a mí sin despegar la vista de mis labios. Se paseó de forma sexy, como si se tratara de una fantasía con la que me masturbaba las noches en las que me daba pereza traer a una chica a casa. Al presionar su pecho contra el mío, no me tocó con las manos. Me observó de aquella forma innata suya tan hermosa, prácticamente suplicándome que la besara.

Tenía superpoderes.

Rompí la tensión y la agarré por las caderas. Busqué su boca y la besé con pasión, dándole la vuelta y empujándola contra la encimera. En cuanto

nuestras bocas se encontraron, caí en el abismo del deseo carnal. Había besado a muchas mujeres, pero ninguna tenía su poder. Me hacía arder desde dentro, logrando que mi miembro se endureciera como el acero y robándome el aliento en un solo instante.

Le apreté las caderas, presionando la polla contra su cuerpo, fuera de control a causa del deseo. Le chupé el labio inferior antes de meterle la lengua y sentir la danza desesperada de la suya con la mía.

Tenía la cabeza en las nubes, y no habría parado aunque Rae hubiera entrado en ese momento. Le besé la mandíbula y luego el cuello antes de ascender hasta la oreja. Le mordisqueé el lóbulo y pasé la lengua por la parte superior.

—¿Qué quieres aprender?

Me agarró con fuerza los brazos.

—Lo que quieras enseñarme.

Quería mostrarle algo en particular. La levanté en brazos sujetándola por el trasero y la atraje a mi pecho. Sellé sus labios con los míos y la llevé a mi habitación. Safari estaba tumbado en el pasillo y nos ignoró al pasar.

Al llegar a mi cuarto, cerré la puerta de un puntapié y la deposité en la cama.

—Si estás con un buen tío, se tomará en serio los preliminares, como debe ser. —La besé mientras le desabrochaba los vaqueros y se los bajaba por los muslos. Me ayudó a quitárselos y se quedó en tanga.

Se quitó ella misma la parte de arriba y yo me acerqué para desabrocharle el sujetador. Como agua que fluye, colaboramos para conseguir nuestro objetivo. En absoluto parecía incómoda o inexperta. De hecho, era una de las mejores amantes que había tenido.

Cuando le quité el sujetador, sus tetas quedaron a la vista. Deseaba contemplar esos pechos firmes, pero quería seguir besándola. Le bajé las bragas por las piernas, excitado al pensar que quedaría completamente desnuda ante mí.

Rompí el beso y la miré al fin, sabiendo que había cruzado una línea sin retorno. Podríamos volver a ser amigos cuando todo acabara, pero nunca volvería a verla igual que antes. Me la imaginaba desnuda cada vez que la viera.

—Mierda, eres perfecta. —Tenía una cintura estrecha, buenas caderas y un busto generoso que me encantaría follar. La agarré por la esbelta cintura con más fuerza de la que pretendía. Tenía tantas ganas de tocarla que era incapaz de pensar. Me detuve un instante para decidir qué hacer. Sentía tantas cosas a la vez que perdía el control.

Me agarró la camisa por el dobladillo y me la sacó por la cabeza, devolviéndome a la realidad. Me la quitó para poder contemplar mi torso desnudo. La arrojó al suelo y me recorrió el cuerpo con las manos.

—Tú sí que eres perfecto, Rex. —Me miró con aquellos ojos grandes y preciosos y me hundió las uñas en la piel. Parecía desearme más que yo a ella, cosa que me parecía imposible.

Entonces me quitó los pantalones y los calzoncillos. Cuando me quedé desnudo, me puse encima de ella y le presioné la polla contra el estómago, incapaz de creer que aquella hermosa mujer me deseara y confiara en mí.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —Era una estupidez de pregunta. Estaba tan excitado que no habría sido capaz de parar aunque me lo hubiera pedido. Pero las palabras brotaron de mi boca y recé para que no cambiara de opinión.

—Sí. —Me besó el cuello y me acarició el cabello con la misma intensidad sexual que yo.

—Nuestra amistad nunca volverá a ser igual.

Me volvió a besar con más fuerza.

—De todas formas, nunca tuvimos una relación muy estrecha.

No había más que hablar. Había actuado como un caballero, así que quedaba libre de toda culpa. La agarré de las caderas y tiré de ella hasta el borde de la cama. Su precioso trasero quedó colgando, con las piernas

separadas. Me arrodillé sobre la alfombra y situé la cara entre sus muslos. En cuanto le rocé el coño con la boca, se retorció.

—Oh, Dios... —Se aferró a las sábanas y arqueó la espalda.

Le rodeé el clítoris con la lengua, ejerciendo la presión perfecta hasta lograr que emitiera un gemido desde lo más profundo de su garganta. Moví la lengua de un lado a otro, absorbiendo el dulce sabor de su coño mojado. Ya estaba húmeda y ni siquiera habíamos empezado. Lo hacía genial y no le había dado una sola clase. ¿Para qué me necesitaba?

Seguí comiéndoselo, haciendo que se le empapara el coño y se preparara para mi polla palpitante. Tenía muchas ganas de penetrarla, pero me contuve. Lo peor que podría pasar esa noche era correrme justo al empezar. Nunca tenía problemas para detener la eyaculación, pero sospechaba que las cosas no iban a ser tan fáciles con ella.

La llevé al borde del éxtasis, y justo antes de que se corriera, aparté la cara.

Se incorporó de inmediato con los ojos entrecerrados de lujuria.

—¿Qué clase de lección es esa?

—No es una lección. Sólo quería asegurarme de que sabes exactamente cómo debería comerte el coño un hombre— La agarré por la cintura y la tendí en la cama, situándome encima. Rebusqué en la mesita de noche hasta que encontré un condón.

—Tomo la píldora.

Sostuve el condón con una mano y la miré a los ojos. ¿Me estaba invitando a hacerlo a pelo? Sólo nos acostábamos, así que era un ofrecimiento bastante íntimo.

—¿Estás limpio? —Me miró con ojos esperanzados.

—Sí. —De hecho, me había hecho las pruebas la semana anterior.

—Entonces sin condón.

¿En serio? ¿Kayden iba a dejar que la follara piel con piel? Ninguna mujer me lo había ofrecido antes.

—¿Estás segura? Puedo ir a por los papeles.

—Confío en ti. —Me sostuvo el rostro entre las manos y me besó—. Sé que jamás me harías daño.

Aquella confesión hizo arder tanto mi corazón como mi miembro, y me sentí listo para follarla. Deslicé la polla entre los pliegues húmedos de su coño, preparándome para penetrarla.

Arrastró las uñas por mi espalda.

—¿Tienes algo que enseñarme?

Vi cómo se le agitaban las tetas al movernos al unísono.

—No. Eres perfecta.

Me agarró la polla por la base y la acercó a su abertura. Se aferró a uno de mis hombros y se empaló con fuerza. Un gemido escapó de sus labios al sentirse llena.

Joder, estaba prieta.

Tan húmeda.

Lubricada.

Cálida.

Estaba en la gloria.

—Joder... —Cerré los ojos para disfrutar de la sensación. Ahora entendía por qué los hombres no querían usar condón casi nunca. No había nada comparable a sentir su carne húmeda frotándose directamente contra la mía. Era indescriptible.

—Dios, me das tanto placer...

Ni siquiera me hizo falta decirle que lo dijera. Tenía un don natural.

Instintivamente la agarré por la nuca y la sostuve mientras la follaba con fuerza e intensidad, moviendo las caderas a la velocidad de la luz y deslizando la polla con facilidad gracias a su abundante flujo.

Me clavó las uñas con más fuerza.

—Sí, joder.

Tenía la espalda y el torso cubiertos de sudor, pero no me detuve. La

embestí como si fuera lo último que haría. Hacía mucho que no echaba un polvo como ese, puede que fuera la primera vez. Quería seguir para siempre, pero deseaba correrme incluso más.

Vi cómo se le movían las tetas al embestirla, y sus pezones duros me pedían a gritos que los chupara. Tenía el pecho y las mejillas teñidos de rosa y los ojos le brillaban como siempre. Sus cabellos se extendían sobre el edredón y parecía salida de una fantasía.

Apreté las caderas contra su cuerpo, presionándole el clítoris para que se corriera antes de que eyaculara por accidente. Nunca había tenido problemas de resistencia, pero jamás la había tenido tan dura como ahora. El hecho de que fuera mi amiga era un tabú que me excitaba aún más.

Por suerte, llegó.

—Ya viene... —Me agarró por las nalgas, haciendo que la penetrara aún más. Abrió la boca y dejó escapar un grito sensual. Apretó el coño en torno a mi miembro hasta constreñirlo con una fuerza formidable. Sacudió la pelvis, presa de un orgasmo que la arrolló como un tren—. Sí... Me encanta, joder. —Cerró los ojos, sumida en el placer y disfrutando cada segundo de éxtasis.

¿Cómo no me iba a correr después de aquello?

Sentí humedad en torno a la polla, un fluido denso y pegajoso producido por su cuerpo sólo para mí. Su interior era suave y húmedo, y también viscoso.

Quería seguir, pero sabía que no era posible.

—Me toca. —Me agarró del hombro y me hizo rodar hasta quedar boca arriba.

Era demasiado bueno para ser verdad.

Me tumbé y vi cómo se sentaba a horcajadas sobre mí. En lugar de apoyar las rodillas sobre la cama, se puso en cuclillas y se agarró a mi estómago para mantener el equilibrio. Como una atleta, comenzó a botar sobre mi polla, golpeando su trasero contra mis muslos cada vez que descendía.

¿Estaba sucediendo de verdad?

Me follaba como una profesional, rebotando y empalándose en mi enorme

polla una y otra vez. Nuestros fluidos lubricaban la zona y le abría los labios vaginales con mi grueso miembro cada vez que la embestía.

Me agarré el cráneo porque no podía creer el placer que sentía.

—Joder. Joder. Joder.

Me montó con fuerza, empalándose en mi miembro hasta la base. Me follaba la polla como si le gustara más que cualquier otra cosa en el mundo. Me clavó las uñas y gimió, cubierta en sudor y sacudiendo las tetas.

—Quiero hacer que tengas otro orgasmo... pero... Tengo muchas ganas de correrme.

—Yo también quiero que te corras. —Bajó el ritmo y estiró la mano por detrás de su trasero hasta encontrar mis testículos. Los masajé con cuidado mientras seguía montándome. La sensación era magnífica e increíble.

No hacía falta que le enseñara una mierda.

—Nena, vas a hacer que me corra.

—Es lo que quiero. —Cubrió mi miembro en toda su longitud e hizo movimientos circulares con las caderas mientras seguía acariciándome los testículos.

Era pura gloria. La agarré de las caderas y la embestí desde abajo hasta que sentí que me iba a estallar la cabeza y la llené de semen. Gemí más fuerte que nunca, inundándole el coño. Nunca lo había hecho a pelo y no tenía comparación.

—Dios mío, joder.

Se inclinó sobre mí con el cabello sobre un hombro y me miró con expresión de verdadera satisfacción. Entonces me besó con suavidad los labios, como si no acabara de follarme como una bestia.

Se acurrucó a mi lado, con mi semen aún en su interior. Cerró los ojos y se quedó dormida prácticamente al instante.

Hice lo mismo.

CUANDO ME DESPERTÉ, ERA NOCHE CERRADA. ME FROTÉ LOS OJOS somnolientos y miré el reloj en la mesita de noche.

La doce y cuarto.

Nos habíamos quedado dormidos más tiempo del que pretendíamos. Me volví para contemplarla y me sorprendió lo guapa que estaba dormida. Se le había corrido el maquillaje, pero eso le daba un aspecto aún más sexy, como si se lo hubiera pasado genial gracias a mí. Seguía desnuda, con los pezones endurecidos a causa del frío.

Agarré la manta y la eché sobre nuestros cuerpos, cubriendo nuestra desnudez.

Se movió un poco. Estiró el cuerpo, enderezando las piernas y respirando profundamente. Cuando abrió los ojos, estaban llenos de satisfacción y sopor. Me acarició el estómago, clavándome un poco las uñas con afecto.

—Estoy agotada.

—Yo también. —Volvería a dormirme si no fuera porque tenía mucha hambre—. Bueno... ¿tienes algo que decirme?

—¿A qué te refieres?

—Toda esa mierda que dijiste de la inexperiencia era mentira.

Se enderezó con rapidez al oír el comentario.

—No... Es sólo que me siento cómoda contigo.

—No me lo creo. Trepaste encima de mí y me follaste como una estrella del porno.

Frunció el ceño y puso mala cara.

—¿Eso es un insulto o un cumplido? Porque la verdad es que no lo tengo claro.

—Un cumplido. Siempre. —Me apoyé en un codo y la contemplé—. Me da la sensación de estar aprovechándome de ti porque no necesitas ningún tipo de guía. La verdad es que tú deberías ser la que me diera clases a mí. Ninguna chica me había follado tan bien.

Al instante se formó una sonrisa en sus labios.

—¿En serio?

—Sí.

Sus ojos se iluminaron como un árbol de Navidad.

—Pues... gracias.

—Tal vez deberíamos dejar de hacerlo. Es genial y todo eso, pero la situación podría enrarecerse.

—¿Enrarecerse por qué?

—Porque somos amigos.

Su expresión de felicidad se desvaneció.

—El sexo contigo me parece increíble. Deberías asumir el mérito.

Resoplé con sarcasmo.

—Es todo gracias a ti, cariño.

Me acarició el pecho y me miró con sus preciosos ojos.

—No quiero dejar de hacerlo...

Se me volvió a endurecer la polla. Prácticamente me estaba suplicando y sonaba bien, sin duda.

—Yo tampoco. —Nunca había disfrutado tanto acostándome con una mujer, y no quería que terminara. Podría hacerlo cada mañana y cada noche de mi vida.

—Entonces sigamos.

—Nena, no tengo nada que enseñarte. Puedes salir y tirarte al tío que quieras.

—Pero te quiero a ti. —Me agarró del hombro y acercó el rostro al mío. Me miró fijamente a los labios como si fuera a besarme. Su largo cabello rubio le caía sobre uno de los hombros, suave al contacto con mi brazo.

Quería volver a meterle la polla.

—Entonces, ¿qué es esto?

Se encogió de hombros.

—Quedamos para tener sexo.

—¿Quieres que seamos follamigos? —No pensaba que Kayden estuviera

interesada en algo así. Era callada e introvertida. Había asumido que buscaba a un príncipe azul para vivir con él felices por siempre.

—Sí. ¿Por qué no?

—¿No arruinará nuestra amistad?

—No si nos comportamos como adultos.

—Entonces... ¿nos acostamos y lo mantenemos en secreto?

—Sí.

—Y cuando uno de los dos se aburra, ¿lo dejamos?

Vi algo parecido a una reacción en sus ojos, pero la ocultó casi al instante.

—Sí.

Mi cerebro me advirtió de que no era buena idea, pero mi polla no quería que aquella situación terminara. No quería enrollarme con una mujer cualquiera en un bar cuando podía tener sexo increíble cuando quisiera. Sólo tenía que pedirlo.

—Mientras podamos volver a ser amigos después, estoy de acuerdo. Siempre que lo mantengamos en secreto.

—Me parece bien.

Habíamos tomado la decisión y ahora era el momento de aprovechar.

—Quiero volver a follarte, pero me muero de hambre.

—Yo también.

—Iré a la cocina a por algo de comer. Ahora vuelvo.

Me dio un beso en el hombro mientras me levantaba, y aquel pequeño gesto de afecto tan sensual me hizo estremecer.

Vacilé un momento antes de ponerme los pantalones de chándal y salí al pasillo.

Entonces me encontré cara a cara con Rae.

—¿Con quién hablas?

Me llevé un susto tremendo y quedé paralizado. Safari estaba a sus pies y parecía cansada, como si debiera estar ya metida en la cama en lugar de conmigo en el pasillo.

—¿Contigo? —Me latía tan fuerte el corazón que me dolía.

—Hace un segundo.

Si Rae se enteraba de que me estaba acostando con Kayden, todo el asunto resultaría muy incómodo y la relación entre ellas ya no sería igual.

—¿No se supone que deberías estar en casa de Ryker?

—Esta es mi casa, estúpido. Puedo entrar y salir cuando me plazca.

—Pues esa es mi habitación y lo que haga dentro no es asunto tuyo.

—Lo es si la que te paga el alquiler soy yo —replicó—. Me da igual que traigas chicas a casa, pero avísame para estar preparada.

No se me ocurría nada elocuente que decir y me crucé de brazos.

—¿Te has traído a alguna mujer?

Pasé de largo y me dirigí a la cocina.

—Me muero de hambre.

—¿No vas a prepararle nada?

Me di la vuelta.

—¿Te ha echado Ryker porque eres un incordio?

Entornó los ojos.

—Me ha echado porque no puede creer que sea familia de un imbécil como tú. —Por fin se dirigió a su habitación con Safari trotando tras ella y cerró la puerta.

Cuando la perdí de vista, respiré aliviado. Ya ni siquiera tenía hambre, pero me preparé un sándwich por si Rae volvía a salir. Fue la única vez que tuve cuidado de no ensuciar para que no me prestara más atención. Lo llevé a la habitación y cerré la puerta con pestillo.

Kayden ya estaba vestida, así que debía haber escuchado la conversación.

—Mierda.

—Pensé que se quedaría en casa de Ryker esta noche. No sé qué demonios ha pasado.

—Maldita sea. —Se cruzó de brazos—. ¿Y ahora qué?

—Podrías quedarte a dormir aquí y marcharte cuando ella se vaya a

trabajar.

—Mañana tengo que abrir la biblioteca.

¿En serio había alguien esperando a la hora de apertura?

—¿No puedes llegar algo más tarde?

—No.

—¿Quién lee a las ocho de la mañana?

Me dirigió una mirada de enfado extrañamente similar a la de Rae.

—Mucha gente. No hables como si mi trabajo no fuera tan importante como el tuyo.

—Nunca he dicho eso. Sólo pienso que puedes llegar tarde por una vez.

—No si quiero mantener mi trabajo.

Traté de buscar una solución.

—Saldré a hurtadillas cuando se duerma.

—Supongo que es una opción. —Pero no podría volver a acostarme con ella. Tendría que esperar al día siguiente.

Tomó la mitad de mi sándwich y se sentó en la cama. Comió en silencio dando pequeños bocados. No lo llenó todo de migas como hacía siempre yo. Al igual que Rae, comía con una elegancia que rayaba lo pretencioso. Me senté a su lado y me comí la otra mitad.

—Espero que todo les vaya bien.

—Seguro que sí. Aunque forman una pareja absurda, logran que su relación funcione.

—En los últimos meses me he acostumbrado a Ryker. —Terminó el sándwich y se limpió las manos en los vaqueros—. Antes era muy distante, pero parece que ahora se preocupa por ella.

—Sí... —Seguía presagiando el horrible final. Era sólo cuestión de tiempo que Ryker hiciera lo de siempre y la abandonara. Afirmaba que con Rae todo era diferente, pero no me lo tragaba. Su relación tenía fecha de caducidad y deseaba que Rae lo recordara.

—¿ESTÁS SEGURO DE QUE SE HA DORMIDO?

Abrí la puerta y eché un vistazo al pasillo en dirección a la habitación de Rae. Se veía oscuro por debajo de la puerta, así que lo más probable era que estuviera durmiendo. No se oían las patas de Safari contra el suelo de madera y creí escuchar sus leves ronquidos.

—Sí. Seguramente lleva varias horas dormida.

—Vale. Guardemos silencio.

Cruzamos la puerta y avanzamos de puntillas por el pasillo, haciendo todo lo posible por no hacer ruido. Las tablas de madera del suelo crujieron bajo mis pies y oí el tintineo del collar de Safari al mover la cabeza.

Maldito perro.

Seguimos caminando y acabábamos de llegar a la cocina cuando oí abrirse la puerta del cuarto de Rae.

Hostia puta.

Empujé a Kayden a la sala de estar y me puse al final del pasillo, bloqueando la sala con mi cuerpo para que Rae no se asomara y viera a Kayden allí de pie.

Rae salió con el cabello recogido en un moño despeinado. Llevaba un pantalón de pijama de cuadros y una camisa que le quedaba varias tallas grande. Somnolienta, se pasó la mano por el rostro y fue en busca del baño.

Entonces me vio. Entrecerró los ojos al divisarme.

—¿Qué demonios haces?

—¿Yo? ¿Qué demonios haces tú?

—Tengo que mear.

—Pues mea.

Siguió mirándome con los ojos entornados.

—¿Por qué sigues ahí de pie?

—Porque sí...

—¿Porque sí? Vete a la cama, anda.

—Yo... —Traté de pensar una excusa para que no se acercara a husmear. Rae no era muy lista, pero sí bastante observadora. Descubriría que intentaba ocultar algo e indagaría como de costumbre.

—Estoy viendo porno en la sala de estar. No quería que vieras nada.

Hizo una mueca de puro disgusto.

—Dios mío, Rex. Eres asqueroso. ¿No habías traído a casa a una mujer?

—Sí, pero no era muy buena en la cama.

—Cerdo. —Se dirigió por fin al cuarto de baño. Cerró de un portazo y se oyó el sonido de la tapa del váter al levantarse.

—Rápido. —Le hice señas a Kayden para que viniera conmigo a la puerta principal. Descorrí el cerrojo y la abrí—. ¿Podrás llegar sola a casa?

—No me pasará nada. —Salió disparada.

—Espera. —Fui tras ella y le di un beso rápido en los labios—. Mándame un mensaje cuando llegues a casa.

Pese a las prisas del momento, sonrió.

—De acuerdo.

Al mirarla, me perdí durante un instante en el mar de sus preciosos ojos azules, pensando en los mucho que brillaban cuando la embestía desde arriba. Los suaves mechones me rozaban las yemas de los dedos. Nunca había tocado cabellos tan suaves ni que olieran tan bien.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Cerré la puerta justo en el momento en que Rae salía del cuarto de baño.

Atravesó el pasillo a grandes zancadas, medio dormida y lista para acostarse. Esta vez no se molestó en mirarme ni me preguntó qué hacía allí. Cerró la puerta de su cuarto y apagó la luz.

Me apoyé en la mesa y me pasé las manos por la cara, sabiendo que había estado a punto de descubrirnos. Acostarme con ella allí no era buena idea. De hecho, era una completa estupidez. Quizás debería mudarme, aunque no lograra ahorrar mucho dinero. Kayden podría ir a mi casa cuando quisiera y

podría follármela sobre cada uno de los muebles.

Se me volvió a endurecer la polla.

Ahora deseaba que no se hubiera marchado.

REX

BOSTECÉ DURANTE TANTO RATO QUE SE ME LLENARON LOS OJOS DE LÁGRIMAS.

Zeke me observaba mientras terminaba de comer una alita de pollo. Se chupó la salsa de los dedos y tomó otra.

Di un trago a la cerveza y cogí otra alita de la pila. Antes de darle un mordisco, bostecé y se me destaparon los oídos. Estaba exhausto, tan agotado que apenas era capaz de pensar con claridad. Tras la marcha de Kayden, no pude dormirme enseguida de lo excitado que estaba. Quería eyacular, pero después de follármela. Pasar de un coño real a mi mano era un paso atrás enorme.

Zeke me observaba con la ceja levantada.

Esta vez intenté evitar el bostezo cerrando la boca, pero no sirvió de nada. Me lloraron los ojos y di un bocado a la alita picante que tenía en la mano.

—¿Por qué estás tan cansado? —Zeke dio un sorbo a la cerveza—. Has bostezado cinco veces en los últimos dos minutos.

—Me quedé despierto hasta tarde anoche.

—¿Jugando a *Call of Duty*?

—No... —Quería confesarle a Zeke la verdad, pero le había prometido a Kayden no contárselo a nadie. Sería una estupidez. Zeke me convencería para dejarlo antes de que las cosas se pusieran feas y seguramente le contaría a Rae lo que pasaba. Si lo manteníamos en secreto, podríamos hacer lo que

quisiéramos y después seguir cada uno nuestro camino. Nadie sabría jamás que habíamos tenido una aventura y podríamos volver a ser amigos como antes. Pero me resultaba extraño ocultarle la verdad—. Me traje a una chica a casa anoche.

—Eso tiene más sentido. —Terminó la alita y se limpió los dedos en la servilleta—. ¿Salvaje y desenfrenada?

Recordé la forma en que botaba sobre mi polla, como si la necesitara más que yo a su coño.

—No diría eso, pero fue increíble.

—¿Quién es?

No me iba a quedar más remedio que mentir y me sentía mal por ello.

—La conocí hace tiempo cuando estuve fuera. Nos hicimos amigos y me pidió que le enseñara algunas cosas... porque quería sentir más confianza en sí misma.

—Entonces debes haberla enseñado bien —dijo riendo.

—Esa es la cuestión... es perfecta. Besa de escándalo, hace mamadas como una profesional y es increíble en la cama. Quiere que la enseñe a ser sexy, pero no necesita mi ayuda. Lo cierto es que he aprendido algunas cosas de ella.

—Habéis llegado a un acuerdo fantástico.

—Parece demasiado bueno para ser verdad.

—Cuando algo bueno llega a tu vida, no lo cuestionas.

Eso es lo que hacía.

—Le saqué el tema y le dije que no quería arruinar nuestra amistad, pero ella me aseguró que todo iría bien. Así que supongo que, por ahora, quedamos para acostarnos.

—Espera, ¿eres muy amigo de esa chica?

Me encogí de hombros.

—Supongo que tenemos una relación bastante estrecha.

—¿La conozco?

—No... —Zeke era inteligente y esperaba que no averiguara a quién me refería en realidad.

—¿Cómo se llama?

—Eh... Denise. —Fue el primer nombre que se me vino a la cabeza—. Quedábamos a menudo y a veces la veía cuando jugaba al baloncesto con Tobias. No tenemos una relación muy íntima, pero nos conocemos bastante bien. —Comencé a sudar, así que me limpié la frente con el dorso del brazo.

—Las alitas están muy picantes, ¿eh?

—¿Qué? —Empecé a sudar aún más.

—La salsa... es muy picante.

Encajé las piezas al fin.

—Sí, supongo que no estoy acostumbrado. —Di un largo trago a la cerveza para refrescarme.

—¿Entonces sois amigos con derecho a roce?

—Sí, eso parece.

—Bueno, si no tenéis una relación tan íntima, supongo que no tiene nada de malo. Pero creo que algo así con Jessie o Kayden sería desastroso.

Contuve la respiración hasta sentir una opresión en el pecho debido a la angustia.

—No me estoy acostando con ellas.

—Lo sé —dijo— Sólo quería decir que...

—Y menos con Kayden. No conectamos en absoluto. Ya te hablé de la tensión que había entre nosotros todo el rato. No me gusta su cabello y tiene los brazos raros... no es mi tipo. Qué asco.

La expresión de Zeke se tornó suspicaz.

—Me dijiste que pensabas que Jessie y Kayden estaban buenas.

—Sólo lo dije por ser agradable. Son repulsivas.

—Te estás pasando un poco...

—No me estoy acostando con ninguna de ellas, ¿vale? Sólo quiero dejarlo claro. —¿Por qué demonios hacía tanto calor allí?

—Entendido. —Puso más alitas en su plato y por fin apartó los ojos de mí. La tensión entre nosotros aumentó y comimos en silencio durante varios minutos.

Debería haber respondido de otra forma. Había quedado como un auténtico imbécil.

—No les digas que he dicho eso...

—¿Que crees que Jess y Kayden son repulsivas? —preguntó con sarcasmo—. Pues claro, no voy a complicarme la vida y hacerlas llorar.

—No digo que sean feas, sino que no me atraen en absoluto. Eso es todo.

—Como quieras, tío. —Se comió las patatas fritas de su plato.

Al menos era mejor que pensara que era un gilipollas a que me estaba acostando con Kayden. De las dos opciones, la primera era la menos mala.

—¿Cómo te va con Rochelle?

Se animó al oír su nombre.

—Genial. Fuimos de senderismo con sus padres el otro día.

—Joder, un momento. —Dejé la alita en el plato y me incliné hacia delante en la mesa. Zeke no conocía a los padres de una novia suya desde el instituto. Sabía que estaba interesado en ella, pero no me había dado cuenta de hasta qué punto. Sólo llevaban un mes saliendo e iban a la velocidad del rayo—. ¿Ya has conocido a sus padres?

—Sí, son muy agradables. Me caen bien.

—Pero... ¿no crees que es muy pronto para eso?

—Rochelle me invitó a ir y no vi nada malo en ello. Su padre es cirujano cardiovascular, así que tuvimos mucho de qué hablar.

Aun así, me parecía una locura y me preocupaba que no pensara como yo.

—Hicimos una ruta por el monte Rainier y luego almorzamos. A su padre le gusta estar al aire libre, así que hemos conectado bastante bien. Su madre también es muy agradable. Rochelle se parece mucho a ella. Y estoy convencido de que yo también les he gustado.

De eso no había ninguna duda. Zeke era perfecto.

—Es genial...

—Iré a cenar a su casa el viernes. Viven a las afueras de Seattle.

Ya parecían una pareja casada.

—Parece que vais en serio. —Zeke era adulto y podía hacer lo que quisiera, pero me preocupaba que se estuviera precipitando. En el fondo, pensaba que estaba con Rochelle por despecho. Al volverse más seria la relación de Rae y Ryker, Zeke se dio cuenta de que había perdido su oportunidad y jamás tendría otra. Quería pasar página y sentar cabeza lo antes posible.

¿Pero debería decírselo?

¿Se enfadaría?

Puede que conocer a sus padres no fuera para tanto y estuviera sacando conclusiones precipitadas. Rochelle era una chica fantástica, así que probablemente los sentimientos de Zeke fueran genuinos. No iban a casarse ni nada por el estilo.

Zeke terminó de mordisquear la alita antes de responder.

—Sí, yo también tengo la sensación de que vamos en serio, pero es algo positivo.

Nunca había ido tan en serio con nadie como para llegar a ese punto. Seguía pareciéndome extraño que la única vez que había tenido una relación tan intensa fuera justo cuando Rae tenía pareja estable. No podía olvidar lo que me había dicho de Rae, que se veía sentando la cabeza con ella. No podía ser todo coincidencia, ¿verdad?

Pero tenía que olvidarlo. Él sabía más de su relación que yo. Debía mantenerme al margen y no meterme en su vida.

—Quizás podríamos tener una cita doble los cuatro.

Estuve a punto de reírme de lo absurdo que me pareció.

—Sí, tal vez.

—TOMA ESO, CAPULLO. —MANIOBRÉ CON EL MANDO DE LA CONSOLA Y ECHÉ A Zeke de la carretera.

—Hijo de puta. —Volvió a la carretera y colisionó contra mí, haciendo girar el coche y sacándolo de la calzada hasta impactar contra un árbol—. Mira quién es el capullo ahora.

Di marcha atrás e intenté volver a la carretera tan rápido como pude.

Entonces sonó el timbre.

Zeke pulsó enseguida el botón de pausa.

—Debe ser Rochelle.

—¿Viene? —pensé que estaríamos los dos solos esa noche.

—Sí. Invité al resto de la pandilla, pero Rae estaba ocupada con Ryker y Jessie tenía una cita. Creo que Kayden sí viene. —Se dirigió a la puerta.

¿Venía Kayden?

Tenía que ser una broma.

¿Sólo ella?

Se me puso dura de inmediato.

Maldita sea.

—Hola, nena. —Zeke abrazó por la cintura a Rochelle y la besó en la boca más tiempo del necesario.

Miré a la pantalla para no vomitar.

—He traído palomitas cubiertas de chocolate. —Le tendió una bolsa de plástico con cierre hermético—. Las he hecho yo.

—Gracias, nena. —Volvió a besarla y dejó la bolsa en la mesa—. Rex está en la sala de estar.

Rochelle entró y me dirigió su dulce sonrisa de siempre. Llevaba un vestido rosa con cinturón. Le quedaba ajustado en los brazos y el cuello, y calzaba botas marrones hasta las rodillas.

—Hola, Rex.

Me gustaba Rochelle, pero ahora que iban tan rápido, me preguntaba si se estaría aprovechando de él. Seguramente lo veía como un príncipe azul y un

gran partido, y temía que le hubiera echado el anzuelo demasiado rápido.

Pero me recordé a mí mismo que no debía importarme.

—Hola, ¿qué tal? —Me puse de pie y la abracé—. Palomitas de chocolate, ¿eh?

—Mi abuela me enseñó a hacerlas. Están muy ricas. La palomita sigue crujiente, aunque eches chocolate derretido por encima.

—Las probaré. Engullo cualquier cosa que sea comestible.

Rochelle se echó a reír.

—No me extraña que seas el mejor amigo de Zeke.

Zeke entró en la sala de estar y dejó el cuenco de palomitas sobre la mesa.

—Están buenísimas.

Tomé un puñado y me molestó un poco que tuvieran un sabor tan increíble.

—Están de muerte. Si Rae estuviera aquí, se las zamparía todas.

—Menos mal que no está —dijo Zeke riendo.

Volvió a sonar el timbre.

—Debe ser Kayden —dijo Zeke—. ¿Puedes abrir tú?

—¿Por qué tengo que ir yo? —Salté a la defensiva al instante, sin poder controlarme.

Zeke y Rochelle me miraron como si fuera una bomba a punto de explotar.

—No pasa nada... —Rochelle sonrió pese a la tensión reinante—. Iré yo.
—Se dirigió hacia la puerta.

Zeke me observó preocupado.

—¿Estás bien, tío?

—Estoy genial. —Tomé otro puñado de palomitas—. Es que no quiero separarme de ellas, me las comeré todas.

Zeke aceptó la explicación y volvió a la cocina.

—Hola, Kayden.

—Hola. —Llevaba vaqueros oscuros y una rebeca negra. Se ajustaba perfectamente a su forma menuda y acentuaba su silueta de guitarra—. He traído vino. —Le tendió la botella—. Nunca hay demasiado alcohol, ¿verdad?

—Por supuesto que no. —Zeke tomó la botella de sus manos—. Gracias.

—De nada. —Kayden miró de reojo en mi dirección y apartó la vista enseguida.

Fingí que no existía.

—Qué mona estás —dijo Rochelle—. ¿Cómo te mantienes tan delgada? ¿Haces ejercicio todos los días?

—Gracias —respondió Kayden con modestia—. Paso tanto tiempo leyendo que a veces se me olvida comer.

Y hace un ejercicio tremendo cuando me folla.

—Pues voy a tener que empezar a leer más —dijo Rochelle riendo.

Zeke puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas, nena.

Kayden entró por fin en la sala de estar y vino en mi dirección. Tenía una sonrisa tan bonita que sentí ganas de besarla.

—Hola, Rex.

—Hola. —Me quedé al otro lado de la mesa, sin querer acercarme a ella—. ¿Palomitas? —Le tendí el cuenco.

—Oh, qué bien. —Tomó un puñado—. Están cubiertas de chocolate.

—Las ha hecho Rochelle. —Me senté en el otro sofá, en un intento por mantenerme alejado de ella—. ¿Dónde está Jessie?

Las cosas serían mucho menos incómodas si hubiera otra persona más. Así parecía una cita doble. Me sentí paranoico al pensar que Zeke sabía exactamente lo que pasaba, pero era imposible.

—Tenía una cita. —Seguía allí de pie comiendo palomitas. Dirigió la mirada hacia el televisor—. ¿Estáis jugando?

—Es un juego de carreras. —Apoyé el tobillo en la rodilla contraria, presa del nerviosismo, y volví a bajar el pie. Como no podía estar quieto, empecé a mover las rodillas. Me froté la nuca para estar ocupado en algo. A lo mejor debía echarme y decir que no me encontraba bien para poder irme. No podía estar en la misma habitación que Kayden y actuar con normalidad. Ni

siquiera sabía con certeza qué se consideraba normal.

Zeke y Rochelle volvieron a la sala de estar y se sentaron en el sofá. Zeke le echó el brazo por encima a Rochelle de inmediato.

—¿Queréis ver una película? Rochelle no ha visto *La guerra de las galaxias*, y quería enseñársela.

—¿Qué no ha visto *La guerra de las galaxias*? —exclamé—. ¿Lo dices en serio?

Rochelle se encogió de hombros.

—No teníamos televisor cuando era pequeña.

¿No era cirujano su padre?

—Ah...

—Y siempre estábamos tan ocupados de pequeños que no teníamos tiempo de ver películas ni esas cosas.

Vaya bicho raro.

—Oh... —Fue todo lo que se me ocurrió decir. ¿Cómo podía ir tan en serio Zeke con una mujer que no había visto *La guerra de las galaxias*? Era una de nuestras películas favoritas de todos los tiempos—. Tienes que verla.

—Pues hagámoslo. —Zeke tomó el mando a distancia y pulsó varios botones. Al ver que el televisor no se encendía, miró a Kayden—. Perdona, estás bloqueando la señal. ¿Por qué no te sientas?

Miró fijamente el asiento a mi lado antes de acercarse.

Me moví de inmediato a la otra punta del sofá para que no estuviéramos sentados uno al lado del otro. No quería ni olerla.

Se sentó en el extremo opuesto y cruzó las piernas. No despegaba la vista del televisor.

—¿Te molesta? —preguntó Rochelle riendo.

—¿Eh? —respondí.

—Os habéis sentado muy lejos el uno del otro —indicó—. Resulta extraño.

—Me acabo de tirar un pedo. —Fue lo único que se me ocurrió y, al

decirlo, me di cuenta de que podría haberme inventado una excusa mejor.

Kayden hizo una mueca, aunque era mentira.

—Menos mal que estamos en este sofá, nena. —Zeke se acercó a ella y la besó—. He sido víctima de esos pedos. Créeme, son terribles.

—Como si los tuyos no lo fueran —dije a la defensiva.

—Afrontémoslo —dijo Rochelle—, todos los pedos son malos, sin excepciones.

—No sé —dijo Kayden—. Los de Rex son horribles. Es por la comida basura que toma en la bolera.

Me puse a la defensiva.

—Oye, nunca me he tirado un pedo delante de ti.

—Sí que lo has hecho —replicó Kayden—. Muchísimas veces.

—No lo hago desde... —Dejé de hablar antes de decir una estupidez—.

Hace mucho tiempo...

Zeke logró poner la película y sonó al fin la banda sonora.

—Listo. Nena, prepárate para maravillarte.

Rochelle le tomó el rostro entre las manos y lo besó con pasión.

—Ya lo estoy.

—¿ESTÁS SEGURA DE QUE NO QUIERES QUEDARTE? —LE PREGUNTÓ ZEKE A Rochelle en la puerta.

—Tengo que levantarme mañana temprano para la reunión. —Lo agarró por las mejillas y le dio un beso—. Pero me quedaré a dormir mañana.

—De acuerdo —dijo él con tristeza.

—Te quiero.

¿Qué coño?

—Yo también te quiero. —Le dio un beso rápido antes de verla caminar hacia el coche.

¿Se decían que se querían? Zeke jamás le había dicho eso a ninguna mujer y tenía treinta años.

¿Estaba sucediendo de verdad?

—Yo también me voy. —Kayden le dio un abrazo—. Nos vemos.

Zeke se lo devolvió.

Kayden me dirigió una mirada cargada de intenciones antes de dirigirse a su coche.

Sabía exactamente lo que significaba.

—Yo también me voy ya. Ya sabes, tengo que sacar a Safari... —¿Era demasiado obvio?

—De acuerdo. —Me dio unas palmadas en el hombro—. Nos vemos. Mantén esos pedos bajo control.

—¿Eh? ¿Qué? —Estaba ocupado pensando en cómo iba a follarme a Kayden.

—Ya sabes... por el pedo que te has tirado antes. —Zeke me miró a los ojos con detenimiento, como si buscara algo.

—Tío, estoy bien —dije enseguida—. Sólo cansado. Hasta luego. —Salí antes de que pudiera decir algo más. Si me hacía demasiadas preguntas, acabaría sonsacándome una respuesta que no estaba preparado para dar.

EL SEXO ESTUVO BIEN, COMO ESPERABA. FOLLAMOS EN SU CAMA CON ELLA A cuatro patas. Observé su precioso trasero y su pequeño ano arrugado mientras la penetraba por detrás. La agarré del cuello y la embestí hasta eyacular.

Nos tumbamos el uno junto al otro, ambos cubiertos de sudor y sin aliento.

Solté lo primero que se me vino a la mente.

—¿Oíste a Zeke decirle a Rochelle que la quería?

Se pasó los dedos por el cabello mientras el pecho le subía y bajaba a consecuencia del esfuerzo.

—Sí. ¿Y?

—¿No crees que es demasiado pronto?

Se volvió hacia mí.

—¿Lo primero en lo que piensas tras el sexo es en tu mejor amigo?

—No... Pensé en otras cosas antes. —Mantuve la vista fija en el techo.

—¿Como qué?

—En lo buena que eres en la cama. —Era verdad. Reviví en mi mente los momentos clave a cámara rápida. Me fascinaba en particular la visión de su culo apretado. Quería meterle los dedos, pero me pareció demasiado pronto.

—Bueno, eso está mejor...

—¿No te parece raro que se hayan dicho ya que se quieren?

Se encogió de hombros.

—No sé. Supongo que me es indiferente.

—Es sólo que... Zeke nunca ha ido tan rápido antes.

Se apoyó en el codo y me observó, presionando las tetas contra mi brazo mientras sus cabellos me rozaban el cuello.

—¿No te gusta Rochelle?

—No es eso. Me parece maravillosa. Me ha gustado desde el principio.

—¿Entonces qué problema hay?

No podía contarle mi teoría sobre Rae porque se lo diría en cuanto tuviera ocasión.

—Me preocupa que se esté precipitando por los motivos equivocados. Podría hacerle daño a ella y salir herido él mismo en el proceso.

—¿Qué motivos equivocados?

Me encogí de hombros.

—No sé... hablo en general.

—Creo que estás sacando conclusiones precipitadas. Rochelle es muy agradable, también es médico y está claro que lo hace feliz. Eso es todo lo que importa.

—Sí... Supongo que tienes razón.

—A menos que haya algo que no me estés contando. —Me taladró con la mirada, como si pudiera leerme la mente. Me acarició el pecho con afecto y estuvo a punto de sacarme la verdad.

—No.— Volví la vista hacia el techo y cambié de tema—. ¿Te gustó la película?

ESTABA SENTADA EN LA MESA DE LA COCINA TOMANDO CEREALES DE LOS Picapiedra con Safari tumbado a mis pies. Seguía con la mirada todos mis movimientos, a la espera de que algo sabroso cayera al suelo y se convirtiera en su aperitivo.

Rex entró con pantalones de chándal y una camiseta. Llevaba el pelo hecho un desastre, tan adormilado que estuvo a punto de tirar la cafetera al cogerla.

—Maldita cocina...—Logró agarrar el asa y se sirvió una taza, pero se le derramó buena parte en la encimera sin que se diera cuenta.

Pues vale.

Fue a la mesa y se dejó caer en la silla frente a mí. Apoyó la cara en la mano y miró fijamente la taza con un ojo cerrado. Era capaz de quedarse dormido allí sentado. Tras un buen rato, dio un sorbo al café e hizo una mueca.

—Dios, sabe a mierda...

—No tendría mal sabor si hubieras limpiado la cafetera como te pedí.

—Si tan obsesionada estás con la limpieza de esta casa, a lo mejor deberías contratar a una criada.

—Y a lo mejor tú deberías... —No continué para que la pelea no fuera a más—. Es demasiado temprano y es sábado por la mañana. Olvídalo.

—Me parece bien. —Miró el cuenco de cereales que había en la mesa—. ¿Queda algo?

—Mucho.

—Genial. Pero estoy demasiado cansado para levantarme.

—¿Por qué no has seguido durmiendo?

Se frotó la sien.

—Tengo migraña.

—¿Pasaste una noche loca en casa de Zeke? —Pensaba que habían quedado para ver una película, pero puede que hubiera degenerado en un juego con ronda de chupitos. No sería la primera vez.

—Más o menos.

—¿Cuándo volviste a casa?

—Bastante tarde.

No lo había oído entrar, así que debía haber sido temprano por la mañana.

—¿Te divertiste con Ryker?

—Sí. Estuvo bien. —Volví a tomar los cereales y se hizo un silencio incómodo entre Rex y yo.

Volvió a mirar fijamente el café, con aspecto enfermizo.

—¿Qué opinas de Rochelle?

Vaya pregunta inesperada.

—¿La novia de Zeke?

—Sí.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿Qué opinas de ella? —repitió—. Pensé que serías lo bastante inteligente como para entender una frase simple con ese fantástico grado universitario que tienes.

Ignoré la pulla porque si no iban a empezar a volar los platos por la cocina.

—Creo que es fantástica. Pero si me lo preguntas, debe ser que a ti no te gusta.

—Me gustó mucho cuando la conocí, pero ya no estoy tan seguro.

—¿Qué ha hecho? —No había habido ninguna novia de Zeke que no me

hubiera gustado. Siempre eran centradas, simpáticas y divertidas. Rochelle no era la excepción. Siempre tenía una sonrisa en el rostro y miraba a Zeke como si fuera lo mejor que le había pasado en la vida.

—Zeke me contó que había conocido a sus padres y Rochelle y él ya se dicen que se quieren.

Su relación había ido muy rápido, más que cualquier otra en el caso de Zeke. Las chicas iban y venían, pero solían desaparecer después de varios meses. Zeke perdía el interés y quería volver a estar soltero. No hablaba mucho del tema.

—Entonces puede que sea la definitiva.

—Pero ni siquiera la conoce.

Me encogí de hombros.

—La conoce mejor que nosotros.

—Creo que ha perdido la cabeza.

Rex nunca decía nada malo de nadie excepto de mí. No era propio de él mostrar tanta negatividad hacia Rochelle.

—¿Qué tiene de malo? ¿Temes que tu mejor amigo siente la cabeza y se olvide de ti? —¿Eso era todo?— Precisamente porque es tu mejor amigo deberías alegrarte por él.

—Mira, lo digo también por Rochelle. Zeke está con ella por despecho y acabará con el corazón roto.

—¿Cómo que por despecho? —Tal vez Zeke había sentido algo serio por alguien y no había funcionado. Y nunca nos lo había mencionado.

Rex dirigió la mirada hacia el café enseguida.

—Una chica con la que hablaba hace tiempo. Estaba enamorado de ella, pero era bastante rara.

Me sorprendía que no me lo hubiera contado.

—En cualquier caso, creo que deberías mantenerte al margen. Zeke es un hombre hecho y derecho y puede tomar sus propias decisiones. Si él la quiere, nosotros también. Y no hay más que hablar. —Al principio nadie confiaba en

Ryker, pero había terminado cayéndole bien a todos, incluso a Rex. Debíamos hacer lo mismo por Rochelle.

—Sí... Como quieras.

—SAFARI, TRANQUILO. —TIRÉ DE LA CORREA SUJETA A SU PECHO PARA intentar que bajara el ritmo y clavé los pies en la acera para detenerlo.

—Te dije que íbamos a dar un paseo, no a echar una carrera.

Ryker rio a mi lado, con pantalones cortos y una camiseta gris. Siempre iba increíblemente atractivo, llevara lo que llevara. No se había molestado en afeitarse esa mañana y le había crecido un poco la barba. Le brillaban los ojos pese al cielo encapotado. Era un auténtico regalo para la vista.

—Sólo está emocionado.

—Pues llévalo tú. —Le tendí la correa.

Se rio y levantó la mano.

—No, gracias. Es tu perro.

—Podría arrastrarme hasta otro tío bueno. —Seguimos caminando y Safari continuó tirando con fuerza de la correa.

—Espero que no. Tendría que darle una paliza.

—¿Por estar bueno? —pregunté incrédula.

—No. Para que deje de estarlo. —Me dio un codazo en el costado, divertido—. Tengo que eliminar a la competencia, ¿sabes?

—Ryker, tú no tienes competencia. —Dejé a un lado nuestras bromas y me puse seria cuando no era mi intención. Había bajado la guardia y se me había escapado. Ryker hacía que me derritiera y lo sabía, así que no había por qué alarmarse.

—¿Sí? —Me dirigió una sonrisa sexy y ardiente y se acercó a mí. Se inclinó y me besó mientras caminábamos, rozándome la piel con el vello de su mandíbula de forma tentadora.

Cada vez que lo sentía, me imaginaba su cara entre mis piernas con la barba pinchándome la piel.

—Sí.

Se apartó con una expresión arrogante.

—Di esas cosas más a menudo.

—¿Para que se te suba más el ego?

—No. Para saber que estás colada por mí.

Resoplé con sarcasmo.

—Eso ya lo sabes.

—Un refuerzo positivo nunca viene mal.

Safari me arrastró con más fuerza aún, tirando de mí por el parque y adelantando a otro corredor.

—Maldita sea, Safari. —Volví a clavar los pies en la acera. —¿Por qué siempre te portas como un perro malcriado cuando Ryker está delante?

—A lo mejor quiere darnos un poco de intimidad.

—No. —Tiré de la correa—. Sólo quiere olerle el culo a alguien.

Ryker se rio detrás de mí, viendo cómo intentaba domar a mi perro.

Safari siguió tirando de mí hasta que nos detuvimos delante de un hombre. Comenzó a olerle la entrepierna de inmediato.

—¿Dónde están tus modales? —Tiré de Safari para que no le metiera el hocico en los pantalones—. Lo siento. Es que está... —Alcé la vista y vi a Cameron mirándome fijamente con una expresión de disgusto al percatarse de la presencia de Ryker a mi lado—. Ah. Hola, Cameron. —Traté de recuperarme de la impresión de ver a la última cita terrible que había tenido antes de encontrar a Ryker. Jamás olvidaría la forma en que me había metido la lengua por la nariz al darme un beso de despedida aquella noche. Había sido la última cita nefasta antes de que Ryker me conquistara con sus tácticas increíbles y mucho menos chapuceras. Traté de aparentar normalidad, pero la tensión empezaba a hacer mella en mí.

Me observaba con una expresión que jamás había visto. Era similar al

odio.

—Te escribí varias veces, pero no obtuve respuesta. Me alegra ver que estás bien. —El enfado de su voz contrastaba con la preocupación que acababa de mostrar por mí.

—Bueno, ya sabes... —No quería decirle claramente que no deseaba volver a verlo. Cameron no conocía a Ryker, pero no quería dejarlo en evidencia delante de otro tío—. ¿Qué tal en el parque de bomberos?

Dirigió la vista hacia Ryker y su enfado se hizo aún más evidente.

—Parece que tienes un nuevo juguete sexual.

Cameron ni siquiera había sido mi chico antes de que llegara Ryker.

—Bueno, me alegro de verte. Cuídate. —Tiré de Safari para poder escapar de la conversación más incómoda que había tenido jamás.

—Seguro que te veré por la ciudad tratando de ligar con todo el que se te cruce. —Dio media vuelta con los hombros tensos bajo la camiseta de bombero.

Ignoré la pulla porque no valía la pena, y me alejé con Safari.

—Me alegro de que haya terminado... —Me volví hacia Ryker, pero me di cuenta de que ya no estaba allí.

Oh, no...

—Deja que me presente. —Ryker se detuvo delante de Cameron sin tenderle la mano—. Soy Ryker, el novio de Rae. —Se acercó peligrosamente a él, superándolo en fuerza y altura. Aunque Cameron era bombero, parecía pequeño comparado con Ryker—. Y vas a disculparte por ese comentario estúpido que acabas de hacer.

Cameron se mantuvo firme, pero no habló.

Ryker dio un paso adelante.

—Hazlo.

—Ryker, no pasa nada... —No quería que aquello se convirtiera en una pelea innecesaria. La gente ya nos estaba mirando y sacaba los móviles con la esperanza de tener algo que grabar.

Ryker dio otro paso adelante, haciendo retroceder a Cameron.

—Si insultas a mi chica me insultas a mí. No es culpa suya que fueras una cita terrible y besaras aún peor. Sé un hombre y admite que no le gustaste. No estaba interesada en ti y tiene todo el derecho del mundo. Pero eso no implica que puedas insinuar que es una puta. Discúlpate.

Contuve la respiración esperando a que alguien diera el primer puñetazo. Pensé que Cameron sería capaz, pero si actuaba de forma deshonrosa, podrían castigarlo en el parque de bomberos. Le encantaba su trabajo y no podía permitirse perderlo. Ryker también se jugaba mucho, la empresa a la que representaba. Pero me daba la sensación de que no le importaba.

Cameron dio un paso atrás y se dio la vuelta. Al mirarme, ya no tenía aquella expresión de puro odio. Ahora parecía indiferente, como si quisiera alejarse de Ryker y de mí lo antes posible.

—Lo siento.

—Es una disculpa de mierda y lo sabes —exclamó Ryker enfadado.

Cameron suspiró antes de hablar.

—Siento lo que he dicho.

—Mucho mejor —dijo Ryker—. Ya puedes irte.

Cameron dio media vuelta y se alejó enseguida. Iba tan rápido como podía sin llegar a correr. Todo el mundo vio cómo se alejaba hasta desaparecer antes de volver a lo suyo. La gente guardó los móviles al ver que no habría bronca.

—No tenías por qué hacer eso. —No necesitaba un hombre que librara mis batallas. Me habría defendido yo misma si me hubiera importado lo suficiente. En el fondo, sabía que Cameron estaba dolido y quería que fuéramos algo más que sólo una cita. No había reaccionado demasiado bien. No justificaba que me llamara puta, pero comprendía que su odio era producto del dolor. Verme con otro hombre que era visiblemente atractivo había acrecentado sus celos.

—Sí. —Ryker se acercó y me rodeó la cintura con el brazo—. Cualquier hombre decente del mundo habría hecho exactamente lo mismo. No está bien que te hable así. No tiene derecho a llamarte puta sólo porque no te acostaras

con él. No puede actuar como un imbécil simplemente porque no se salió con la suya—. Me atrajo hacia sí con más fuerza, mirándome a los ojos—. Sobre todo, si se trata de mi mujer.

—QUÉ RELAJANTE. —ME RECOSTÉ EN LA BAÑERA CON LA CABEZA APOYADA EN una toalla.

Ryker estaba al otro lado de la enorme bañera de hidromasaje. Las gotas de agua que le resbalaban por el pecho y los abdominales lo hacían aún más apetecible.

—¿En serio? —Ladeó la cabeza, con la mandíbula firme y una expresión de indiferencia en los ojos.

—¿No te relaja?

—La verdad es que no. Estamos sentados en una bañera con agua caliente que va enfriándose lentamente hasta alcanzar la temperatura de la habitación.

Cuando llegamos a casa después de correr, nos fuimos directos a la cama a echar un polvo. Nos saltamos la cena porque ninguno de los dos tenía hambre, pero después quise meterme en la bañera. La había visto en el cuarto de baño principal, aunque nunca se usaba.

—Entonces, ¿por qué tienes una?

—Venía con la casa.

—¿Y nunca antes la habías usado?

Negó con la cabeza.

—No estoy tanto rato en la ducha.

—¿Ni siquiera cuando te masturbas?

Cuando decía algo de carácter sexual, sonreía al instante.

—No me gusta estar de pie cuando eyaculo. Prefiero sentarme.

—¿Por pereza?

—No. Me gusta ver porno mientras lo hago y aquí no me puedo traer el

portátil.

—¿No usas la imaginación? —A mí me gustaba dejar volar la mente cuando tenía una sesión de vibrador.

—La verdad es que no.

—¿Lo sigues haciendo así incluso ahora? —¿No pensaba en mí cuando se daba placer?

—¿Hacer qué y de qué forma?

—Masturbarte viendo porno.

—No me he masturbado desde que apareciste en mi vida.

Me reí porque era absurdo.

—No soy esa clase de mujer. No me importa.

Alzó una ceja.

—¿Crees que miento?

—Está claro que sí.

—Te estoy diciendo la verdad. —Apoyó los brazos en la curva de la bañera, y el agua y las burbujas se escurrieron hacia abajo.

—Déjate de tonterías —dije riendo—. Soy yo.

Entornó los ojos.

—Si lo hiciera, lo admitiría, pero no es el caso. Nunca he tenido una relación larga, así que no sé qué debo esperar. Lo cierto es que no tengo esa necesidad, pero hay algo que me preocupa...

—¿El qué?

—¿Te tocas cuando yo no estoy?

Sonreí de oreja a oreja.

—Esta conversación no gira en torno a mí.

—No. No te vas a escapar de la pregunta después de haberme interrogado.

—Sus manos desaparecieron bajo el agua y me agarró el muslo—. Respóndeme.

—¿Y qué importa?

Me dio un leve apretón.

—A mí me importa.

—A veces... —Aparté la vista y di un sorbo a la copa de vino.

No parecía excitado ante mi confesión. De hecho, tenía una expresión de disgusto.

—¿Es que no lo hago bien?

—Sí lo haces bien. De hecho, lo haces genial. Ese es el problema.

Me miró como si no entendiera mis palabras.

—Es mucha presión. Paso unos días contigo, vuelvo a casa y lo recuerdo todo, así que necesito más...

Ryker parecía molesto.

—Nunca pensé que diría esto, pero estoy un poco celoso.

—¿Celoso? —pregunté riendo.

—No quiero que vuelvas a tocarme.

—Vaya petición más extraña. Ni que no pensara en ti.

—Pero me da la impresión de no estar haciendo bien mi trabajo.

—Sí lo haces bien. En serio, no es un insulto hacia ti.

—Pues yo me lo tomo como tal. —Miró por la ventana en dirección a la ciudad—. Cuando te entren ganas, quiero que me llames.

—No puedes decirlo en serio. —A veces pasaba en plena noche o por la mañana temprano antes de ir a trabajar.

—Hablo muy en serio.

—Dura cinco minutos y se acabó. Suele ser uno rápido antes de irme a trabajar.

—Me da igual. Llámame y allí estaré.

—¿Vas a venir hasta mi apartamento sólo para follarme e irte? —Me parecía demasiado esfuerzo.

—Sí.

—¿Cada vez que te diga que estoy excitada?

—Sí.

—No creo que comprendas mi nivel de excitación.

Ni siquiera sonrió.

—Quiero que me llames en cuanto se te ponga la piel de gallina. Y no hay más que hablar.

Si lo decía en serio, no me quejaría. Tendría a un hombre sexy a mi servicio en cuanto chasqueara los dedos. Todo jugaba a mi favor.

—Suenan bien.

—Perfecto. Los únicos dedos que deben estar ahí abajo son los míos.

—De acuerdo. —Di otro sorbo al vino—. Pero no hay nada por lo que ponerse celoso. Eres el único hombre que ocupa mis pensamientos.

—No es suficiente. No quiero que pienses en mí. Quiero que estés conmigo.

Era un poco intenso, pero no me importaba mientras hubiera orgasmos por medio.

—¿Tenemos un acuerdo?

Asentí.

—Eso parece.

ZEKE LEVANTÓ LA MANO ENTRE LA MULTITUD PARA QUE PUDIERA VERLO.

—Aquí.

Al verlo, me acerqué a él. Habíamos decidido quedar en Pike Place Market para almorzar. Invitamos a Rex, pero estaba demasiado ocupado en Groovy Bowl como para ir.

—Hola. Siento llegar tarde.

—No pasa nada. No recibo a ningún paciente hasta dentro de una hora, así que vamos bien de tiempo. —Sonrió y entramos juntos al local—. ¿Qué vas a pedir? ¿La ternera a la parrilla?

Siempre me pedía lo mismo cuando íbamos allí a comer.

—Sí... Está tan rica...

—Pues habrá que pedir unas cuantas servilletas de más —bromeó—. Siempre te manchas.

—Es muy engorrosa de comer, ¿vale?

—Entonces, ¿por qué la pides siempre? —preguntó riendo.

—Te digo que está exquisita.

Pedimos la comida y nos sentamos junto a la ventana. Afuera chispeaba, pero estábamos acostumbrados a que siempre lloviera. Llevaba mi chaqueta impermeable allá donde iba y hoy no me había molestado en peinarme porque sabía que acabaría con el cabello húmedo y despeinado de todas formas.

Abrí el sándwich y empecé a darme un buen festín.

Zeke me observaba, tratando de ocultar su sonrisa. Comía su sándwich de pavo con patatas fritas con cuidado para no mancharse el cuello de la camisa y la corbata. Tenía un aspecto muy juvenil para ser médico, como si se hubiera saltado varios cursos.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Jenny no ha venido porque está enferma, así que he estado sola en el laboratorio.

—Más vale eso que compartir laboratorio con una persona enferma.

—A veces me siento sola. Ojalá pudiera llevarme a Safari conmigo al trabajo.

—¿Ryker no se acerca a verte?

—En raras ocasiones —dije—. Suele estar ocupado arriba y no queremos que nuestra relación salga a la luz.

—Entiendo el riesgo. —Tomó un puñado de patatas y se las echó a la boca.

—¿A que no adivinas con quién me encontré en el parque el otro día?
—Me limpié la salsa barbacoa de los dedos y apoyé los codos en la mesa.

Me señaló la comisura del labio.

—Tienes salsa por todas partes.

Me la limpié rápidamente sin aminorar el ritmo.

—¿Te acuerdas de ese bombero con el que salí? El que me metió la lengua por la nariz.

Zeke se rio al recordarlo.

—Como para olvidarlo.

—Ryker y yo estábamos corriendo cuando nos lo encontramos.

Terminó su bolsa de patatas fritas e hizo una bola con el papel.

—¿Fue incómodo?

—Mucho. Cameron se molestó bastante al verme con otro tío.

—¿Por qué? —Dejó a un lado su buen humor—. Hacía meses que no lo veías.

—Pero estaba muy colado por mí y le molestó mucho que no volviera a llamarlo.

Zeke sacudió la cabeza.

—A veces pasan esas cosas. No hay por qué enfadarse.

—Hizo algunos comentarios con mala intención y luego me llamó puta directamente.

Zeke se enojó.

—¿Lo dices en serio?

—Ryker se enfadó mucho y lo obligó a disculparse. Luego se marchó.

—Muy bien. De no haber sido así, ya me habría encargado yo.

—No te lo he contado para que te enfades. —Hablé en tono suave para que se calmara—. Sólo me pareció irónico. Lo que quiero decir es que, si Cameron quisiera de verdad tener novia, podría probar a besarla en la boca en lugar de en la nariz.

Zeke no se rio, pero su enfado se aplacó un poco.

—Me alegro de que Ryker saliera en tu defensa. Es un buen tipo.

—No era necesario.

—No tendría derecho a llamarte su novia si no hiciera todo lo que estuviera en su mano por ti. Si hubiera sido Rochelle, habría dejado a Cameron tirado en el suelo sin conocimiento. Yo no aguantaría algo así.

Era un lado nuevo de Zeke que no conocía. Siempre era leal y protector, pero no tan lleno de rabia.

—Si hubiera pasado algo, Safari lo habría ahuyentado, así que no hacía falta que Ryker hiciera nada.

—Es cierto —dijo—. Safari le habría arrancado la cara en cuanto se lo hubieras ordenado.

—Pero Cameron no se merecía eso, pese a lo que dijo.

Zeke puso los ojos en blanco.

—Ese tío es un fracasado. ¿En qué estaría pensando Jessie cuando te emparejó con él?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Seguro que a ella le dio mejor impresión. Es mono, en eso no se equivocaba. Pero deja mucho que desear en todo lo demás.

—En cualquier caso, eres demasiado buena para él.

Sonreí.

—Gracias...

—También creo que eres demasiado buena para Ryker. Pero pienso lo mismo de cualquier tío.

—¿Entonces con quién voy a salir? —le pregunté riendo.

Dio un sorbo a su refresco durante diez segundos antes de volver a mirarme.

—Buena pregunta.

Terminé la primera mitad del sándwich, manchándome la boca y las manos. Notaba la salsa en la comisura de los labios y justo debajo de la nariz. Por suerte, había pedido más servilletas porque no sabía por dónde empezar.

Zeke me observó con detenimiento, debatiéndose sin duda entre decirme o no que me había manchado la cara.

—Esperaré a terminar.

—Te ahorrarás unas cuantas servilletas —dijo riendo.

—Parece que las cosas con Rochelle van en serio.

Evitó mirarme a los ojos y no despegó la vista de la mesa mientras comía.

—Lo siento, no puedo tomarte en serio con esa cara.

—Pues vale —dije con gesto de fastidio—. Es la misma de siempre.

—Permíteme que discrepe. —Dio varios bocados al sándwich antes de proseguir—. Sí, me va genial con ella. ¿Pero por qué dices que vamos en serio?

—Rex me ha contado que ya os decís que os queréis.

—Ah... No sabía que nos había oído. —Se quedó en silencio.

—¿Qué más da que os haya oído o no?

Se encogió de hombros.

—Resulta raro decirlo delante de un amigo.

—No me parece raro. Si la quieres, la quieres. ¿Entonces vais en serio?

La incomodidad que sentía desapareció al mostrarle que no había nada de qué preocuparse.

—Sí. Las cosas han salido así.

—Qué bien. Pensé que podría ser la definitiva al enterarme de que era médico.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Eso me da igual. Tenemos mucho en común, pero su profesión no era lo más importante para mí.

—¿Entonces qué?

Tardó un momento en responder.

—Se esfuerza por formar parte de nuestro grupo. Le conté lo importantes que erais para mí y lo respeta. Es dulce y amable... Me hace reír. Estar a su lado es maravilloso.

—Me alegro por ti. —Terminé el sándwich y me limpié la boca con la servilleta—. Parece una chica fantástica.

—Lo es. —Terminó el sándwich y enrolló el papel en el que había estado envuelto—. ¿Y Ryker y tú? Ya lleváis varios meses.

—Lo sé... El tiempo pasa rápido. —Y el sexo también.

—La verdad es que no creía que fuerais a durar tanto juntos, pero me alegro de haberme equivocado. —Cuando Zeke me miraba, había sinceridad en sus ojos. Rex y él no estaban muy convencidos de nuestra relación, pero dejaron de entrometerse como se supone que debían hacer los amigos—. Ryker debe pensar que eres la definitiva.

—¿La definitiva?

—Sí. Nunca lo había visto antes con novia. De hecho, nunca lo había visto más de un día con la misma chica. Y con todo el tiempo que ha pasado... Sólo puedo asumir que está enamorado hasta las trancas.

—Ojalá. —Deseaba que estuviera tan obsesionado por mí como yo lo estaba por él. Sabía que disfrutaba de mi compañía y no quería estar con nadie más, pero no creía que su afecto fuera más lejos.

—Lo digo en serio, Rae. Está enamorado.

—Ni de coña. —A veces me gustaba fingir que lo estaba.

—Deja que lo ponga en perspectiva para que lo veas. —Arrojó algunas de sus servilletas a la bandeja, porque sabía que me harían falta—. Sé que Rochelle y yo hemos ido muy rápido, pero tengo claro lo que siento por ella. ¿Me has visto alguna vez tanto tiempo con la misma mujer? ¿Has visto que pase tanto tiempo con alguien?

—No...

—Y hay una razón para ello. Ryker está haciendo exactamente lo mismo contigo. Rae, eres increíble. No hay ninguna mujer como tú. Créeme, sé lo que me digo. Eres guapa, inteligente y juegas al baloncesto mejor que LeBron James. —Rio antes de continuar—. Ryker no es idiota. Es capaz de distinguir un buen partido cuando lo ve. Puede que no te lo haya dicho, pero no hay duda de que te ama.

Estuvo a punto de parármelo el corazón al oír a Zeke decir eso. Una parte de mí lo creía, y otra quería creerlo.

—¿Lo piensas en serio?

Se inclinó hacia delante en la mesa y bajó la voz.

—Lo sé.

APAGUÉ EL EQUIPO DEL LABORATORIO Y ME QUITÉ LA BATA ANTES DE LAVARME las manos en el lavabo. No sólo me froté los dedos, sino también los nudillos e incluso los brazos hasta el codo. No quería llevarme bacterias indeseables a casa para que se extendieran por mi apartamento, sobre todo sabiendo que Safari podía sufrir las consecuencias.

—En mi opinión, estás más atractiva con la bata de laboratorio.

Sonreí y saqué papel absorbente del dispensador.

—¿Aunque sea diez tallas más grande y esté cubierta de manchas?

—Sobre todo por eso.

Tiré el papel a la basura antes de darme la vuelta.

—Pues tienes unos gustos muy extraños. —Llevaba traje de chaqueta negro y corbata, y estaba tan guapo como siempre.

—No, me gustas tú. —Se acercó a mí peligrosamente, pero no trató de besarme, pues sabía que estábamos en el trabajo y me negaría si lo intentaba—. ¿Tienes algún plan esta noche?

—Una cita con mi vibrador.

Entornó los ojos de inmediato.

—Es broma. Por Dios, ten un poco más de sentido del humor.

—Lo tendré cuando las bromas que hagas tengan gracia.

—No, no tengo plan esta noche aparte de acurrucarme con Safari. ¿Y tú?

Le ardían los ojos sin que se diera cuenta. Poseía cualidades naturales que lo hacían sexy sin tener que hacer ningún tipo de esfuerzo.

—Quería llevar a mi chica a cenar, a tomar un postre y rematar con una buena sesión de sexo.

—Oh... Tienes toda mi atención. —Me crucé de brazos e intenté no sentirme cohibida por el moño despeinado y la falta de maquillaje. Ryker casi nunca bajaba, así que no me arreglaba por si se le ocurría hacerlo.

—¿Eso es un sí?

—Ryker, siempre lo es.

—Genial. Quedamos en mi apartamento a las siete.

—De acuerdo.

—CARIÑO, VOLVERÉ POR LA MAÑANA. —LE RASQUÉ DETRÁS DE LAS OREJAS E hice una mueca—. Rex se quedará aquí toda la noche, así que no estarás solo.

Safari gimió de todas formas.

—Yo también te quiero, pero mamá necesita tiempo para sí misma.

Rex sacó una cerveza del frigorífico.

—¿Por qué no te vas de una vez? No entiende lo que dices.

—Sí que me entiende —dije a la defensiva—. Los perros son muy inteligentes.

—No tanto. —Se volvió hacia Safari—. No te ofendas, hombre.

Le di un beso a mi perro antes de coger el bolso y acercarme a la puerta.

—Nos vemos mañana.

—¿A qué hora? —Era la primera vez que Rex me preguntaba algo así.

—Cuando vuelva. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Podría traer a casa a alguna mujer y estaría bien saber si vamos a tener compañía.

Puse los ojos en blanco.

—Probablemente en torno al mediodía.

—Gracias. —Levantó el pulgar antes de alejarse.

Salí de mi casa y me dirigí a la de Ryker.

SE ABRIERON LAS PUERTAS DEL ASCENSOR Y RYKER ESTABA ALLÍ DE PIE esperándome. Me miró de arriba abajo, observando el vestido corto de color verde olivo y los tacones negros. Dio un silbido al contemplar mi cabello rizado, el maquillaje exagerado y la ropa provocativa que llevaba.

—Joder. Esta noche te voy a follar bien.

—Qué romántico... —Le eché los brazos al cuello y lo besé lentamente en la boca.

Me agarró por la parte baja de la espalda, abrazándome con fuerza y dándome un apretón en el trasero.

—Sabes que esa es mi forma de ser romántico. —Me besó la comisura del labio y frotó la nariz con la mía. Siguió masajeándome el trasero como si prefiriera quedarse en el apartamento—. ¿Dónde está la bolsa con tus cosas?

Me di cuenta de que la había olvidado en mi habitación. Cerré los ojos frustrada.

—Maldita sea, me la he dejado en casa.

—No pasa nada, puedes ponerte mi ropa.

—Necesito otras cosas.

—¿Como qué?

Entorné los ojos.

—Eres un entrometido.

—Sólo siento curiosidad.

—El anticonceptivo, para empezar...

—Lo recogeremos antes de cenar. —Volvió a besarme antes de coger las

llaves y la cartera.

—No sé si podré mirar a Safari a los ojos y volver a despedirme de él...

Ryker puso los ojos en blanco.

—Sólo es un perro. Lo superará.

—Lo sé. Pero a veces cuesta. Rex le presta atención, pero no tanta como yo.

—Estará bien, cariño. —Me cogió de la mano y me llevó al ascensor, que descendió hasta el garaje—. Admiro el afecto que sientes por ese perro... incluso si se interpone entre tú y yo.

—Ya. Tú también lo quieres, lo sé. —Me di cuenta del error que había cometido con mis palabras, pero no me desdije. Abrí la puerta del copiloto y entré para que no me viera la cara.

Se sentó al volante y cerró la puerta tras él. No vi ninguna reacción aparente en su rostro, así que no sabía lo que estaba pensando.

—Es un perro genial. Después de todo, te conocí gracias a él. —Encendió el motor y me dirigió una sonrisa.

Se la devolví.

—Es verdad. Es nuestro celestino.

ABRÍ LA PUERTA Y ENTRÉ.

—Rex, soy yo. Me detuve de golpe al encontrarme cara a cara con Kayden. Estaba de pie en la cocina, tan asombrada de verme como yo de verla a ella. Llevaba el pelo perfecto e iba vestida como si fuera a salir de discoteca. Estaba sirviendo vino en dos copas, pero se detuvo al verme—. ¿Kayden?

—Hola... —Dejó la botella en la mesa y se sujetó un mechón de cabello tras la oreja—. Vaya, qué mona estás. ¿Dónde te has comprado ese vestido?

—En Target... ¿Cuándo has llegado? —Llevaba fuera quince minutos

como mucho.

Ryker entró detrás de mí y la observó con la misma mirada suspicaz.

Se oyeron los pasos pesados de Rex por el pasillo.

—Nena, ¿sabes dónde está...?

—Ah, ¿dónde está Safari? —Kayden salió de la cocina al pasillo—. Hace un rato que no lo veo. Tu hermana lo está buscando.

—¿A quién llamas nena? —exclamé—. Y no estoy buscando a Safari.

Rex entró en la cocina, con los ojos abiertos de par en par y horrorizado.

—Pensé que no volverías a casa hasta mañana.

—Se me olvidaron mis cosas —repliqué—, y ¿qué importa eso? ¿Qué estáis haciendo los dos?

—Pasar el rato —dijo Rex—. ¿Qué te parece que estamos haciendo?

—¿Los dos solos? —Me llevé las manos a las caderas y contemplé la escena que se desarrollaba ante mí. Había dos copas de vino, pero Rex ni siquiera bebía eso.

—No, los dos solos no —dijo Kayden enseguida—. Jess viene de camino y Zeke y Rochelle se pasarán después.

—¿En serio? —Ahora todo tenía sentido. No sabía por qué había llegado a esa conclusión. Supongo que ver a Kayden allí tan rápido me había confundido—. Suena divertido. He olvidado mi bolsa en la habitación, así que voy a por ella en un momento.

—Es un fastidio cuando pasa. —Rex se apartó a un lado para que pudiera pasar.

Cogí mis cosas, me despedí una vez más de Safari con mucha pena y volví a la puerta principal.

—Estoy lista.

—De acuerdo. —Rex me rodeó la cintura con el brazo—. Que os lo paséis bien esta noche. —Nos acompañó a la puerta y la cerró a nuestras espaldas.

Nos subimos al coche y nos dirigimos a un restaurante del centro. Tras recibirnos, nos condujeron a nuestra mesa junto a la ventana y pedimos las

bebidas. Estaba hambrienta, así que pedí también un aperitivo. Necesitaba masticar algo mientras esperaba a que trajeran la comida.

—Yo sigo pensando que a Kayden le gusta Rex. —Ryker soltó la frase de buenas a primeras. Sentado al otro lado de la mesa, con sus amplios hombros y su rostro increíblemente atractivo, podía decir lo que quisiera y no desentonaría.

—¿Qué? —Acababa de dar un bocado a un calamar, pero dejé de masticar para hablar.

—Es muy obvio. Intenta pasar todo el tiempo posible con él. No sé si Rex se habrá dado cuenta.

Lo había mencionado en las máquinas recreativas cuando empezamos a salir, pero yo no le había dado mucha importancia.

—Lo dudo mucho. Kayden dijo que habían quedado todos allí, así que no van a pasar la noche solos.

Ryker se apoyó en el respaldo del asiento con expresión engreída.

—Escribe a Jessie y pregúntale qué va a hacer esta noche.

—¿Bromeas?

—No. Lo digo en serio.

—No voy a hacer eso. —Comí más calamares.

—¿Por qué no?

—Porque es una estupidez. Si Kayden ha dicho que ese es el plan, no hay más que hablar. No me mentiría.

—Lo haría si estuviera intentando protegerse...

—No voy a hacerlo. —Di un sorbo a la bebida de limón y me centré en el hombre innegablemente sexy que tenía frente a mí—. No soy esa clase de persona y nunca lo seré.

Ryker dejó el tema, pero aún podía ver en sus ojos una mirada astuta.

El camarero nos trajo la cena y estuve a punto de engullirla. Me había saltado el almuerzo esa tarde porque había tenido que recoger la baja de Jenny, que estaba enferma. Me volvía irritable e impaciente si me pasaba todo

el día sin comer.

Ryker tomaba la comida despacio, cortando la carne en trozos pequeños y metiéndosela en la boca con gran elegancia. Masticaba con lentitud cada bocado antes de pasar al siguiente, sin provocar un desastre como solía hacer yo. Dio un sorbo al vino, disfrutándolo, pero no inició una conversación conmigo.

Yo tampoco. Me molestaba un poco que asumiera que mi mejor amiga me había mentado. Y me molestaba aún más que quisiera que husmeara para saber si me estaba engañando. Yo no daba por sentado que mis amigas mentían ni iba a intentar demostrarlo.

—Estás preciosa esta noche.

—Gracias. Pero sé que lo dices porque estoy enfadada.

—Tienes razón —susurró—, pero lo digo de verdad. —Bebió un poco de vino antes de acercarme la copa. —Relájate, cariño. No quería ofenderte.

—Lo sé... Soy muy susceptible cuando se trata de esos temas.

—¿De mentir?

—No. De cuestionar la lealtad de mis amigos. No tengo padres, abuelos ni tíos... Sólo los tengo a ellos. Y cuando alguien los insulta, me ofende mucho.

Asintió.

—Ya veo, pero no los he insultado. Sólo creo que Kayden siente algo por Rex. Eso es todo.

Quizás estaba reaccionando de forma exagerada. Era muy protectora con mi grupo de amigos y a veces me costaba relajarme.

—Tienes razón. Lo siento.

—Disculpa aceptada. Pero ¿podemos considerar lo ocurrido como una pelea?

—No sé. ¿Por qué?

—Porque no me importaría reconciliarnos con un poco de sexo. —Le ardían los ojos al contemplarme.

Cada vez que me dirigía esa mirada, lograba que me derritiera.

—A mí tampoco.

—VEN AQUÍ. —DEJÓ CAER LOS VAQUEROS Y CALZONCILLOS HASTA LOS tobillos y se sentó en el centro del sofá. Había un espejo de cuerpo entero en la pared de enfrente y podía ver su propio reflejo. Se dio unas palmadas en el muslo, llamándome para que me sentara en su regazo.

Me senté a horcajadas agarrándome a sus caderas y bajé hasta los muslos, sintiendo el movimiento de su miembro entre mis nalgas.

Ryker se apoyó en el respaldo del sofá y dirigió la vista al espejo.

—Así... —Movió un poco las caderas. Sus ojos se ensombrecieron de deseo al ver nuestros movimientos al unísono, y su poderoso pecho subía y bajaba a gran velocidad cada vez que respiraba.

—¿Quieres mirarme el culo mientras me follas? Me aferré a sus hombros con las tetas delante de su cara. Al moverme arriba y abajo, se agitaban un poco.

—Exacto. —Me acarició las nalgas, dándoles un fuerte apretón—. Antes de conocerte me gustaban más las tetas, pero ahora me gustan también los culos. —Se inclinó hacia delante y me chupó el pezón, rodeando la superficie con la lengua mientras lo cubría de calor con su aliento.

Se me tensó el coño al ver su erección. Saber que lo excitaba tanto, que me apretaba con tanta fuerza porque no podía esperar a estar dentro de mí, que no podía mantener bajo control la respiración porque quería follarme con fuerza, hacía que me lubricara enseguida.

Me aferré a sus hombros desnudos, sintiendo los surcos entre sus músculos de fuerza extraordinaria. Seguía deslizando el miembro contra mi entrepierna y yo esperaba que me penetrara, tensándome tanto que habría llorado de placer y dolor.

Ryker observaba mi cuerpo en el espejo, mirándome fijamente el culo en

su regazo y la acusada curva de mi espalda. Me retorció con más fuerza, haciendo que los músculos que sobresalían en torno a mi columna se doblaran.

—Es lo más sexy que he visto jamás. Podría contemplarte todo el día si no tuviera tantas ganas de follarte. —Me levantó el culo con una mano y me insertó la punta de la polla con la otra. Me estiró con lentitud, alcanzando enseguida la zona húmeda y atravesándola. Se deslizó dentro en mi interior con gran facilidad gracias a la abundante lubricación. Me agarró de las caderas y lentamente me hizo descender hasta penetrarme por completo—. Joder. —La palabra emergió del fondo de su garganta, ronca y fuerte.

Me mantuvo inmóvil sobre su miembro, enterrado en mi cuerpo en toda su extensión. Me movió despacio las caderas en movimientos circulares, acariciándome las nalgas con sus largos dedos.

—Tienes un culo increíble. —Me rozó la entrepierna, deslizando los dedos sobre mi abertura.

—Me siento en él a diario. —Le rocé los labios con los míos mientras hablaba.

Me chupó el labio inferior, besándome con agresividad. Luego acercó los dedos a mi boca y los metió dentro, humedeciéndolos con mi lengua.

—Chupa.

Le chupé los dedos y vi el fuego arder en sus ojos. Tenía manos varoniles, llena de venas en la superficie y de músculos definidos que destacaban al más mínimo movimiento.

Los sacó de mi boca y volvió a agarrarme las nalgas. Encontró la entrada trasera y comenzó a moverlos lentamente.

—Ay. Por detrás no. —Ryker era increíblemente sexy y podía hacerme casi de todo, pero con mi trasero no se jugaba.

—¿Lo has probado?

—No. Y no tengo intención de empezar ahora.

Mantuvo los dedos en la entrada, pero no me los metió.

—¿Confías en mí, cariño? —Me besó la comisura de los labios y continuó

hablando con voz sombría y sexy—. ¿Cuándo te he fallado?

—Nunca.

—Pues déjame hacerlo. —Volvió a besarme y sentí su cálido aliento en mi rostro.

—¿No te parezco lo bastante sexy?

—Siempre lo eres, cariño, pero te estoy mirando fijamente el trasero y me encantaría meterte el dedo y darte placer.

—¿Y si no?

Me besó.

—Confía en mí.

Si hubiera sido cualquier otro tío le habría dicho que no. Pero Ryker lograba que hiciera cosas de las que no me había creído capaz. Me provocaba sensaciones inesperadas.

—Vale.

Me dirigió una sonrisa y me penetró lentamente, deslizando la polla en mi interior hasta llegar lo más lejos posible. Me rozó las nalgas antes de presionar mi abertura con el índice.

Fue una sensación extraña, incómoda al principio. Pero al embestirme desde abajo y ver cómo nos movíamos al unísono en el espejo, olvidé lo extraño que resultaba. Vi su deseo desbordante y no me importó nada más.

Me metió dos dedos, pulsando y empujando al mismo tiempo. Se le tiñeron las mejillas de rosa y su respiración se hizo profunda e irregular. No apartó los ojos del espejo y yo no aparté la vista de él.

—No tienes ni idea de lo sexy que estás ahora mismo.

El juego anal no me molestó y sentí el calor habitual entre mis piernas. Notaba un fuego que me quemaba desde dentro. Deslicé las manos por su pecho mientras me movía con su miembro en mi interior, concentrándome en su mandíbula firme y en sus preciosos ojos. Quería correrme ya. Podía sentirlo.

Apreté más el coño contra su miembro y, de buenas a primeras, el clímax

me embargó con fuerza. Le clavé las uñas en los hombros y noté la fuerza del orgasmo arrasarme como un huracán. Grité de placer y sentí que el corazón dejaba de latirme de golpe.

Ryker apartó la vista del espejo y me observó. No dejó de mirarme el rostro mientras explotaba, cubriendo su miembro con mis fluidos. Se me tensó el ano contra sus dedos y aquella sensación pareció durar una eternidad.

Era el éxtasis más intenso que había experimentado y no sabía si era por la sensación de intensa plenitud o por la excitación provocada por el hombre que yacía bajo mi cuerpo. En cualquier caso, todo se unía para llevarme a nuevas cotas de placer.

Siguió acariciándome el ano, pero no volvió a mirar el espejo. Contempló mi rostro mientras nos movíamos a la vez con abundante lubricación. Acercó su rostro al mío y jadeó, penetrándome hasta el fondo.

Tomé su rostro entre mis manos y lo miré a los ojos. Sentí que mi corazón sucumbía ante aquel hombre. Nunca me había enamorado tanto de otra persona ni había sentido algo tan fuerte por nadie. No me imaginaba mañana ni el día siguiente. Me imaginaba una vida entera de noches infinitas de buen sexo y años de felicidad. Me lo imaginaba esperándome junto al altar cuando Rex me entregara. Me imaginaba nuestra primera casa a las afueras de la ciudad y podía verme dando a luz a un niño que fuera exactamente igual que él.

Oh, mierda.

Me había enamorado de verdad.

Me besó con fuerza en la boca, prácticamente magullándome los labios mientras me embestía una y otra vez.

—Quiero seguir, pero joder, quiero correrme. —Le palpitaba la polla y sentía su presión ansiosa en mi estrecho canal.

—Pues córrete y sigamos.

Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo del sofá y tomó aire, asimilando mis palabras.

—Me vuelves loco, ¿sabes?

—Aún no has visto nada. —No actué de forma premeditada. Fue producto del instinto, la lujuria e incluso el amor. Le metí los dedos en la boca—. Chupa.

Se enderezó e hizo lo que le pedía, sin apartar sus ojos sombríos de deseo de los míos ni por un instante. Me lamió los dedos, tal como había hecho con mi propia lengua al besarnos.

Cuando estuvieron empapados, los saqué, acercándolos a mi abertura y apartando los suyos.

Miró hacia el espejo inmediatamente.

Me metí los dedos e imité sus movimientos. No había hecho nada parecido jamás, pero me hacía sentir tan sexy que creía poder hacer cualquier cosa. Monté su polla mientras me masturbaba al mismo tiempo.

—Hostia... puta. —Observó mis movimientos en el espejo y su respiración se enrareció. Me agarró de las caderas y me penetró aún más mientras observaba cómo me metía los dedos por detrás.

—Córrete ya.

Me apretó las caderas con tanta fuerza que estuvo a punto de magullarme y, dejándose llevar por el frenesí carnal, me folló de forma agresiva. Movía los muslos desde abajo, embistiéndome con la polla sin la más mínima delicadeza. Se había perdido en una bruma de placer desenfrenado.

Se corrió con un fuerte gemido, más intenso que cualquier otro que hubiera proferido antes. Tenía la frente cubierta de sudor y me embistió con todas sus fuerzas, llenándome el coño con todo lo que tenía.

—Joder. Joder. Joder. —Me agarró las nalgas y las separó, dándome hasta la última gota. El orgasmo duró una eternidad y se aferró a él durante el mayor tiempo posible.

Cuando terminó al fin, me miró a los ojos, respirando con dificultad.

—Ha sido... perfecto. —Me besó el cuello y la mandíbula. Cuando sus labios se encontraron con los míos, me dio un beso dulce que traicionaba la agresividad que había mostrado hacía un momento—. Quiero volver a

follarte... así.

—Entonces dejaré aquí los dedos... para que los veas.

Sus ojos volvieron a oscurecerse, como si no hubiera quedado satisfecho tan sólo un momento antes.

—Eres perfecta, ¿sabes?

Le di un beso seductor, entrelazando la lengua con la suya antes de apartarme.

—Lo sé.

ENTRÉ AL BAR Y ME ENCONTRÉ A LAS CHICAS SENTADAS EN UNA MESA DE LA parte de atrás. Jessie llevaba un vestido y tacones, la ropa que usaba para trabajar aunque estuviera todo el día de pie. Kayden iba en vaqueros como siempre y, gracias a eso, yo no daba la nota.

Ya me habían pedido una copa cuando llegué.

—¿Qué tal con la basura? —preguntó Jessie.

—Trabajo en reciclaje. —Lo sabía de sobra, pero le gustaba meterse conmigo cada vez que tenía ocasión.

—¿Cómo va todo? —preguntó.

—Bien. —No había avanzado demasiado ese día porque tenía la mente en otra parte, pensando en Ryker—. Tengo algo mucho más interesante de lo que hablar.

—¿Que Ryker tiene un hermano mayor, más rico e incluso más atractivo? —preguntó Jessie con un brillo de esperanza en la mirada.

—No. —De hecho, no sabía si tenía hermanos. Era bastante peculiar en todo lo relacionado con su familia, aunque supiera quién era su padre—. Pero es sobre Ryker.

—¿El qué? —preguntó Kayden—. ¿Te ha pedido que te mudes con él?

Ojalá.

—No. Pero... creo que me he enamorado de él.

Jessie intercambió una mirada con Kayden antes de poner los ojos en blanco.

—Eso ya lo sabíamos.

—Sí —dijo Kayden—, no es ninguna novedad.

—Pero ahora lo sé con certeza. —Di un sorbo a la bebida y me di cuenta de que Jessie la había pedido el doble de fuerte de lo necesario, como hacía siempre—. Lo vi muy claro la otra noche.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Kayden—. ¿Hizo algo especialmente romántico?

Los tocamientos por detrás no eran muy románticos que digamos.

—Sabéis que me niego a practicar sexo anal, ¿verdad?

—Sí —dijo Jessie—. Yo también.

—Ya somos tres —dijo Kayden.

—Bueno, pues estábamos en plena acción y dejé que me metiera un poco el dedo por detrás. —No se lo contaría a nadie a excepción de a ellas dos, ni siquiera a Zeke. Sería muy raro.

—¿En serio? —Jessie hizo una mueca.

—¿Cómo fue? —preguntó Kayden.

—Fue... —Me encogí de hombros porque no era capaz de encontrar las palabras adecuadas—. Estuvo bien, pero se puso como loco. Siempre ha sido fogoso en la cama, pero salió a relucir un lado suyo completamente diferente.

—Entonces valió la pena —dijo Kayden.

—Por supuesto. —Verlo mostrar tanta pasión por mí me excitaba aún más.

—Ahora querrá follarte por detrás. —Estaba claro que Jessie no se andaba con rodeos.

—Totalmente —dijo Kayden—. Seguramente querrá hacerlo así la próxima vez que lo veas.

—Espero que no. —No me importaba un poco de juego anal, pero no estaba preparada para veinte centímetros.

—Si has cedido una vez, te presionará. —dijo Jessie—. Te lo digo por

experiencia.

Kayden dio un sorbo a su bebida.

—¿Qué hizo para que te dieras cuenta de que estás enamorada?

—Nada especial. —No había dicho ni hecho nada nuevo. Me había dado cuenta de repente, cuando nos movíamos al unísono en el sofá. Me encantaba ver la satisfacción en sus ojos, y deseé hacer que se sintiera bien todos los días—. Lo supe sin más... ¿sabéis?

—Ah... —Kayden me dio un ligero apretón en la muñeca sobre la mesa. —Sí.

—¿Se lo vas a decir? —preguntó Jessie.

—No sé... —Desconocía sus sentimientos. A veces parecía que podría sentir lo mismo, pero recordé lo retraído que se había mostrado en otras ocasiones. Me daba una parte importante de sí mismo, pero no todo.

—Creo que siente lo mismo por ti —dijo Kayden—. Me refiero a que ningún tío estaría tanto tiempo con una mujer a menos que quisiera algo más que sexo.

—Yo también —dijo Jessie—, pero puede que no se haya dado cuenta. Los tíos no tienen mucha idea de sus sentimientos.

—¿Creéis que debería decírselo? —Hablar de aquello me ponía nerviosa para bien y para mal, así que bebí el contenido de mi copa mucho más rápido de lo debido. Ya empezaba a notar los efectos del alcohol.

—No sé —dijo Kayden—. Tú lo conoces mejor que nosotras.

—Creo que deberías decírselo —dijo Jessie—. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Qué no te responda que él también te quiere?

—A mí me parecería desastroso —dijo Kayden riendo.

—Opino lo mismo. —Eso dolería y mucho.

—Que no lo diga ahora no significa que no vaya a decirlo más adelante. Y sabrá lo que sientes. ¿A quién no le gusta que le digan que lo quieren? —Jessie terminó su copa y le hizo señas a la camarera para que le trajera otra—. No creo que sea para tanto. Si acaso, potenciará su ego. Y cuando esté

preparado, lo dirá porque sabe que tú sientes lo mismo.

—Es cierto —dijo Kayden—. Es otra forma de verlo.

—¿Entonces las dos creéis que debo decírselo? —pregunté.

Jessie se encogió de hombros.

—Es decisión tuya. Puedes esperar un poco si prefieres. No hay prisa por soltarlo a la primera de cambio.

—Pero si estás enamorada, ¿no deberías ser honesta? —preguntó Kayden—. Yo nunca lo he estado, pero si me pasara, querría ser sincera. Podrías ser tú misma y hacer y decir cosas que, de otra manera, no podrías.

—Supongo que iré viendo cómo se desarrollan los acontecimientos —respondí—. Puede que diga algo si llega el momento oportuno. Pero si no... me lo callaré.

—Problema resuelto —dijo Kayden—. Zeke y Rochelle ya se dicen que se quieren y sólo llevan un mes juntos. Vosotros lleváis tres. No es tan precipitado.

—Sí, eso es cierto. —Me parecía pronto porque no era propio de mí sentir algo tan fuerte por otra persona. Pero había sucedido cuando menos lo esperaba. Guardaba con tanto celo mi corazón que no creía haber roto la barrera lo bastante como para sentir algo así por alguien. Pero en realidad, no era tan pronto—. Gracias por darme vuestra opinión sobre mi vida amorosa.

—Cuenta con ello —dijo Kayden—. No es que seamos expertas, pero hemos pasado por situaciones similares.

—Y yo he besado muchas ranas —dijo Jessie—. Está claro que Ryker no es una. ¿Estás segura de que no tiene hermanos?

Me eché a reír.

—Le preguntaré la próxima vez que lo vea.

—Muchas gracias —dijo Jessie—. Incluso un primo me vale.

—Entendido —dije—. Dejemos de hablar de mí. ¿Qué os contáis, chicas?

—SAFARI, DA LA VUELTA. —REX SOSTENÍA UN TROZO DE PEPPERONI Y LO agitaba delante de su cara—. Venga, da la vuelta. Así. —Hizo el gesto con la mano.

Safari lo observó con expresión vacía.

—Venga, chico. —Rex silbó y volvió a agitar el premio ante el hocico del perro.

Estaba sentada en la mesa con gesto exasperado.

—No tiene por qué aprender trucos.

—¿Por qué no? —preguntó Rex—. Otros perros lo hacen.

—Pero Safari es demasiado bueno para eso —repliqué—. Merece los premios por lo mono que es. Y no hay más que hablar.

Rex me ignoró e intentó enseñarle a Safari a dar la patita.

Safari me miró con expresión de *¿No me puede dar el maldito premio?*

Zeke bebía cerveza mientras observaba a Rex.

—Pobre perro.

—¿A que sí? —Bebí cerveza y me volví hacia Zeke—. ¿Qué haces esta noche?

—Acaban de abrir un *escape room* en el centro —dijo Zeke—. Podría ser divertido. Tienes que resolver una serie de acertijos mientras los zombis tratan de comerte el cerebro.

—Vaya presión —dije.

—Unos amigos me han dicho que está genial —dijo—. Quizás deberíamos ir. ¿Qué planes tiene Ryker esta noche?

—Hoy no he hablado con él. —Hacía lo posible por no ser pegajosa, para compensar el hecho de querer estar con él cada segundo del día. No era la clase de mujer que necesitara el afecto de un hombre a todas horas, pero Ryker había cambiado muchos aspectos de mi personalidad.

—Si conseguimos que vengan Ryker, Rochelle y las chicas, seremos suficientes. Luego podemos irnos de bares.

Era una excusa para llamarlo, así que acepté. Hice la llamada y acerqué el

teléfono a mi oreja.

—Hola. —Solía contestar con algún apodo cariñoso, pero no lo hizo.

—¿Qué tal? ¿Estás libre esta noche?

—No, tengo planes. —No dio más explicaciones y me resultó muy extraño.

—Eh, ¿va todo bien? —Me alejé de la mesa cuando Zeke me dirigió una expresión preocupada. Avancé por el pasillo hasta que estuve a suficiente distancia para que no pudieran oírnos.

—Estoy bien —dijo—. Tengo un mal día.

Odiaba ser una novia entrometida, pero lo fui de todas formas.

—¿Qué estás haciendo?

Ryker no me dio una respuesta clara.

—Rae, ahora mismo tengo problemas familiares. Sólo quiero un poco de espacio.

Me dolió que me mantuviera al margen. No quería contarme sus problemas familiares porque nunca hablaba de esos temas conmigo. Y me dolía no formar parte de ese aspecto de su vida. Después de todo el tiempo que habíamos pasado juntos y de nuestra obvia intimidad, me creía con derecho a conocer detalles privados de su vida. Pero no lo iba a presionar en ese momento, no cuando era evidente que estaba disgustado.

—Lamento oír eso. Sabes que aquí me tienes si necesitas algo.

—Lo sé. Gracias.

—Bueno... hablamos más tarde. —Supe que no lo vería en todo el fin de semana, a juzgar por su tono de voz. Sólo esperaba que su ausencia no durara demasiado.

—Te llamaré el lunes. —Colgó sin decir una palabra más.

Al menos me había dicho cuándo podía esperar tener noticias suyas.

Volví a la cocina y Zeke fijó la vista en mí de inmediato.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Rex seguía perdiendo el tiempo con Safari.

—Ryker tiene problemas familiares —expliqué—. No quería hablar del

tema y me ha dicho que me llamará el lunes.

—Es una pena —dijo Zeke—. Espero que no sea nada grave.

—No estoy segura. No me habla de su familia, aunque conozco a su padre.

—Es un tema delicado para algunas personas —respondió Zeke—. Sé que Ryker está resentido con su padre por hacer que se mudara a Seattle. Puede que tenga algo que ver con eso.

Me pareció triste que Zeke supiera más del tema que yo.

—Sí, tal vez sea eso.

Detectó cierta tristeza en mis ojos.

—Yo no me preocuparía. Ryker se recuperará y todo volverá a ser como antes. No le des más vueltas.

—Sí... —Pero era en lo único que podía pensar hasta que volviera a hablar con él.

EL FIN DE SEMANA TRANSCURRIÓ LENTAMENTE PORQUE NO ME PODÍA QUITAR DE la cabeza a Ryker. Me quedé en casa y pasé el tiempo con Safari y Rex. Mi hermano sabía que estaba un poco triste, así que dejó a un lado su actitud molesta.

Esperaba que los problemas familiares de Ryker no fueran graves, pero la preocupación se apoderó de mí. Tal vez alguien había sufrido un accidente de automóvil, y esperé que se recuperase pronto. Fuera lo que fuese, esperaba que no le hiciera daño a Ryker. No era una persona emotiva, pero sabía que se preocupaba mucho por los demás, aunque no lo admitiera.

Cuando fui a trabajar el lunes, traté de no mirar mi teléfono de forma obsesiva. Aunque no me llamara, no significaría nada. Esperaba poder quedarme a dormir en su casa y consolarlo de la forma que más necesitara. Puede que Safari pudiera animarlo.

Tras salir a correr al parque y darme una ducha, me llamó.

Me dio un vuelco el corazón de alegría y suspiré aliviada al ver su nombre en la pantalla. Tardé un segundo en recuperar la compostura antes de responder.

—Hola.

—Hola, cariño. —Su voz sonaba profunda como siempre, con un toque de confianza y posesividad.

Mi cuerpo se liberó de la tensión al oír el saludo. El problema que tuviera con su familia debía haberse resuelto solo. De lo contrario, no estaría de buen humor. Me tumbé en la cama y miré fijamente al techo.

—¿Cómo estás?

—Bien. Acabo de llegar a casa del gimnasio.

—¿Significa eso que estás acalorado y sudoroso?

—No. —Lo oí reírse al otro lado de la línea— Pero puedo estarlo contigo.

—Oh... suena divertido.

—¿Y si mueves ese culo precioso y vienes a casa?

—Estaré allí enseguida.

—Esa es mi chica.

CUANDO SE ABRIERON LAS PUERTAS DEL ASCENSOR, RYKER ESTABA ALLÍ DE PIE como siempre. Iba con pantalones de chándal y sin camiseta, mostrando su torso fuerte y definido, listo para que arrastrara mis uñas por sus infinitos surcos.

Dejé caer el bolso al suelo y me acerqué enseguida a él. Le eché los brazos al cuello y lo besé en los labios, expresando lo mucho que lo había echado de menos durante el fin de semana.

Nos comunicamos sin palabras, y me atrajo hacia sí mientras me apoyaba en sus hombros y le rodeaba la cintura con las piernas. Me llevó a su habitación sin que rompiéramos el beso. Se tomó su tiempo pese a la

desesperación que ambos sentíamos. No podía esperar a notar las sábanas contra mi espalda y sentirlo moverse en mi interior.

Ryker trepó a la cama conmigo colgando. Me soltó sobre el colchón, apoyándome la cabeza sobre la almohada, y se dispuso a quitarme la ropa. Tiró de mis vaqueros y bragas antes de quitarse sus propios pantalones y calzoncillos. Tenía el miembro erecto y listo, como siempre que estábamos juntos.

No se molestó en quitarme la camisa antes de penetrarme, estirándome y deslizando su miembro en mi interior ayudado por mis fluidos. Ya estaba húmeda, pues de camino a su apartamento había estado pensando en todas las cosas obscenas que haríamos cuando estuviéramos juntos.

Me sostuvo las piernas sobre sus hombros y presionó el pecho contra la cara externa de mis muslos. Me empujó hacia abajo hasta quedar doblada bajo su cuerpo. Entonces me embistió con fuerza, como si lleváramos meses sin vernos en lugar de días.

—Te he echado de menos.

Le acaricié el pelo, agarrándole mechones al sentir el repetido impacto de su cuerpo contra el mío. Sentía aún más placer que antes de separarnos, y oír esas palabras íntimas hizo que me dejara llevar aún más por el momento.

—Te he echado tanto de menos.

Gimió contra mi rostro y me embistió con más intensidad.

Lo agarré de las caderas, haciendo que me penetrara aún más, introduciendo cada centímetro de su miembro en mi interior, aunque empezara a dolerme al rozar repetidamente el cuello uterino. Necesitaba sentir tanto de él como fuera posible, a pesar del dolor.

—No te has tocado este fin de semana, ¿verdad?

Había estado demasiado deprimida para sentirme excitada. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—No. Me he estado reservando para ti.

Dejó escapar un jadeo y me penetró con fuerza, deteniéndose durante un

momento sin moverse. Entonces volvió a empezar, pero esta vez, se movió con más intensidad y rapidez, llevándonos a un clímax que nos hizo gemir al unísono, aferrándonos con fuerza el uno al otro mientras nos embargaba el placer y el éxtasis mutuo.

COMIMOS LA PIZZA DIRECTAMENTE DE LA CAJA EN LA CAMA, AMBOS DESNUDOS Y hambrientos. Estaba tumbada boca abajo con los pies en el aire y, aunque iba por la tercera porción, seguía teniendo hambre. Ryker se apoyaba en el codo. Tomó alguna porción, pero dejó de comer poco después. Dio un sorbo a la cerveza y la dejó en la mesita de noche.

Sólo habíamos hablado de lo que pediríamos para cenar. Y mientras comíamos, tampoco hablamos apenas. El único momento en el que nos comunicábamos de verdad era durante el sexo, aunque tampoco decíamos mucho.

Deseaba preguntarle por su familia, pero sabía que no querría hablar de ello. Ryker era la clase de hombre que no daba su brazo a torcer, aunque lo presionaran. Era de ideas fijas y nada lo haría cambiar de opinión. Si quisiera que me enterara, me lo diría.

Me observó con detenimiento mientras me comía la última porción.

—Eres la única mujer que conozco que hace que comer pizza parezca sexy.

—Vaya, gracias. Llevo toda la vida luchando por eso.

Se rio.

—Bueno, pues lo has logrado.

Terminé la corteza y me limpié los dedos con la servilleta. Metí los restos en la caja de la pizza y la aparté a un lado.

—¿Qué has hecho este fin de semana?

—Fuimos a un *escape room* en el centro.

—¿Cómo fue? —Se acercó más a mí en la cama ahora que ya no quedaba

comida.

—Hubo bastante tensión, pero desciframos el código y salimos de allí. Luego nos fuimos de bares.

—Vaya noche loca.

—Por suerte, Zeke y Rochelle resolvieron los acertijos. Son unos genios...

—Son perfectos el uno para el otro. Me gusta mucho Rochelle.

—A mí también. Es mona.

—Y mantiene ocupado a Zeke para que deje de obsesionarse contigo.

Le di una patada sin mucha fuerza.

—No digas eso. No es verdad.

Sonrió como si supiera algo que yo desconocía.

—Crees que todos mis amigos están enamorados unos de otros.

—Porque lo están —dijo riendo—, pero me alegro de que Zeke haya pasado página por fin. Rochelle es la clase de mujer que le presentas a tus padres. Le va muy bien.

Zeke nunca había sentido nada por mí, pero no iba a discutir con él. En lugar de eso, me concentré en la parte positiva de lo que había dicho.

—A mí también me gusta Rochelle. Rex tiene sus dudas al respecto, pero él es muy especial.

Ryker alzó una ceja.

—¿Qué problema tiene con ella?

—Dice que van demasiado rápido. Ya se están presentando a sus padres y diciéndose que se quieren. No creo que sea para tanto. Si Zeke ha encontrado a la persona adecuada, ¿qué importa que lleven saliendo sólo un mes?

—Hay algo más que Rex no te cuenta, porque su criterio no tiene sentido.

Lo miré con cara de fastidio.

—Rex es un idiota, así que yo no le daría muchas vueltas. Ni siquiera los científicos son capaces de entenderlo.

Ryker se movió lentamente sobre mí y me besó la espalda, deslizando los labios por mi columna vertebral hasta llegar al trasero. Continuó bajando hasta

alcanzar mi entrepierna.

Cerré los ojos, disfrutando el momento y olvidando todo lo que habíamos estado hablando.

Volvió a recorrer el mismo camino en sentido ascendente hasta llegar a la nuca. Montó mi trasero a horcajadas y presionó su miembro contra mi abertura. Acercó la boca a mi oído y respiró profundamente, dejando patente su excitación.

Acercó el miembro a mi abertura y lo deslizó en su interior lentamente, gimiendo en voz queda al penetrarme.

—Estoy deseando follar ese ano diminuto. —Me la metió entera y se sostuvo con los brazos, presionando el pecho a mi espalda. Me embistió con fuerza, sujetándome contra las sábanas mientras me empujaba por detrás. —Pero este coño húmedo no se queda atrás. —Me folló desde atrás lentamente, con embestidas largas y uniformes.

Me empujaba sobre las sábanas con su peso y sentía el roce del clítoris contra la ropa de cama bajo mi cuerpo. Era una sensación increíble, y sólo tenía que quedarme allí tumbada y disfrutar. Ryker estiró el cuello y me besó los hombros y la mandíbula, respirando de forma profunda y sexy.

Volví el rostro y lo acerqué a su cuello.

—Ryker...

Aumentó un poco el ritmo.

—Cariño. —Se movió sobre mí durante largo rato, haciendo que me corriera. No aumentaba la velocidad porque quería aguantar todo el tiempo posible.

Entonces cambiamos de postura y me tumbó boca arriba. Me sujetó las piernas con los brazos y me penetró desde arriba. Me la metió entera al mismo ritmo, sacudiéndome las tetas con cada embestida.

Parecía un dios sobre mí, reclamando lo que era suyo. Me embestía como si fuera su posesión privada y pudiera disfrutar de ella cuando le placiera. Se formó sudor en su pecho y el brillo de sus músculos le hacía parecer aún más

sexy.

Iba a hacer que volviera a correrme. Podía sentirlo.

Ryker me miró fijamente, observando mis reacciones. Se concentró en los ojos y en los labios, percatándose de que me los mordía de cuando en cuando. A veces susurraba su nombre, y entonces se le oscurecían los ojos.

Le clavé las uñas en los brazos, disfrutando mientras me embestía con su polla. Siempre estaba húmeda para él, por lo que se deslizaba con facilidad en mi interior. Aun así, nunca me acostumbraría a su tamaño.

—Estás tan preciosa ahora mismo... —Sus ojos azules se habían oscurecido y parecían grises. Se le formó sudor en la frente, resbalándole por la sien. Respiraba con dificultad debido al esfuerzo, y su fuerte pecho se expandía cada vez que tomaba aire.

Le clavé los dedos en los bíceps y me dejé llevar. No podía pasar un fin de semana sin echarlo de menos, seguramente ni siquiera un día. Hacía tiempo que mi corazón había sucumbido. No podía recordar el momento exacto, pero había sucedido en algún instante del pasado. No quería ocultar por más tiempo lo que sentía por aquel hombre que se había convertido en mucho más que una aventura de una noche.

—Ryker... te quiero.

Siguió moviéndose en mi interior, aunque a un ritmo más lento. Aún tenía dura la polla, pero en sus ojos ya no se apreciaba esa desesperación por correrse. Tenía la mirada fija en mí, pero se volvió imposible de descifrar. Había bloqueado sus emociones y era evidente que ya no se dejaba llevar por el momento.

No me dijo que me quería.

Rompió el contacto visual y se inclinó sobre mí, embistiéndome con fuerza, como si quisiera terminar cuanto antes. No me corrí, aunque en circunstancias normales lo habría hecho, y terminó con un leve gemido que apenas escapó de sus labios.

Después de terminar permaneció sobre mí mientras recuperaba el aliento.

Cuando se inclinó para besarme, fue similar al beso de abuela que habíamos compartido en nuestra primera cita de verdad, vacío y sin pasión.

Entonces se separó de mí y fue inmediatamente al baño. Se oyó el agua correr un momento después, y oí la mampara de cristal cerrarse tras él.

Me quedé en el mismo sitio donde me había dejado, mirando al techo. El remordimiento me invadió al darme cuenta de que había dicho algo que no podía retirar. Durante un momento, había pensado que me respondería. ¿Había sido una estúpida por pensar que lo haría?

No me gustaba la forma en que se había alejado sin decir palabra. Se había metido en la ducha y había abierto el grifo para ahogar todos los ruidos. Pero, al mismo tiempo, tampoco podía culparlo por buscar un poco de intimidad. Acababa de soltarle una bomba que no era capaz de asimilar.

Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y borrar lo que acababa de pasar. Deseé no habérselo dicho jamás.

PODRÍA HABERME IDO A CASA CUANDO ESTABA EN LA DUCHA, PERO NO QUERÍA huir de los problemas. Sería incómodo hasta que lo habláramos. Cuando lo resolviéramos, no habría más que decir. Y tras una semana, volveríamos a la normalidad.

Me senté en el sofá y vi la televisión con una de sus camisetas. Estaban echando *El Príncipe de Bel-Air*, y necesitaba algo bueno para animarme. Pero, por muchas veces que viera bailar a Carlton, seguía sintiéndome fatal.

Cuando salió de la ducha, se quedó un buen rato en su habitación. Mi bolso seguía allí, así que sabía que no me había marchado. Una hora después salió al pasillo y apareció ante mí. Llevaba pantalones de chándal y una camiseta.

Se quedó detrás del otro sofá, apoyando la mano en el respaldo. Contempló con detenimiento la pared de enfrente donde estaba el espejo, evitando mirarme.

Decidí romper el hielo.

—Sé que es incómodo y siento hacerte sentir así, pero no me arrepiento de lo que dije ni de lo que siento. Me dejé llevar por el momento y se me escapó. Pero quiero que sepas que no hace falta que me digas que me quieres. No me molestaré si no lo haces. No hay ningún tipo de presión.

No mostró reacción alguna. No apartaba la vista de su propio rostro reflejado en el espejo.

—No estoy disgustada contigo y espero que tú no lo estés conmigo.

Nada.

Ya no sabía qué hacer. Se había encerrado en sí mismo.

Suspiré.

—¿Quieres que me vaya?

Agachó la cabeza y se miró los pies.

—No.

—Entonces, ¿podemos pasar página?

—Supongo que sí.

Esperaba que me diera una explicación más detallada de su comportamiento, pero era obvio que no iba a hacerlo.

—Bueno... ¿quieres ver una película o algo?

Dijo algo totalmente distinto, como si no hubiera escuchado mi pregunta.

—¿Esperabas que te respondiera? —Me miró al fin por primera vez desde el incidente. La expresión en sus ojos era diferente, espectral.

—Supongo que pensé que era una posibilidad.

—¿Por qué?

La pregunta me pilló desprevenida por lo mucho que dolía.

—Veo la forma en que me miras cuando estamos juntos. Hace tiempo que empecé a tener estos sentimientos. No creo que sea ridículo suponer que podrías sentir lo mismo que yo. Sé que eres callado y serio, pero no eres un robot.

Volvió a agachar la cabeza.

—Te repito que no voy a disgustarme si no me lo dices.

Dio golpecitos con los dedos en la parte trasera del sofá.

—No tiene por qué cambiar nada. Dejemos el tema y pasemos página.

Apartó la mano del sofá y se dirigió a la cocina. Tenía los hombros más tensos que nunca.

—¿Quieres algo?

—No, gracias.

No regresó en un buen rato. Seguramente estaba bebiéndose una cerveza solo en la cocina antes de tener que enfrentarse de nuevo a mí. Cuando regresó, habían pasado casi cinco minutos. Se sentó en el sofá a mi lado, pero no mostró el más mínimo afecto. No me acarició el muslo y ni siquiera me miró.

¿Lo había arruinado todo?

—¿POR QUÉ TIENES TAN MAL ASPECTO? —REX ESTABA JUNTO A LA ENCIMERA de la cocina tomando un cuenco de cereales, aunque eran las cinco de la tarde.

—Porque me siento como una mierda. —Cerré de un portazo y pasé junto a Safari sin ni siquiera mirarlo.

—¿Estás enferma? —exclamó Rex—. Porque no puedo enfermarme ahora. Tengo que estar todos los días en Groovy Bowl y ni siquiera tengo seguro médico, así que si pillo algo...

—No estoy enferma. —Maldita sea, a veces no se callaba.

—¿Entonces qué te pasa?

—Nada. —Entré en mi habitación y cerré la puerta. Cuando estuve a solas, arrojé a un lado el bolso y me dejé caer en la cama, agradecida por tener un poco de intimidad para poder compadecerme de mí misma. Miré al techo y cerré los ojos.

Rex llamó a la puerta antes de abrir. Safari entró como una flecha y saltó a la cama. Se acurrucó a mi lado y apoyó la barbilla en mi barriga, pues me conocía muy bien y sabía que me pasaba algo.

—¿Estás bien?

—Sí —dije con un suspiro—. Ahora mismo quiero estar sola.

Rex se quedó en la puerta, sin saber qué hacer.

—Estoy bien, de verdad. Puedes marcharte.

—Sé que te ha pasado algo malo. —Se apoyó en el marco de la puerta, cruzándose de brazos—. Y sé que necesitas a alguien.

—Estás exagerando. Sólo he tenido un mal día.

—Nunca te he visto ignorar a Safari. —Señaló con un gesto al perro que estaba echado junto a mí—. Sé que ha sido algo más que un mal día. Así que cuéntamelo.

Hablaría con Jessie y Kayden más tarde... si acaso.

—No es nada, de verdad...

—Déjate de tonterías y cuéntamelo. No te incordiaré durante la conversación, te lo prometo. —Entró en la habitación y se dirigió a la pequeña butaca que había junto a la mesita de noche. Se cruzó de brazos y se dejó caer en ella.

—No es asunto tuyo, Rex. Y no tiene nada de malo.

—Rae, sabes que me preocupo por ti. —Me dirigió una expresión atenta, algo que raramente hacía.

Me incorporé y me apoyé en el cabecero.

—He hecho algo muy estúpido con Ryker...

Rex se mordió la lengua y no hizo ninguna broma, tal y como había prometido.

—Le dije que lo amaba y no me respondió. La situación se ha vuelto incómoda desde entonces... —Me pasé las manos por la cara, llena de frustración. Debí haber cerrado la boca, pero fui tonta y lo dije sin pensar.

Rex podía haber hecho algún comentario con mala intención o decirme «te lo dije». Me había advertido que Ryker no me daría lo que quería, pero no se regodeó en su victoria.

—¿Has hablado con él del tema?

—Sí. Le dije que no importaba si me respondía o no. Que no estaba molesta y él tampoco debería estarlo.

—¿Y?

—No volvimos a hablar de ello, pero la situación se ha enrarecido.

Rex observó a Safari a mi lado y permaneció en silencio, pensativo.

—Pensé que me diría «te quiero» por la forma en que me trata. Me duele que no lo haya hecho, pero no creo que sea el fin del mundo. Sólo espero que entienda que no hay por qué sentirse incómodo por lo ocurrido.

—Mientras le hayas dicho que no pasa nada, no debería suponer un problema. Dale unas semanas y todo volverá a la normalidad.

—¿Tú crees? —No pude ocultar el tono esperanzado de mi voz.

—Estoy seguro de que todo irá bien. Debe sentirse bastante incómodo por tus palabras, pero si le das tiempo, dejará de pensar en ello. Si una mujer con la que estuviera saliendo yo me dijera eso, también me sentiría así.

—¿Aunque se tratara de tu novia?

—Da igual quién sea. Si no sientes lo mismo, siempre resulta incómodo.

—Supongo que tienes razón...

Rex me miró con afecto fraternal.

—Siento que no te corresponda.

—No pasa nada...

—Pero eso no significa que no lo haga algún día.

—Lo sé y lo entiendo. Sólo espero que no me aparte de su lado por ello.

—Yo no me preocuparía. Dale espacio y volverá.

Me aferré a las palabras de Rex porque necesitaba creerlas. Esperaba que mi confesión no hubiera puesto en peligro nuestra relación. Aunque hubiéramos llegado a un punto complicado, eso no significaba que quisiera que nos separáramos. Ryker seguía siendo el hombre al que amaba y quería ser la mujer que algún día él llegara a amar.

LE DI ESPACIO A RYKER DURANTE VARIOS DÍAS, HASTA QUE CEDÍ AL FIN. HABÍAN pasado tres días sin noticias tuyas. Ni siquiera un mensaje de texto subido de tono o una foto de su polla. Me había mandado algunas en el pasado y siempre

me gustaba lo que veía.

Pero ahora permanecía en silencio.

La impaciencia pudo conmigo y le envié un mensaje.

Los Marineros de Seattle juegan dentro de una hora. ¿Quieres venir a casa a ver el partido?

Se sentiría más cómodo al saber que también estaría Rex. Con la presencia de mi hermano no habría conversaciones serias ni muestras de afecto desbordado.

Aparecieron los tres puntos en la pantalla.

Vale.

Solté la respiración que había estado conteniendo.

Entonces hasta ahora.

Salí de mi habitación y me dirigí al pasillo.

—Ryker viene a ver el partido.

—Es genial. —Rex parecía entusiasmado con la información. Nunca le había emocionado tanto que Ryker viniera a casa en calidad de novio de su hermana—. ¿Cuándo?

—Dentro de una hora.

—Vale. Me alegra oírlo.

—No puedes mencionar nada de lo que hablamos. Actúa con normalidad.

—Entendido. —Levantó el pulgar.

—Rex, lo digo de verdad. No lo acorrales ni le susurres amenazas al oído.

Rex puso los ojos en blanco.

—Tía, eso sucedió una sola vez.

—Pasó dos veces —repliqué—. Y no habrá una tercera.

—De acuerdo. Me comportaré.

—Gracias.

—¿Invito a los demás? —preguntó—. Lo digo para que sea más normal.

Seguramente Kayden no esté haciendo nada...

—No. Dejémoslo en los tres.

No ocultó su desaprobación ante mi comentario.

—De acuerdo...

CUANDO RYKER LLAMÓ A LA PUERTA, REX ME MIRÓ ENSEGUIDA DESDE EL SOFÁ.

—¿Voy yo a abrir?

—No. —Me dirigí a la puerta con Safari detrás. La abrí y lo vi al otro lado, con vaqueros y una gruesa chaqueta negra. Llovía desde hacía una hora—. Hola.

—Hola. —Me observó con cierto cariño, pero no era nada comparado con las miradas que solía dirigirme. Entró y se limpió los zapatos sucios en el felpudo. En lugar de saludarme con un beso o un abrazo, se volvió hacia Safari—. Hola, chico. —Le dio unas palmaditas en la cabeza—. Hacía mucho que no te veía.

Hacía mucho que nosotros tampoco nos veíamos, pero bueno.

—¿Cerveza?

—Claro. —Entró en la sala de estar.

Ni un beso. Ni un abrazo. Nada.

Era una pesadilla.

—¿Qué tal? —Ryker saludó a Rex con entusiasmo contenido.

—Cabreado —gritó Rex.

No. No. No.

Rex continuó.

—Vaya paliza les están dando a los Marineros. ¿Es que no han aprendido nada en la escuela?

—¿Para jugar al béisbol de forma profesional? —preguntó Ryker riendo—. No lo creo.

—Tiene sentido. No me extraña que sean tan malos.

Menos mal que Rex se estaba comportando. Tomé las cervezas y entré en

la sala de estar. Me fastidió comprobar que Ryker se había sentado en el sofá con Rex. Si quería sentarme con él, tendría que apretujarme entre ambos y sería muy incómodo. ¿Lo había hecho a propósito? Le tendí la cerveza.

—Gracias. —Le quitó la tapa con la mano y dio un trago.

Me senté en el otro sofá, y Safari saltó a mi lado inmediatamente. Oculté mi enfado por el comportamiento de Ryker. Mantenía las distancias conmigo de forma intencionada y hacía lo posible por que hubiera espacio entre nosotros. Pero si era eso lo que sentía, ¿por qué había venido a mi casa?

Pasamos las horas siguientes viendo el partido, y los botellines vacíos de cerveza se apilaban en la mesa. Safari se acurrucó a mi lado. Sabía que luchaba contra mi enfado gracias a su potente intuición perruna.

Ryker se relajó un poco hacia el final del partido. Rex y él hicieron bromas sobre el equipo contrario y luego se pusieron a hablar de los acontecimientos recientes en Groovy Bowl. Se insultaban sin mala intención, como era habitual entre dos amigos.

Pero Ryker no me dirigió la palabra ni una sola vez.

No podía creer que estuviera pasando aquello por haberle dicho dos palabras.

Dos estúpidas palabras.

Cuando terminó el partido, Ryker reunió los botellines vacíos que se había bebido y fue a la cocina para tirarlos a la basura. Rex se volvió hacia mí cuando nos quedamos a solas en la sala de estar.

Pronunció las palabras sin hablar:

—¿Qué demonios le pasa?

Me encogí de hombros.

—No lo sé —lo imité.

—Creo que me voy ya —anunció Ryker desde la cocina.

Rex hizo señas hacia la puerta con la cabeza.

—Habla con él. —Señaló la entrada, sin pronunciar las palabras en voz alta.

Era una estupidez. No podía creer que estuviera pasando algo así.

—De acuerdo. Te acompañaré a la puerta. —Fui a la entrada y vi que ya se había puesto la gruesa chaqueta y estaba listo para marcharse—. Es una lástima que hayan perdido, pero ha sido un buen partido.

—Sí. Aun así, llegarán a la eliminatoria, así que no pasa nada.

—Eso espero. De lo contrario, Rex asesinará a alguien.

Se rio.

—Rex es demasiado estúpido como para averiguarlo.

—Oye —replicó Rex—, puede que sea estúpido, pero no estoy sordo.

Ryker abrió la puerta y salió con presteza.

—Luego hablamos.

Una vez más no hubo beso, ni abrazo. Nada.

—De acuerdo.

Asintió antes de alejarse por el pasillo en dirección a la escalera.

Cerré la puerta y me apoyé en ella, sintiéndome derrotada, frustrada y muy cabreada.

Rex apareció por la esquina con expresión seria.

—Lo siento, Rae... —Sólo me llamaba así cuando se sentía mal por mí.

—Tengo ganas de darle una bofetada... muy fuerte.

—Quizás deberías.

—No me arrepiento de lo que dije, porque era verdad y aún lo siento. Pero no debería comportarse así. Es totalmente ridículo.

Se cruzó de brazos y se apoyó en la encimera.

—Sí que lo es...

—¿Qué debería hacer?

Rex se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé, Rae. Nunca he estado en esa situación.

—Me va a dejar, ¿verdad? —Era sólo cuestión de tiempo. Ya me había excluido del todo, me trataba como a una amiga y apenas me miraba. La semana anterior teníamos una relación muy íntima y ahora parecía que aquella

conexión nunca había ocurrido.

—Yo no diría eso.

—Pero lo hará. Es obvio, joder.

—Yo le daría más espacio y esperaría a ver qué hace. Y si sigue actuando como un imbécil, me enfrentaría a él.

Miré al suelo, totalmente desesperanzada.

—Sólo quiero que esta situación acabe.

—Lo hará. Todo pasa.

Era la frase más sabia que le había oído decir, pero no era momento para cumplidos.

—No hay nada peor que ser ignorada de esa forma. Preferiría que me gritara a que me dé la espalda. No me lo merezco.

—No, no lo mereces. —Asintió, dándome la razón.

No podía creer que estuviera pasando aquello. Hacía tan solo una semana estaba feliz y enamorada. Y ahora... me sentía desolada.

LE DI UNA SEMANA ENTERA PARA PONERSE EN CONTACTO CONMIGO, PERO NO LO hizo. No me escribió ni me llamó, y tampoco se pasó por mi apartamento. Mi desesperación se convirtió en rabia al ser ignorada de esa forma. Se comportaba como si le hubiera hecho algo horrible, como mentirle o engañarlo con otro. Sólo le había dicho lo que sentía de verdad.

¿Tan horrible era?

—Iré a su casa y le cantaré las cuarenta. —Descolgué el abrigo del perchero y me dirigí a la puerta como una exhalación.

—Oye, espera. —Rex abandonó la cena en la mesa y se apresuró a alcanzarme—. No es un buen plan. No lo hagas.

—Ya ha pasado una semana, Rex. Lleva ignorándome una semana entera.

—Sí, es un capullo. Lo sé. Pero pillarlo desprevenido y gritarle no servirá

de nada.

—Me importa una mierda. —Aparté a Rex de mi camino y salí al pasillo—. Nadie me trata así y se sale con la suya. He sido paciente durante dos semanas, pero se acabó.

Esta vez Rex no me detuvo.

—Pues mándalo al infierno.

SABÍA EL CÓDIGO PARA ENTRAR EN SU APARTAMENTO, ASÍ QUE LO USÉ. NO ERA lo que se dice ético, pero si no me hubiera ignorado, no habría tenido que llegar a eso.

El ascensor subió a la planta superior hasta detenerse y las puertas se abrieron.

La sala de estar estaba vacía, pero todas las luces estaban encendidas, así que asumí que estaría en casa. Cuando oyó el sonido del ascensor, salió al pasillo con una mirada de inquietud ante la presencia de un intruso en su apartamento. Se detuvo en seco al darse cuenta de que era yo.

No me disculpé. Entré en el apartamento y oí las puertas cerrarse a mis espaldas. Me costaba descifrar su expresión que seguía siendo un enigma para mí. No era un hombre que dijera lo que pensaba sin tapujos.

—Te dije que te quería. En ese momento lo dije en serio y aún lo siento.

Aunque su postura era relajada, tenía tensos los hombros.

—Cuando te dije que no me molestaría si no me lo decías, también iba en serio. Nuestra relación no tiene por qué cambiar, pero por alguna razón, te has distanciado de mí por completo y tengo la sensación de que no te importo. No he tenido noticias tuyas, y la única vez que estuvimos juntos me evitaste como si tuviera una enfermedad. Ryker, es totalmente ridículo.

Le pesaban los párpados y tenía una expresión fría e ilegible.

—No voy a aguantarlo más. Te he dado dos semanas para que reacciones,

pero parece que las cosas van a peor. No sé por qué te ofende tanto que te haya confesado mis sentimientos hasta el punto de tratarme así, pero es inaceptable. —Di unos pasos hacia adelante, pero él no retrocedió—. ¿Se ha terminado? Si es así, sé un hombre y déjame. No me ignores hasta que desaparezca de tu vida.

Ryker apenas parpadeaba mientras me observaba. Ni siquiera sabía si respiraba, dada la ausencia de movimiento en su pecho. Tenía los brazos inertes a los costados y no apretaba los puños. Ni siquiera en ese momento mostraba reacción alguna.

Agité la mano delante de su rostro.

—¿Hay alguien ahí?

Aquel gesto logró provocar una reacción en él.

—Rae, esto no funciona. Lo pasamos bien mientras duró, pero es hora de romper.

Cuando le dije que me dejara como un hombre de verdad, no pensé que lo haría. Creí que enfrentarme a él le haría darse cuenta de que había sido un imbécil y se disculparía. La idea de que terminaríamos por lo que había dicho me resultaba ridícula.

—¿Porque te dije que te quería? —Evité mostrar cualquier atisbo de dolor en la voz y empleé un tono de incredulidad para ocultar mi sufrimiento.

—Nos encontramos en fases diferentes. No puedo estar con alguien que no está en el mismo punto que yo.

—Ryker, llevamos saliendo tres meses. Los cerdos se enamoran más rápido. El amor es sólo un sentimiento. No es expectativa ni compromiso. Te dije que no pasa nada si no sientes lo mismo que yo.

Su tono se volvió más grave.

—Pero nunca sentiré lo mismo.

Sus palabras me atravesaron como un puñal.

—Jamás.

Era un uso innecesario de la fuerza.

—No me lo creo. Pienso que me amas, pero que no estás preparado para admitirlo.

—No, Rae. De verdad que no.

Pese a la agresividad de sus palabras, seguía sin creerlo. Recordaba nuestra relación de principio a fin, cómo una aventura de una noche se había convertido en algo más. Recordaba la forma en que me tocaba y me besaba, y las palabras bonitas que me decía. Recordaba lo celoso que se ponía. Lo recordaba todo, hasta el último detalle.

—No puedo creerlo...

—Pues más te vale.

No había hecho nada en absoluto para merecer tanta crueldad. Y no lo entendía.

—Me estás hablando como si te hubiera hecho algo terrible.

—Has allanado mi apartamento.

—Porque me ignorabas.

—Si hubieras llamado, te habría respondido.

—Habrías evitado el tema y habrías mantenido las distancias conmigo, como siempre. —Habíamos tenido nuestras peleas en el pasado, pero ninguna como esa. Era un extraño al que no conocía, un hombre malvado que pretendía hacerme todo el daño posible—. Y no me habrías llamado porque eres un maldito cobarde, Ryker. Intentaste ignorarme para que desapareciera de tu vida, como si los últimos tres meses pudieran desaparecer así como así.

Entornó los ojos.

—No sé qué te ha ocurrido, Ryker. Pero por haberte dicho esas dos palabras no me merezco esto. Tienes tus propios problemas que no me cuentas. Hay algo más que me estás ocultando. Si no quieres decírmelo, vale. Pero no voy a aguantar más estupideces.

Tenía la boca cerrada, como si no tuviera nada más que añadir.

Di media vuelta y entré en el ascensor. Pulsé el botón de la primera planta y lo miré fijamente, esperando que abriera los ojos y se diera cuenta de su

idiotez. Las puertas comenzaron a cerrarse y no hizo nada.

Habló al fin.

—Adiós, Rae.

Las puertas se cerraron.

El ascensor empezó a moverse y me agarré a la barandilla para sujetarme. Había fingido porque me negaba a mostrar debilidad ante un hombre que no me respetaba. Me apoyé en la puerta y cerré los ojos, sintiendo el calor de las lágrimas tras los párpados. Me negué a derramarlas porque yo era más fuerte.

Era demasiado fuerte para un hombre débil como él.

LLAMÉ A LA PUERTA Y OÍ LOS PASOS DENTRO DE LA CASA.

Zeke abrió y no ocultó su sorpresa al verme en la entrada. Llevaba pantalones de chándal y una camiseta. Era evidente que estaba descansando frente a la televisión tras un largo día de trabajo. Miró a mi espalda para ver si venía sola.

—Hola, ¿qué tal?

—¿Está Rochelle?

—No. —Entornó los ojos sorprendido—. ¿Por qué?

Era una pregunta capciosa.

—Me he peleado con Ryker y... no sé. Por alguna razón, vine aquí. —No quería irme a casa y escuchar a Rex decir que ya me lo había advertido. No quería contarle a Jessie y a Kayden lo que había pasado y que se escandalizaran. No quería sentarme sola en mi habitación asediada por pensamientos perturbadores. Zeke era la persona más tranquilizadora que conocía. Siempre estaba ahí sin juzgarme. Había sido un buen amigo desde el día en que nos conocimos. Y por alguna razón, me sentía cómoda con él de forma natural.

No me presionaba con preguntas.

—Entra. —Abrió la puerta de par en par y me condujo adentro, pasándome el brazo por la cintura. Cerró la puerta y me acompañó a la sala de estar. La televisión estaba encendida, así que pulsó el botón para silenciarla. La mayoría de las persianas estaban echadas, a excepción de las que había en las grandes puertas que conducían al patio trasero. Al otro lado del porche se veía un campo verde con árboles. La casa de Zeke siempre olía a agujas de pino y madera recién cortada. Sin saber por qué, me reconfortaba.

Se sentó a mi lado en el sofá y me miró.

—¿Qué ha ocurrido?

Le conté la historia desde el principio, desde el día en que le dije a Ryker que lo amaba hasta lo que había sucedido treinta minutos antes.

Zeke no dijo nada, pero apretó la mandíbula enfadado. Ya no mostraba una mirada tranquilizadora. Había rabia en lo más profundo de sus ojos, imparable y furiosa.

—Sé que Ryker se enfadó cuando irrumpí en su apartamento y entiendo por qué. Creo que dentro de unas semanas volverá conmigo y se disculpará por todo. Así que no estoy segura de si hemos roto o no.

—Si no lo habéis hecho, más te vale dejarlo ya.

Vi fuego danzar en sus ojos.

—Rae, esto es ridículo. ¿Quién reacciona así? Le dijiste que lo querías y te ha tratado como a una mierda. —Zeke no solía ser tan agresivo, pero su enfado era evidente. —Si un tío tiene la suerte de que sientas eso por él, debería ponerse a bailar encima de la mesa. Debería gritarte esas mismas palabras. Debería preguntarse cómo puede ser tan afortunado de tener el amor de una mujer tan increíble. No debería ser un puto gilipollas y actuar como un niño. Que se joda.

Estaba muy cabreado.

Zeke se percató de la expresión de recelo en mi rostro y se dio cuenta de que no estaba sirviendo de mucha ayuda.

—Lo siento... Me he dejado llevar.

—No pasa nada.

—No voy a retirar lo que he dicho. Sinceramente, no es lo bastante bueno para ti, Rae.

—Sí...

Me echó el brazo por el hombro y me atrajo a su lado.

Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos.

—Siento que estés en esta situación. Ojalá pudiera arreglarlo.

—Me estás ayudando mucho, Zeke. Me siento mejor.

Me frotó la espalda con ternura y apoyó la cabeza sobre la mía.

—No te lo mereces, Rae. Hay hombres ahí fuera que nunca te harían pasar por esto. Hay hombres mejores que Ryker.

—Lo sé... Rochelle es muy afortunada por tenerte.

Se encogió al oír mis palabras, pero fue muy leve. Si no hubiera estado apoyada en él, ni siquiera me habría percatado.

—Eres muy buen tío, Zeke. Jamás le harías daño a nadie. Siempre tan respetuoso, humilde y honesto. Deberías dar clases a otros para que aprendieran a ser hombres. —Había visto a Zeke con Rochelle, y era muy atento con ella. Jamás le haría daño a ella ni a nadie.

—Puede ser —dijo con una risa forzada.

Dejé que pasaran los minutos mientras escuchaba los latidos de su corazón. Concentrarme en aquel sonido rítmico me proporcionaba cierto consuelo.

—No sé por qué siempre me fijo en tíos que no me convienen. Estoy programada para enamorarme de gilipollas. Lo llevo en el ADN.

—Un día encontrarás al hombre adecuado. Sé que lo harás.

—Incluso ahora... lo amo. —Decir esas palabras en voz alta estuvo a punto de destrozarme. Mantuve mis emociones a raya sólo porque Zeke estaba conmigo—. No sé por qué. No sé cómo explicarlo, pero lo amo...

Me acarició la espalda.

—El amor es algo complicado.

—Creo que reaccionará dentro de unas semanas. Se disculpará... y lo perdonaré.

—Rae, sé que no es asunto mío, pero no creo que debas hacerlo.

—Tienes toda la razón, pero no puedo cambiar mis sentimientos. Sé que, si se pusiera de rodillas y se disculpara, lo perdonaría y volvería con él. Me creería todas sus excusas con tal de tener la oportunidad de volver a ser feliz... porque lo que teníamos era increíble.

Zeke no insistió más porque sabía que no me haría cambiar de opinión. Estaba atrapada en una dolorosa telaraña de emociones y nada de lo que hiciera me sacaría de allí. Estaba a merced de Ryker, aunque era doloroso admitir la verdad.

—Entiendo lo que sientes. Cuando tienes esos sentimientos tan fuertes hacia alguien, no puedes pensar con claridad. Eres un esclavo de todo lo que hace la otra persona. Te dices a ti mismo que debes alejarte, pero es muy difícil. No pierdes la esperanza. Sigues soñando. —Se apartó para mirarme a los ojos—. Y nada de lo que haga esa persona cambiará lo que sientes por ella.

Pensé que hablaba de Rochelle, pero no tenía sentido. No había motivos para que se alejara de ella. Parecía la persona perfecta para él y era obvio que lo amaba, porque sólo tenía ojos para él.

—No sabía que habías sentido eso por alguien.

Apartó la mirada de mis ojos.

—Fue hace mucho tiempo.

—¿La amabas pero ella no te correspondía? —Como había sacado el tema, pensé que podía preguntarle.

—Básicamente.

—Lo siento, Zeke.

—No pasa nada. Ya lo superé y tú lo superarás también.

—Sí... Eso espero.

Siguió acariciándome la espalda con una expresión preocupada en sus

ojos.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche? La habitación de invitados es toda tuya.

—No, debería irme a casa. Rex se preocupará por mí. Me vio salir de casa como una loca.

—Conozco esa mirada —dijo con una sonrisa—. No sería inteligente interponerse en tu camino.

—Seguramente estará preocupado por mí, pero no quiero hablar del tema con él.

—¿Entonces por qué me lo has contado a mí?

—No sé —susurré—. Rex me advirtió que Ryker era un error. Si se lo cuento, tendré que admitir que tenía razón y me lo restregará.

Habló con voz amable.

—Rae, jamás haría eso.

—Sí que lo haría. ¿Y sabes qué? Tiene todo el derecho. Debería haberle hecho caso.

—Aunque haya tenido razón, Rex no quería tenerla. —Zeke me soltó la espalda y apoyó la mano en su muslo—. Yo también sabía que era un error, pero quería que Ryker me demostrara que me equivocaba. Nos ha pasado a todos. No nos sentimos vencedores en absoluto. Lo único que nos preocupa es cómo te encuentras.

Esbocé una sonrisa al fin.

—Tengo tanta suerte de teneros... no sabría qué hacer sin vosotros.

Se acercó a mí y me besó la sien. Era la clase de afecto que nunca me había mostrado y me proporcionó un consuelo que era incapaz de explicar. Dejé de dolerme el corazón y sólo sentí alegría.

—Nunca te verás en esa situación.

REX

ESTUVE TODA LA NOCHE PREOCUPADO POR RAE.

Había intentado protegerla. Ya había sufrido demasiado. Ambos habíamos sufrido demasiado. Habíamos pagado nuestras deudas y hora nos tocaba ser felices. Sabía que Ryker no la respetaría como había prometido y le rompería el corazón en algún momento.

Y había sucedido.

Me metía mucho con mi hermana porque era un incordio, como cualquier otra hermana del mundo. Pero era una de las mejores personas que conocía. Me había acogido en su casa y me apoyaba incondicionalmente. Si alguien me insultaba, era la primera en meterse en la pelea e increpar al otro. Pero también era la primera en insultarme. No tenía sentido, pero así era nuestra dinámica.

Cuidé de ella cuando éramos jóvenes y, en cuanto consiguió cierta estabilidad, ella empezó a cuidar de mí. Invirtió dinero en la bolera para que pudiera empezar de nuevo y seguía proporcionándome un sitio donde vivir y comida en la mesa. Era mi mayor apoyo, la única persona en el mundo en quien podía confiar por muy enfadados que estuviéramos.

Era amor verdadero.

Y la mera idea de que alguien se aprovechara de su naturaleza bondadosa, de su optimismo y de su corazón hacía que me hirviera la sangre.

Quería ir a buscar a Ryker y darle una paliza yo mismo.

Tenía unas ganas enormes.

Pero sabía que Rae no querría eso. Querría que me mantuviera al margen y me mordiera la lengua. No querría que luchara sus batallas porque podía hacerlo sola.

Volvió a casa pasada la medianoche.

Salté del sofá y estuve a punto de tropezarme con el reposabrazos para llegar a su lado lo antes posible.

—¿Qué ha pasado?

Me dirigió una mirada triste que indicaba claramente que nada bueno.

—Lo siento, Rae. De verdad.

Me contó lo sucedido, que Ryker había actuado como un tremendo gilipollas y que había ido después a casa de Zeke en busca de consuelo. Vino a casa cuando se sintió un poco mejor.

Había muchas cosas que quería decir, pero sabía que era mejor callar. Me desconcertaba por completo que Ryker hubiera podido salir con ella durante tanto tiempo y quisiera dejarla de buenas a primeras. La trataba como si le hubiera sido infiel o algo parecido, cuando en realidad sólo le había confesado lo mucho que le importaba.

Mi hermana tenía los ojos hundidos de cansancio y desesperación. Ya no era capaz de disimular delante de mí. Mostraba sus emociones y su dolor a corazón abierto.

—Creo que volverá conmigo y se disculpará en unas semanas. Al menos eso espero.

No podía creer que considerara la posibilidad de perdonarlo. Mi hermana no aguantaba esas tonterías, así que no entendía por qué hacía una excepción esta vez. Pero enfrentarme a ella en ese momento no le haría ningún bien. Necesitaba un amigo y un lugar en el que sentirse a salvo.

—Lo siento, Rae. —No hacía más que repetirme, pero no encontraba palabras mejores, dada la situación.

—Supongo que tenías razón... —Suspiró derrotada al mirarme—. Debí haberte escuchado, Rex.

Me sentí fatal por llevar la razón. Deseé un millón de veces estar equivocado, que Ryker hubiera sido todo lo que afirmé que no era, que la hubiera conquistado y se hubiera convertido en su príncipe azul.

—No es cierto. No digas eso.

—Lo es. Y ambos lo sabemos. —Caminó hacia su habitación por el pasillo, con Safari tras ella.

¿Debía seguirla y hablar con ella o era mejor dejarla en paz? No sabía qué hacer.

Tras permanecer allí de pie durante varios minutos, decidí entrar en su habitación.

—Si quieres hablar, siempre puedes contar conmigo, Rae. Sólo quiero que lo sepas.

Estaba tumbada en la cama con Safari a su lado, dándome la espalda.

—Lo sé.

—¿Hay algo que pueda hacer? Puedo ir a comprarte algo a Mega Shake. —Era su lugar favorito. Cuando necesitaba animarse, era el primer sitio al que acudía.

No se volvió ni se incorporó. Siguió tumbada en la cama con la misma ropa que llevaba al llegar a casa y el perro acurrucado a su lado, consolándola.

—No, gracias, Rex. No tengo hambre.

—De acuerdo...

—Me pondré bien. —Me sorprendió que hablara con voz tan firme—. Ahora mismo sólo quiero estar sola.

—Vale. —Su fuerza era lo único en lo que podía creer. Había pasado por mucho y siempre volvía a remontar. Esta vez había sufrido una enorme caída, pero tenía suficiente carácter para volver a subir, aunque fuera a rastras. Siempre lo había hecho y siempre lo haría—. Sé que estarás bien, Rae.

Siempre lo estás.

—LE DARÉ UNA BOFETADA TAN FUERTE QUE LE ROMPERÉ EL CUELLO. —JESSIE ignoró su copa de lo enfadada que estaba. No había dado ni un sorbo, cuando normalmente iría por la tercera o la cuarta.

Kayden tampoco tocaba la suya. En lugar de mostrarse terriblemente enojada como Jessie, estaba triste y callada.

—Pobre Rae... no se merece algo así.

—No. —Zeke apoyó el brazo en la mesa y miró a su alrededor, con los ojos fijos en algún punto lejano. Guardaba un silencio contemplativo, pensando en el drama que rodeaba a Rae. —No tiene sentido. ¿Por qué le molesta tanto que una mujer le diga que lo quiere? —Se volvió hacia nosotros, con los ojos llenos de rabia—. Puedo entender que resulte un poco incómodo, ¿pero dejarla? No tiene ningún sentido.

—Yo tampoco lo entiendo —dije—. Son sólo palabras. No cambian tanto la relación. Ni que estuviera diciéndolo todo el día.

—E incluso le dijo que no estaba obligado a responderle —dijo Jessie—. Le ofreció una salida. Ni que le hubiera dado un ultimátum.

—Ryker le dijo que nunca la amaría —dijo Zeke—. Y por eso no puede estar con ella. Pero, aun así, no tiene sentido.

—Maldita sea —dijo Kayden—. Es muy duro.

—No —dijo Jessie—. Hay que ser muy cabrón para decir algo así.

Zeke agitó la cabeza.

—Me está costando mucho no llamarlo y cantarle las cuarenta.

—A mí se me está haciendo muy difícil no esperarlo al lado del coche y asaltarlo. —Había fantaseado con eso algunas veces. Demasiadas.

—Y lo peor es —añadió Zeke— que Rae dijo que cree que volverá dentro de unas semanas, cuando se arrepienta. Se disculpará y dirá que no era su

intención. Y volverán.

Kayden negó con la cabeza.

—Yo no lo perdonaría después de algo así. Es detestable.

—No creo que vaya a volver —dijo Jessie—. No le dices esas cosas a una persona y pides luego una segunda oportunidad.

—Espero que no vuelva —rematé—. Nos costó mucho a Zeke y a mí darle una oportunidad la primera vez. No vamos a darle una segunda, ni hablar.

—Ni de coña —dijo Zeke.

—¿Dónde está Rae ahora mismo? —preguntó Kayden.

—Está en casa viendo la televisión —expliqué—. Dijo que necesitaba espacio y pensé que sería mejor decíroslo para que no tenga que hacerlo ella misma. Ya le costó bastante contárnoslo a Zeke y a mí.

—Entiendo —dijo Jessie—. Quiero darle un abrazo, pero estoy segura de que ahora mismo prefiere estar sola.

—Le enviaré flores mañana —dijo Kayden—. Y le escribiré una nota con palabras de ánimo.

—Quizás deberíamos regalarle todos flores —dijo Zeke—. Así le recordamos que la queremos, aunque Ryker no lo haga.

—Es una buena idea —asentí—. ¿Cuánto cuestan las flores? —Seguía sin blanca.

Zeke ya sabía que lo iba a preguntar.

—Yo me encargaré, Rex. Tú sólo firma la tarjeta.

Le di una palmada en el hombro.

—Gracias, hombre. Te devolveré el dinero muy pronto.

—Lo sé —respondió—. Te lo añadiré a la cuenta.

HABÍAN PASADO DOS SEMANAS SIN TENER NOTICIAS DE RYKER.

Esperaba que se pusiera en contacto conmigo para disculparse en algún momento y se diera cuenta de lo que había perdido al dejarme de forma tan cruel, como si no significara nada para él. Esperaba que se diera cuenta de su terrible error.

Pero no lo hizo.

Rex no me había quitado la vista de encima durante las dos últimas semanas. Incluso tenía la cena preparada cuando volvía a casa y, como por arte de magia, el apartamento estaba limpio. No lo había hecho ni una vez durante el año que llevaba viviendo conmigo, pero en cuanto vio que lo estaba pasando mal, se ofreció.

Era un gesto amable por su parte, así que no se lo reocriminé.

Todos venían a mi apartamento casi a diario. Se pasaban sin ningún motivo aparente, a jugar a videojuegos o a ver la televisión conmigo. Kayden y Jessie nunca preguntaban por Ryker, y así fue como supe que Rex y Zeke ya se lo habían contado.

De hecho, nadie me preguntaba por él.

Nadie me preguntaba cómo estaba o cómo resistía.

Nadie me miraba con lástima.

Me trataban como si no pasara nada, y ese era justamente el consuelo que

necesitaba. Si me incordiaban con el tema, nunca dejaría de pensar en ello. Era mucho mejor así.

Rochelle no volvió y supuse que se debía a que Zeke quería que estuviéramos sólo los miembros del grupo. No hacía falta que hiciera eso porque me gustaba mucho Rochelle. Era mujer, así que estaba segura de que habría tenido sus propios desengaños amorosos.

Estábamos jugando una partida a Scattergories en la mesa y por fin gané una ronda. Zeke había ganado todas las demás.

—¡Sí! Tomad eso, perdedores.

—Qué forma más elegante de ganar... —Jessie ocultó su sonrisa dando un sorbo a la copa de vino.

—Estoy cansada de que gane siempre Zeke. —Arrojé las cartas a la caja y preparé una nueva partida—. Alguien tenía que tomar el relevo.

—Así que es algo personal. —Zeke apoyó los codos en la mesa, mostrando sus brazos bien definidos bajo la camiseta de manga larga. Llevaba una gorra de los Marineros y parecía un aficionado cualquiera de la ciudad. Me dirigió una mirada traviesa, pero a la vez competitiva.

—Creo que hablo en nombre de todos al decir que estamos hartos de que siempre ganes tú. —A nadie le gustan las personas que sobresalen.

—Yo nunca gano —dijo Rex—. Soy demasiado estúpido.

—Oye, eso no es cierto. —Kayden intervino enseguida, como una madre defendiendo a su hijo—. Eres el tipo más inteligente que conozco. —Lo agarró del brazo inmediatamente—. Se te dan bien cosas distintas que a los demás.

Observó el brazo de Kayden y sonrió.

—Supongo que tienes razón...

Apartó enseguida la mano, como si se hubiera quemado de repente.

—Vale. Empecemos una partida nueva. Prepararé unos margaritas.

Sabía que había perdido al hombre que amaba y era difícil de aceptar. Si no había vuelto ya, no lo haría. Pero ante la adversidad, me daba cuenta de lo afortunada que era. Tenía un grupo de amigos que eran parte de mi familia y

me acompañaban lo mejor que podían, igual que yo a ellos. Había luz incluso en la oscuridad. Y me di cuenta de que tenía soles a mi lado que me seguirían allá donde fuera, dándome calor por siempre.

ERA LA PRIMERA VEZ QUE ME SENTÍA CON LA ENERGÍA SUFICIENTE PARA arreglarme y salir. Jessie me compró un vestido en su tienda favorita y me pidió que me lo pusiera. Era un traje negro precioso, corto y con la espalda prácticamente descubierta. Conocía mi talla y tipo de cuerpo, y era capaz de lograr que cualquiera tuviera un aspecto genial.

Zeke vino a la mesa con otra bebida de limón en la mano. La puso junto a mi vaso casi vacío.

—Me pareció que te hacía falta otra copa. —Llevaba una camisa y vaqueros.

—Gracias, pero no tienes que traerme las bebidas. —Llevaba haciéndolo toda la noche para asegurarse de que nunca me faltara.

—Oye. Los amigos de verdad nunca dejan que pases sed.

Di un sorbo antes de dejar el vaso en la mesa.

—Gracias. Está delicioso.

—De nada. Pero el mérito no es mío.

—Lo has traído hasta aquí. Seguramente habrá cogido sabor por el camino.

Me dirigió aquella sonrisa encantadora que hacía derretirse a todas las chicas.

—Es verdad.

—¿Dónde está Rochelle?

—Oh, tenía planes esta noche.

Sabía que mentía. Lo veía claramente en sus ojos.

—Zeke, no tienes que dejar de traerla para que me sienta mejor por estar sola. Puedo veros enamorados, no tengo ningún problema al respecto.

—Cuando veía a Zeke con Rochelle, deseaba que Ryker me amara así. Aquel pensamiento iba acompañado de una cantidad abrumadora de celos, pero quería que Zeke fuera feliz y no tenía por qué contenerse sólo porque yo me sintiera desgraciada—. Me gusta Rochelle. Creo que es una incorporación maravillosa al grupo.

Zeke dejó de fingir por fin.

—De acuerdo, lo haré.

—Gracias. —No debía excluir a la pobre chica sólo por mí.

Jessie le dio un codazo a Rex.

—Mira el trasero de esa chica de ahí. Joder, hasta a mí me gusta un poco.

—¿Qué? —Rex movió tan rápido la cabeza que casi oí un crujido—. ¿Dónde? —Se dio la vuelta de repente y miró de reojo a Kayden antes de apartar la vista—. Quiero decir que... los he visto mejores.

Jessie entornó los ojos en su dirección.

—¿Te encuentras bien?

Debía admitir que su comportamiento me resultaba peculiar incluso a mí.

—¿Que los has visto mejores? —Le eché un vistazo a la chica—. No, Rex. No mientas.

Hasta Zeke se fijó en ella.

—Si no tuviera pareja, le pediría el número.

Rex se encogió de hombros y dio un largo trago a su cerveza.

Kayden dio un sorbo al vino.

—Creo que... —Jessie seguía mirando a la mujer al otro lado del bar. Dejó de hablar y sus ojos adquirieron el tamaño de balones de baloncesto—. Eh... —Dejó la bebida en la mesa y se acercó a mí—. Vamos al servicio.

—¿Por qué? —No me hacía falta ir y, que yo supiera, no estábamos en secundaria.

—Necesito ayuda con el maquillaje. —Me agarró de la muñeca e intentó tirar de mí.

—Llevas el maquillaje perfecto como siempre. —Me solté y seguí sentada

en la mesa—. ¿Por qué actúas de forma tan extraña?

Rex echó un vistazo a su espalda y tuvo una reacción similar.

Kayden estuvo a punto de derramar la bebida que estaba tomando.

De repente, Zeke miró su reloj.

—Maldita sea, no me había dado cuenta de lo tarde que es. Deberíamos irnos.

Eran las diez.

Algo pasaba.

Miré al otro lado del bar y divisé de inmediato lo que trataban de ocultarme. Ryker caminaba entre la multitud rodeando la cintura esbelta de una preciosa morena. Le sonreía como si estuviera pasando una noche fantástica con una mujer atractiva.

Rex agachó la cabeza y cerró los ojos.

—Joder.

Todo se movía a cámara lenta mientras los observaba juntos. Había sido la destinataria de esa sonrisa muchísimas veces. Me la dedicaba justo antes de besarme, por lo general en la comisura del labio. Sabía cómo era sentir su mano grande y fuerte en la parte baja de la espalda. Recordaba la forma en que me agarraba con fuerza, como si no quisiera soltarme jamás.

Habían pasado sólo dos semanas y ya se había buscado a otra. Y, a juzgar por la sonrisa de sus ojos, no era la primera vez que salían. Llevaban haciéndolo una temporada, puede que incluso antes de que rompiéramos oficialmente.

No podía apartar la vista, aunque la escena me horrorizaba. Me rompía el corazón como nunca antes. Hacía pedazos la creencia de que lo que había entre nosotros era real. Me había hecho el amor y le había dicho que lo amaba... pero me había dejado. Era lo más cruel que me habían hecho jamás. Y había seguido con su vida, acostándose con otra en las mismas sábanas donde yo solía dormir casi todas las noches.

Dolía.

Dolía de verdad.

Ryker guiaba los pasos de la mujer y, al buscar espacio entre la multitud, su mirada se cruzó con la mía y vi vacilación en sus ojos, producto de la sorpresa. Era evidente que no contemplaba la posibilidad de encontrarse conmigo porque suponía que estaría en casa llorando con una caja vacía de pañuelos de papel al lado. Por un momento vi culpa en sus ojos al verse pillado buscando a una nueva que follarse. Pero entonces dio media vuelta y siguió caminando, sin soltarle la cintura. Pasó a nuestro lado y se dirigió a la salida.

Todos permanecían inmóviles y me miraban sin saber qué hacer ni decir. Me sentía como si fuera una bomba que trataban de desactivar. En cualquier momento cortarían el cable incorrecto y explotaría.

No podía ocultar el daño que me hacía. Seguía amándolo incluso en ese momentoeue ar por la sonrisa enajo s. Aún soñaba con él y lo echaba de menos. Cuando me dijo que jamás me amaría, parecía que lo había dicho de verdad. Si no, no estaría pasándoselo bien.

Puede que no significara nada para él.

—Disculpadme. —Cogí el bolso y me levanté de la mesa.

—Oye, espera. —Zeke me agarró de la muñeca—. Rae, no merece la pena.

—Si quiere arrojarle el vaso a la cara, tiene todo el derecho del mundo —intervino Jessie.

Traté de zafarme, pero era demasiado fuerte.

—Rae, le daré con gusto una paliza si quieres, pero no te enfrentes a él sola. —Zeke seguía tirando de mí.

—Suéltame. —Lo miré con fuego en los ojos, lista para hacerlo arder con sólo una mirada.

Zeke me observó enojado antes de soltarme.

Y me fui.

Salí del bar y llegué a la acera. El aire gélido de Seattle me golpeó con fuerza porque no llevaba prácticamente nada. Agradecía que Jessie me hubiera

puesto guapa esa noche. Era mejor que ir hecha un desastre cuando él se había marchado del local con una versión mejorada de mí misma.

Lo vi caminando hacia su coche, agarrándola aún de la cintura.

Me acerqué a ellos, sintiendo los fuertes latidos de mi corazón producto de la adrenalina. Apenas podía respirar de lo nerviosa que estaba ante lo que iba a suceder. Esperé a que ella se acomodara en el asiento del copiloto y cerrara la puerta antes de entrar en acción. Aquella mujer no me conocía. Probablemente ni siquiera conocía a Ryker. No merecía mi ira. Sólo era una persona inocente que se creía afortunada por haber tenido la suerte de encontrar a un hombre tan atractivo como Ryker.

Se dio la vuelta y se detuvo al verme. Tenía la misma expresión de culpabilidad en el rostro, como si se detestara por hacer lo que acababa de hacer. Mantuvo un gesto impasible, dejando los brazos inertes a los lados, pero sus ojos lo traicionaban.

Quería gritar.

Quería abofetearlo.

Quería llorar.

Pero no hice ninguna de esas cosas. Cuadré los hombros, mantuve la cabeza en alto y lo miré directamente a los ojos. Hablé con calma, con voz firme y llena de autoridad.

—Me das pena, Ryker.

Vi suavizarse la expresión en sus ojos, porque no esperaba que empezara así.

—¿Ves a esos? —Señalé a mis amigos, que se habían reunido en la acera a unos metros para presenciar nuestra conversación.

Ryker los miró de reojo.

—Tengo a gente que me quiere. Y gente a la que quiero. Tú no tienes a nadie, Ryker. No compartes tu vida ni tus secretos con ningún ser vivo. Sólo hay oscuridad y soledad en tu interior. Me entregué a ti, te amé porque pensaba que tenías cualidades positivas, pero en cuanto sucede algo real, te asustas y

huyes. Si así es como quieres vivir la vida, me das mucha lástima. No sientas pena por mí por haberme roto el corazón. Siéntela por ti mismo por no haber tenido jamás el honor de sentir el amor. —Lo observé sin parpadear, erguida y grácil. Me sacaba una cabeza, pero me sentía tan alta como una montaña. Me había hecho daño. Me había destrozado. Pero seguía en pie. Seguía respirando. Tendría cicatrices durante una larga temporada, pero sobreviviría—. Buscaré a alguien que sea lo bastante hombre como para amar a una mujer como yo. Encontraré a un hombre lo bastante valiente como para no tener miedo. Y puedo prometerte que ese hombre jamás serás tú. —Di un paso atrás sin dejar de mirarlo—. Has cometido el mayor error de tu vida, Ryker. Eso te lo prometo.

—HA SIDO INCREÍBLE. —REX ABRIÓ LA PUERTA Y TODOS ENTRAMOS.

—La verdad es que sí —dijo Zeke—. Lo pusiste en su sitio sin tener que levantar la voz siquiera.

—Apuesto a que se siente fatal. —Jessie se echó el pelo hacia atrás antes de entrar—. Dudo que se le levante con la otra.

—Esa conversación lo atormentará durante el resto de su vida —añadió Kayden—. Si alguien me hubiera dicho algo así... me habría echado a llorar.

Agradecía los elogios de todos y, aunque estaba orgullosa de mí misma por haber afrontado la situación de aquella forma, no me sentía mejor. Me habían abandonado las fuerzas. Si acaso, me sentía más débil. Había disminuido la adrenalina y sólo quedaba la fría verdad.

—Gracias, chicos. Creo que ahora me siento mejor. —Era mentira, pero quería que pensarán que estaba bien para que dejaran de preocuparse por mí. No quería que supieran que sentía un profundo vacío en el estómago que parecía no tener fondo—. Estoy muy cansada. Creo que me voy a la cama.

—Vale —dijo Jessie—. Yo también. —Se volvió hacia Kayden—.

¿Quieres que te acerque con el coche?

Kayden miró de reojo a Rex antes de responder a Jessie.

—Sí, claro.

—Yo también me marchó. —Zeke se acercó a mí y levantó la mano—. Choca esos cinco por lo que has hecho.

Sonreí y choqué la palma de la mano contra la suya.

—Eres una mujer fantástica. —Me dio un abrazo de oso, apretándome con fuerza—. Nadie se mete contigo. —Al apartarse, me dirigió una sonrisa afectuosa—. Nos vemos mañana, ¿vale?

—Sí, claro.

—Rochelle vendrá a pasar la noche. Estoy deseando decirle que estás mejor. Ha estado preocupada por ti.

—Es muy amable por su parte. —Era la chica más dulce que nos había presentado Zeke—. Dile que agradezco su preocupación.

—Pues claro. —Me dio una palmadita en el hombro y se alejó con los demás.

Me dirigí a la cama con Safari y cerré la puerta a mis espaldas. Cuando estuve por fin sola, sentí que las rodillas no me sostenían. Llegué a duras penas a la cama y me desplomé. Me lastimaban los tacones y me los quité. No me molesté en desabrocharme el vestido porque no le veía sentido.

Sabía lo que venía y no había forma de evitarlo. El dolor comenzó en lo más profundo de mi pecho, como una avalancha que se oye antes de verse. Me subió lentamente por la garganta hasta llegar a los ojos y a la boca.

Se me escapó una lágrima ardiente y supe que era sólo el comienzo.

Nunca lloraba si podía evitarlo. Era señal de debilidad. Suponía reconocer que había permitido que alguien me afectara. Pero esta vez no había podido evitarlo. Al verlo con aquella mujer, me vine abajo. Pese al discurso que había dado, estaba destrozada por dentro. Dolía. Dolía demasiado.

Traté de silenciar los sollozos para que Rex no pudiera oírme. La televisión estaba encendida en la sala de estar, así que seguramente estaría

viendo algo. Los altavoces ahogaban el ruido que hacía.

Safari se acercó a mí y me apoyó la barbilla en el muslo. Alzó la vista y emitió un gemido lastimero, sufriendo al ver que lo estaba pasando mal.

Le acaricié la cabeza y sentí que las lágrimas le caían en el hocico.

—Me recuperaré, Safari. Sólo necesito desahogarme. —Lloré porque había perdido a Ryker para siempre y no le importaba nada hacerme daño. Lloré por haber creído en un hombre que no merecía mi confianza, un hombre al que había dado todo mi corazón y él lo había despreciado.

Llegaría el día en que me sentiría mejor, pero ahora tenía el corazón roto.

Y así sería durante mucho tiempo.

LA HISTORIA CONTINÚA EN EL LIBRO 3

Haz clic aquí para comprar [Rayo de amor](#).



QUERIDO LECTOR

Gracias por leer Rayo de Esperanza. Espero que hayas disfrutado con su lectura tanto como yo escribiéndolo. Si pudieras dejar una breve reseña, me ayudaría mucho. Las reseñas son el mejor apoyo que puedes dar a un autor. ¡Gracias!

Con mucho amor,
E. L. Todd

MENSAJE DE HARTWICK PUBLISHING

Como los lectores de romántica insaciables que somos, nos encantan las buenas historias. Pero queremos novelas románticas originales que tengan algo especial, algo que recordemos incluso después de pasar la última página. Así es como cobró vida Hartwick Publishing. Prometemos traerte historias preciosas que sean distintas a cualquier otro libro del mercado y que ya tienen millones de seguidores.

Con sus escritoras superventas del New York Times, Hartwick Publishing es inigualable. Nuestro objetivo no son los autores ¡sino tú como lector!

¡Únete a Hartwick Publishing apuntándote a nuestra [newsletter](#)! Como forma de agradecimiento por unirte a nuestra familia, recibirás el primer volumen de la serie Obsidiana (*Obsidiana negra*) totalmente gratis en tu bandeja de entrada.

Por otra parte, asegúrate de seguirnos en [Facebook](#) para no perderte las próximas publicaciones de nuestras maravillosas novelas románticas.

- Hartwick Publishing